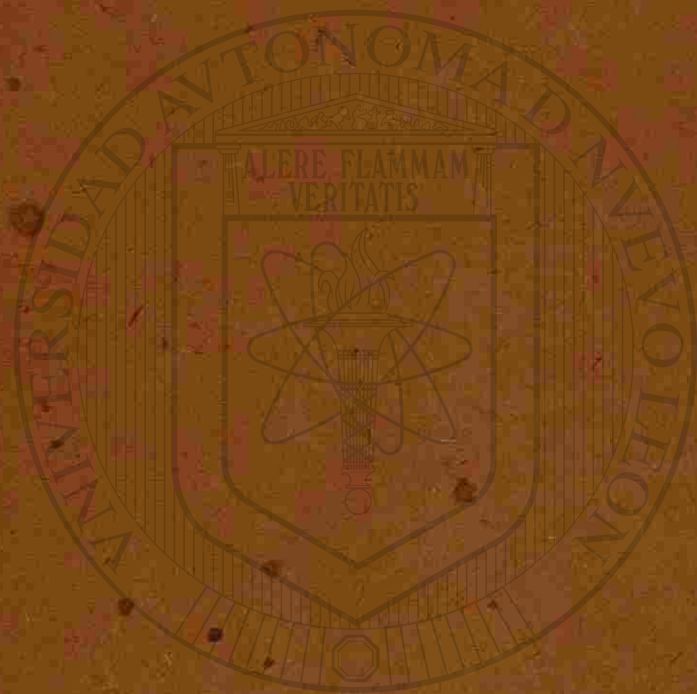




CORONA
PUBLICA

PAID
PQ6575
.A17

2



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

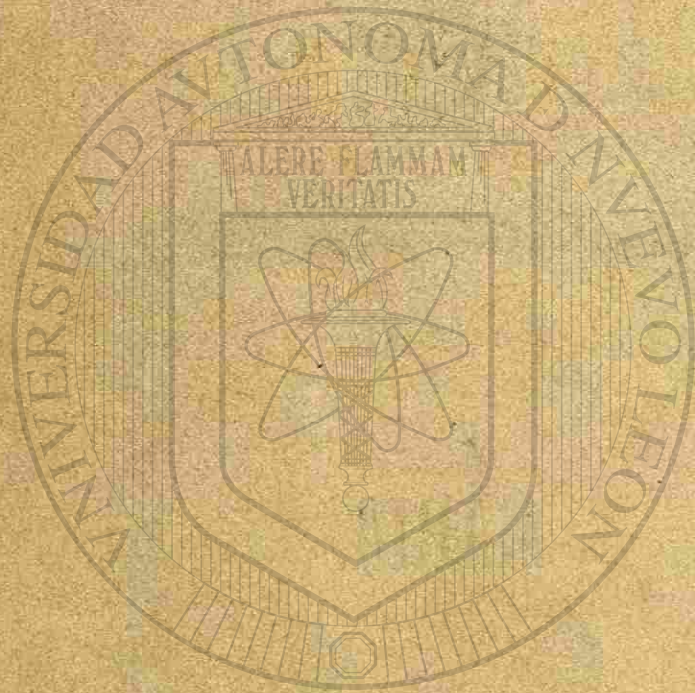


UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Avdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

81-25.
808.1
2



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



ACERVO DE LITERATURA
116982



MARIA,

CORONA POÉTICA DE LA VIRGEN,

Poema Religioso

—DE—

DON JOSE ZORRILLA.



MEXICO.

IMPRENTA DE LA VOZ DE LA RELIGION.

1850.

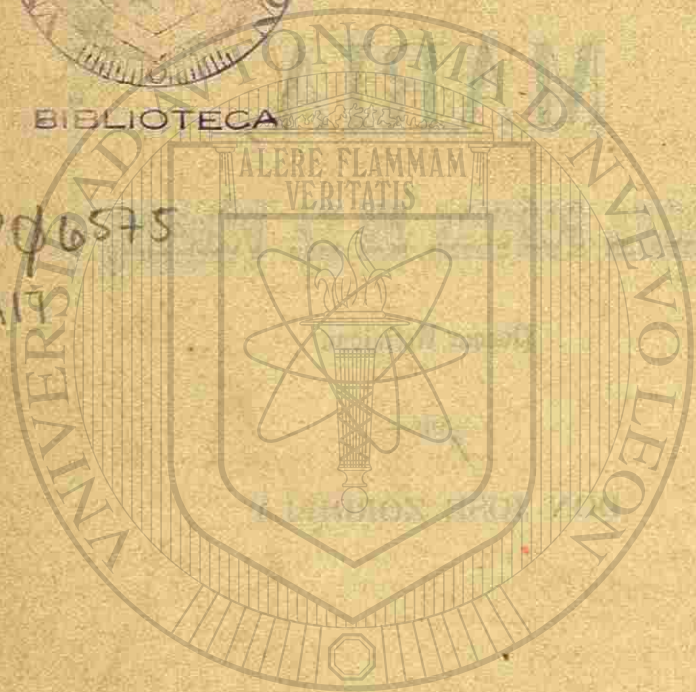
28594

861



BIBLIOTECA

P06575
A17



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PRÓLOGO.

Este venturoso *siglo de las luces y de la civilización*, en que fué voluntad de Dios hacerme nacer, juzgará que al escribir el presente libro no he tenido mas objeto que el de una lucrativa especulación. El nombre de MARIA, impreso en su primera hoja, y el sagrado asunto de su divina historia esparcido por las siguientes, juzgará que es solo el cebo de que he discurrido servirme para explotar la devoción del pueblo católico de nuestra España; *pero el siglo de las luces y de la civilización*, á pesar de estos títulos que él mismo se aplica, y de los cuales quiera Dios que no sea ignominiosamente despojado por las edades venideras, se equivoca completamente.

Yo he escrito este libro bajo la inspiracion espontánea de una devocion sincera, concebida desde la niñez á la Madre de Dios, y á la luz de la fé pura y sencilla del Evangelio. He aquí una confesion que el siglo sábio afectará oirme con desdeñosa sonrisa, y que yo me complazco en hacerle sin desconcertarme ni correrme. Por



PROLOGO.

el contrario: cáusame compasion contemplar á mi siglo en medio de la fortaleza de su ciencia y de su civilizacion, sin atreverse á confesar en voz alta sus creencias religiosas, porque teme á su vez servir de mofa á la *despreocupacion*, ídolo contrahecho y repugnante que él mismo se ha creado, en cuya esclavitud se ha constituido él solo, y al que se ha visto obligado á adorar, para encubrir la vergonzosa verdad de que ha dado la vida á un monstruo, que ha esclavizado á su padre desde el punto en que nació. Yo tengo lástima y no miedo á un siglo que proclama la libertad y no osa decir lo que cree su conciencia, por un temor pueril del ridículo, quimera que solo existe en su imaginacion asustadiza, cuando en su conciencia y en su esperiencia está plenamente convencido de que *sin fé, sin creencias, sin religion*, no hay prosperidad pública, ni felicidad doméstica, ni ciencia, ni civilizacion, ni libertad. El siglo de las luces no puede ignorar esto, una vez que es sábio y debe conocer la historia de los siglos que le han precedido: la de todos los pueblos; la de todas las revoluciones le debe de haber convencido de esa verdad inconcusa.

¿Por qué, pues, avergonzarse de practicar los preceptos ó las devociones de la religion en que se ha nacido? ¿Por qué esconder en el fondo de la familia y relegar á la soledad de la alcoba las demostraciones de una fé, á la que no podemos menos de volver los ojos en las tribulaciones de esta vida de tránsito que arrastramos sobre la tierra? Ningun pueblo del universo, ninguna secta religiosa tolerada, tiene empacho en la práctica manifiesta de las devociones de su creencia: solo los Católicos en estos últimos

PROLOGO.

años parece que nos proponemos dar á entender que tenemos por pobreza de espíritu las demostraciones esteriore de la fé que profesamos: como si las ciencias, la civilizacion y el progreso social estuviesen en contradiccion con Jesucristo, apóstol y mártir de la igualdad, cuya religion hace libres á los hombres en medio de la servidumbre, del cautiverio ó de la esclavitud. El sábio incrédulo, que sustituye el nombre de Dios con el de la naturaleza ante los espectáculos tranquilos de la creacion, como la presencia de las primeras flores, la salida del sol por encima de las montañas coronadas de nieve, y la alegre vista de las campiñas alfombradas con el movable tapiz de las mieses ya sazonadas y los viñedos que comienzan á verdear, busca en su corazon el nombre de Dios y no el de la naturaleza ante los espectáculos mas terribles con que esta le demuestra la omnipotencia de su Hacedor supremo; y en el fondo del camarote de la nave perdida y desarbolada por el huracán, no se acuerda de la naturaleza, en la que causas físicas producen la tempestad que amenaza sumirle en los senos inmensurables del mar iritado, sino de Dios, que puede salvarle de la muerte próxima, y enviar á su alma un rayo consolador de esperanza en las tinieblas de la borrasca. El sábio razonador y el incrédulo filósofo, invocan el nombre de MARIA con todo el fervor de que son capaces, cuando ven á los marinos del buque en que navegan, abandonar su caso maltratado á la merced de los vientos, y arrodillarse delante de sus escapularios invocando á gritos á la Madre del Redentor, entre los rugidos del trueno y á la luz de los relámpagos, únicas antorchas funerales que alumbr-

PROLOGO.

ran su sepultura, que ven abríseles á cada momento entre las olas espumosas, que se desgarran bajo sus piés como una frágil tela de seda rasgada por el mercader.

Si la ciencia, pues, y la despreocupacion tienen al fin que acudir con espanto á la luz de sus olvidadas creencias, cuando ven cercana la lobreguez de la tumba; por qué yo, mas cuerdo y mas osado, no he de consignar en un libro las que, en las amarguras de mi existencia, han vertido sobre mi pobre corazon el bálsamo tranquilizador de la esperanza, sosteniéndome para luchar con la incertidumbre del porvenir nebuloso, y las mundanas tribulaciones?

Cuando niño, solo y descorazonado, lloraba yo sobre mis pobres versos, pensando en que jamas llegaria un dia en que recibiesen el honor de ser impresos, ni menos celebrados, volvia mis ojos arrasados de lágrimas á la imágen de MARIA, invocando su auxilio para que me ayudase á conseguir una gloria profana, que era la ambicion de mi juventud, y por la que hubiera dado entonces la mitad de los dias que me restaban que vivir.—“Si yo lograrse (decia yo á la Virgen en mi infantil desvarío), si yo lograrse un gran renombre que me diera crédito para con mi Nacion, yo cantaria tus alabanzas en versos apasionados y cadenciosos, y mi voz los derramaria sobre la atención de mi pueblo con una magestad y una armonía semejantes á la de un rio fecundador que conduce sus ondas por las llanuras de una vega cubierta de flores.”

¿Y quién dice que Dios no ha otorgado al hombre el cumplimiento de la pueril ambicion del niño, para que el hombre cumpla á su vez la oferta que hizo el niño á su divina Madre?

PROLOGO.

Por eso he escrito este libro; y creo que cumplo con un deber de mi conciencia dando esta espliacion á los que tienen *fé religiosa*.

He tenido ademas otra razon, menos santa aunque no menos poderosa, para dedicarme á la composicion de la presente obra. La revolucion y las tendencias del siglo, franqueando mas ancho y seguro campo al ingenio y al saber, y libertando á la prensa de las trabas que anteriormente la coartaban, debia naturalmente de producir hombres grandes, cuyos pensamientos innovadores y avanzadas teorías, cambiaran la faz de nuestra España, abriendo los cimientos de el suntuoso alcazar de una civilizadora ilustracion, que debió seguir inmediatamente los pasos de la libertad. Esta era la hora de los grandes acontecimientos y reformas literarias, de las luminosas publicaciones, y de las útiles y necesarias fundaciones de escuelas é institutos, donde el plantel de nuestra juventud fecundado al sol de las sanas doctrinas y regado con los veneros de una sábia y prudente direccion, germinara y se robusteciera en la fé y en la ciencia, para elevar mañana á la Nacion al grado de prosperidad y al lugar digno que ocupó en otro tiempo entre las demas naciones de Europa. Pero he aquí el siglo. La guerra civil, sin duda, y causas que á hombres mas sábios pertenece el escudriñar, vinieron á dar en tierra con tan halagueñas esperanzas. El desórden consiguiente á la division del pais lo confundió todo en su torbellino, y dos demonios se levantaron en medio de este tumulto para desventura nuestra: *el demonio de la especulacion y el demonio de la poesia*. Del primero, ingenios mas profundos hablarán en su dia; del segundo voy á

PROLOGO.

decir yo algunas palabras: yo, que debo de conocer su historia, puesto que, adorador ciego del ídolo devastador, he venido al fin á parar en torpe sacerdote de su deforme templo.

El demonio de la poesía se apoderó de la juventud y con ella de todas las clases de la sociedad. Una voz incendiaria, se alzó en el tumulto anunciando que era preciso derribar el edificio viejo de la literatura para reconstruirle: y cayeron las buenas tradiciones literarias bajo el peso de las desenterradas cántigas de los Trobadores, de los romances de Gaíferos y de la multitud de trobas lamentosas, desesperadas endechas y espeluznadoras leyendas que entonces á porfía se publicaron. Innumerables papeluchos aparecieron bajo el nombre de *periódicos de literatura y artes*, embadurnados con grotescos grabados y detestables litografías, los cuales, despues de vivir algunos meses con descrédito de las artes y de la literatura, murieron sin dejar siquiera un recuerdo y sin merecer una lágrima. Uno solo, cuya edicion esmerada y bellos dibujos eran acaso dignos de mas atencion y mejor fortuna, quiso entablar una razonada polémica á favor de las nuevas doctrinas, aunque cediendo tambien á la escageracion y virulencia de la época; pero juzgado con precipitacion, ó desapercibido entre los demas, concluyó su existencia, en su vigor juvenil, sin lograr el fin que se habia propuesto. Los periódicos políticos, á imitacion de los de Francia, abrieron su folletín á las letras, y un mulado de poesías insulsas y de noveluchas disparatadas se introdujo en las familias, para acabar de perder el juicio de los hijos desaplicados y de las hijas marisabidillas y

PROLOGO.

romancescas. Este era tal vez el momento de la regeneracion literaria: este era el crepúsculo que debia de haber sido precursor de un dia sereno, esplendente y fecundador para la literatura nacional; pero aquí como siempre la esterilidad del *siglo de las luces* sofocó las semillas próximas á dar fruto, y la revolucion literaria, como la política, por intentar remontarse á mas altura de á la que podian subir sus tiernas alas, se fatigó por mucho tiempo en inútiles y mal dirigidos esfuerzos. La revolucion literaria, con peor suerte que la política, paró al fin en una vergonzosa bacanal, en la que el *demonio de la poesía* embriagó á la juventud, descarriando ó embotando su talento, y un enjambre de melenudos poetas nos desparramamos por la Península para inundarla, hastiarla, y embriagarla á nuestra vez con los desdichados y repugnantes engendros de nuestras imaginaciones calenturientas. Y he aquí el siglo! Ni un solo genio poderoso, ni una voz pujante y avasalladora se levantó en aquel Pandemonium, capaz de acaudillar aquella juventud, falta solamente de una bandera, privada solo de un capitan prudente y audaz que utilizase las fuerzas que realmente poseia. He aquí el siglo! No hubo un piloto que dominase aquella tripulacion desordenada, y que asiendo con brio el timon de aquella hermosa nave, próxima á salir del astillero para ser votada á la mar, la condujese magestuosamente sobre las ondas. El tumulto se apaciguó por sí solo, cansado y aniquilado por su mismo desórden: la juventud se desbandó sin gefe, y la hermosa nave de la regenerada literatura se pudrió en la playa, como una vieja é inútil barca abandonada por los pescadores. Los viejos y los maestros de la antigua es-

PROLOGO.

escuela clásica, sorprendidos por la nueva y turbulenta generación de poetas, se encastillaron en el silencio, ó se adormecieron en la inacción indignados ó sobrecegados. Los jóvenes se lanzaron en alas de su delirante fiebre, y guiados por sus ya viciados instintos, á cantar imaginarios pesares, en composiciones notables solo por sus bárbaras y monstruosas formas; y como para usurpar el título de poetas no se necesitaban años de estudios, certificaciones universitarias, ni testimonios académicos, el *demonio de la poesía* se arrellanó sobre un mismo trono con la guerra civil, y la magistratura, el foro, el ejército y todas las clases de la sociedad se vieron invadidas por aquel turbion de poetastros. Pronto tuvieron los mas que reducirse á ser imitadores de algunos pocos, que procurando salvarse del naufragio universal, llegaron á la ribera asidos á las rotas tablas de las antiguas tradiciones. La reacción comenzaba á efectuarse, pero necesitaba tiempo; el gusto del público se habia estragado completamente, escaldado su paladar por los acres y venenosos manjares de los sangrientos espectáculos importados de Francia, y mas todavía por la multitud de abortos que los parodiadores de aquella horrenda escuela le regalaron. *El demonio de la poesía* estendió su maligna y emponzoñadora influencia hasta la cátedra de la verdad, y tal vez se habló desde el púlpito de la purísima y celestial belleza de las vírgenes y de las mártires complaciéndose torpemente en las descripciones de sus torneados brazos, de su cuello y hombros velados solo por sus rizados cabellos y de su encantadora sonrisa, como pudieran describir los poetastros la hermosura impúdica de la dama de un castellano de los

PROLOGO.

tiempos feudales, ó de la favorita de un príncipe Musulman.

Tendamos un velo sobre tan insensatas profanaciones; ni á mí me toca ser el denunciador de semejantes abusos, ni estamos ya á Dios gracias en aquellos lamentables dias.

Basta empero lo espuesto para explicar otra de las razones que han influido en mí para emprender la composicion de mi libro de MARIA. Yo soy uno de aquellos jóvenes calenturientos, que se empeñaron con obstinada tenacidad en penetrar á la fuerza en el templo de la poesía, y amparado por la fortuna y aplaudido por la multitud fascinada, publiqué infatigable volúmen tras de volúmen, escribiendo desenfrenadamente versos sobre versos, como si fuera cuestion de velocidad ó de ganar el premio de una carrera. Como cae mas fácilmente á las manos un volúmen de una obra mala que consta de veinte, que el único de que consta una obra buena, mi fecundidad monstruosa me puso en moda, fuí mas leído que otros autores que en conciencia valian mas que yo, y los ciento cuarenta mil versos que llevo publicados me han formado, bien contra mi voluntad, un proselitismo, una escuela á cuya cátedra no he tenido intento de subir jamas: una cohorte de secretarios que sigue mis pasos, que copia mis pensamientos, que imita los metros en que escribo, que se abandona á mis errores y estravagancias, y que pone mis versos á cuestion de tormento para prohijarles, concluyendo por creerlos parto original de su ingenio, cuando ha conseguido descoyuntarlos alterando su sentido, quitando la armonía á alguna feliz combinacion de palabras, ó destruyendo la solidez de construccion, que logro dar alguna vez á

PROLOGO.

pocos de los muchos que he producido: pero sin que en estas correcciones tuyas gane nunca nada mi primitivo pensamiento, ni en claridad, ni en armonía, ni en robustez, ni en precisión. Lo mismo sucede á los demas escritores que han alcanzado por su mérito real y constante laboriosidad la reputacion que yo alcancé por el favor de la suerte y la oportunidad de mi aparicion en la escena literaria: pero mis prosélitos son intolerables y lo que es peor, infinitos. Considerando, pues, que no debo contribuir á la perdicion de sus almas, como he contribuido (aunque involuntariamente) á la perdicion de sus ingenios, he determinado variar de rumbo y dedicarme á la poesía sagrada: con lo cual, dado caso que no se aparten de mis huellas, sus rapsodias no ofenderán á la moral, no despedazarán la historia y las tradiciones, no indignarán el buen juicio de las gentes sensatas, que me tomarán al fin por su caudillo voluntario, y al menos sus versos, si los escriben con fé sincera, serán atendidos en el cielo aunque no sean apreciados sobre la tierra. Acaso sus almas me deberán la dicha de ser bien recibidas en el Paraiso despues de su muerte, y la sociedad me será deudora de un gran bien: puesto que, dando á mi escuela direccion tan santa, mis discípulos la darán buenos y piadosos ejemplos, ya que no bellas y castizas producciones.

Y esta es otra razon de las que he tenido para escribir este libro, y creo que cumplo con un deber de mi conciencia dando esta esplicacion á los que tienen *fé literaria*.

En cuanto al mérito é importancia que pueda yo atribuir á esta obra mia, poco tengo que decir; los que me conocen saben el poco aprecio en que tengo yo mis escritos.

PROLOGO.

MARIA es la obra del cristiano, no la del poeta. El poeta la tiene en tan poco como á sus demas obras: el cristiano la tiene en tanto como á su salvacion.

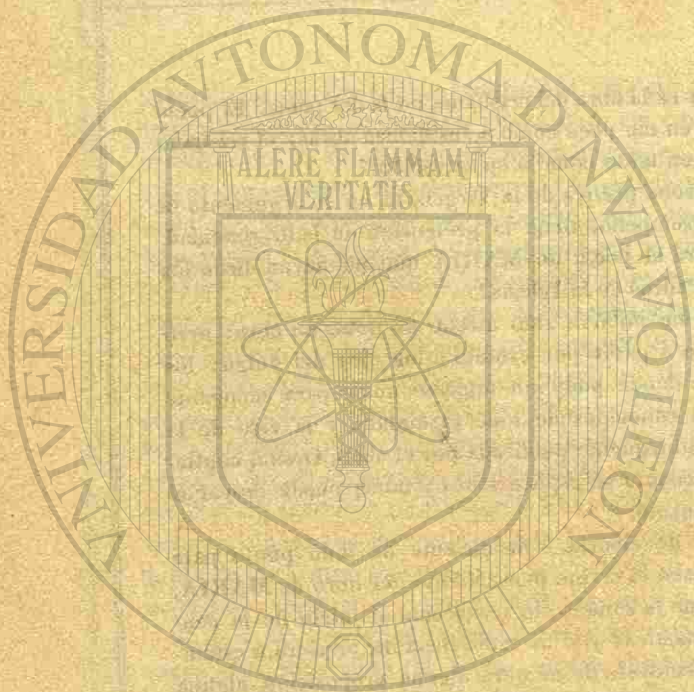
Mi corona poética de la Virgen, ni en su argumento ni en su desempeño, tiene la pretension de la originalidad. ¿Qué dirá el poeta de MARIA que no hayan dicho los Santos Padres de la Iglesia?

Fácil me hubiera sido atestar de notas mi obra; pero no aspiro á pasar por erudito á los ojos del vulgo: los libros de donde pudieran tomarse notas para semejante obra son conocidos de todo el mundo, y la vida de la Virgen últimamente publicada por el abate Orsini, contiene todo cuanto en esplicaciones y notas puede desear el curioso devoto.

Escaso de ciencia, é insuficiente de todo punto para llevar á cabo el divino pensamiento del libro de MARIA, declaro que le someto sin restriccion al juicio de la censura eclesiástica; y si mi ignorancia me arrastra á estampar en el contesto de mi obra alguna proposicion, alguna idea ó alguna palabra que no esté en armonía con los dogmas y doctrinas de la Iglesia Católica, Apostólica, Romana, desde ahora para entonces protesto que son involuntarias, que me retracto de ellas y que quiero que se las considere como no proferidas.

José Zouilla. ®

Madrid 1.º de Enero de 1849.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cada. 1625 MONTERREY, MEXICO

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



D. J. ZORRILLA

BIOGRAFIA

— DE —

DON JOSÉ ZORRILLA.

LARRA, á semejanza del Cid, obtenia triunfos despues de muerto: una pérdida tan dolorosa como la del autor del *Doncel de Don Enrique*, necesitaba por remuneracion un hallazgo como el de Zorrilla: la Providencia es sabia en todo. Sumidos en silenciosa tristeza muchos de los que componian el cortejo fúnebre del Quedo de nuestro siglo, habian escuchado dolorosos acentos en boca de los señores Roca de Togores y conde de las Navas, sobre el sepulcro de su malogrado amigo: á tiempo de dar el postrimer adios á sus cenizas, y disponiéndose á salir del cementerio, se mostraba en medio de la comitiva un jóven de rostro espresivo, pigmeo de estatura, águila en la mirada; caia sobre sus hombros en negros rizos su poblada melena, melancólica palidez cubria sus facciones, á sus ojos se agolpaba el llanto. Al sacar un papel de su cartera aguzaban el oido todos los circunstantes: despues leia una composicion poética en que interpretaba fielmente el sentimiento que allí embar-

gaba todas las voces: sobremanera afectado no pudo terminar la lectura, y lo hacia otro de los asistentes á aquella lúgubre ceremonia. Produjo indefinible sensacion la interesante figura de aquel fruncebo desconocido, su entonacion robusta, magnética y fascinadora como la de un mago, la armonía y tersura de sus versos: tiempo hacia que el poeta naciente buscaba un público á quien dirigir la palabra, y venia á encontrarlo á la sombra de mústios cipreses y sobre el polvo de las tumbas: servia de tornavoz á sus melodías el panteon de los difuntos para que se percibieran en el mundo de los vivos. Aquella magestuosa y sublime coincidencia que eslabonaba dos glorias, ha de formar época en los anales de la literatura de España.

Zorrilla habia nacido en Valladolid el 21 de Febrero de 1817, desempeñando su padre el destino de fiscal de la chancillería: trasladado sucesivamente á Burgos y á Sevilla y á Madrid por asuntos del real servicio en el transcurso de pocos años, le seguia su hijo, quien adquiria las primeras nociones de enseñanza en esas tres ciudades, antiguas cortes de los reyes de Castilla, ingresando por último en el Seminario de nobles. Digno es de notarse que á los jesuitas deben su educacion muchos de los escritores que hoy figuran con mas ó menos brillo en la república de las letras; y aparte los defectos de que la Compañía de Jesus adoleciese, fuerza nos parece convenir en que difundia las luces con mas ventaja que otros institutos, y en que lo bien entendido de su método de enseñanza, y el talento con que sabia estimular la aplicacion de todos, inspiraba á la juventud confiada á su solícito esmero entrañable amor al estudio.

Seis años permanecia Zorrilla en el Seminario, donde cursaba latin, francés, italiano y filosofia. No descuida-

ban los hijos de San Ignacio de Loyola por la educacion científica, moral y religiosa, las exigencias del buen tono, y así tenian en su colegio, escuelas de música, de dibujo, de esgrima y de baile. Aficionado Zorrilla á la antena literatura, escribia gran número de composiciones bíblicas y profanas: encomiaban sus maestros las primeras, y las segundas no trascendian fuera del recinto de su gabinete.

Solia asistir al teatro en los dias de recreo, contra la voluntad de sus directores, si bien atentos á la elevada posición de su padre, no querian manifestar á las claras enojo ó disgusto. Oyendo á los actores mas acreditados, se acostumbraba á recitar sus versos con el desenfado y la valentía que añaden tantos quilates de precio á los muchos que en sí encierran. Al salir del Seminario con aptitud para lucir en las universidades su privilegiado talento, y en la alta sociedad lo cortés de su conversacion escogida y la finura de sus modales, tuvo que dirigirse á un rincón de Castilla, donde moraba su padre, ya caido en desgracia. Desde luego hubo discordancia entre el deseo y la voluntad del uno, que destinaba al seminarista para abogado, y el instinto y la vocacion del otro, invenciblemente desafecto á la carrera de leyes. No obstante su resistencia, fué enviado á Toledo á cargo de un puerco, prebendado de aquella santa iglesia, quien le matriculó en la universidad para que estudiase primer año de derecho, y no hizo mas que ganar curso sin sobresalir entre sus camaradas. Otro estudio ameno y solitario daba pábulo á sus juveniles ilusiones: Toledo es una ciudad opulenta en memorias con todo el carácter de un pueblo fronterizo en las prolijas lides de moros y cristianos: allí se ven monumentos y ruinas de los árabes y de los godos, de los hebreos y de los templarios: adornan los muros de

algun santo edificio despojos de la conquista de Granada: asombra la magnificencia de su catedral famosa y la osadía del artificio de Juanelo á orillas del Tajo: nadie ignora dónde se halla el solar de Padilla, ni la historia de Wamba y Alfonso Munio, de Alimenon y Santa Casilda; acompañan el santo entierro los individuos del gremio de sedería vestidos con relucientes armaduras. Ya se pasee el viagero por la plaza de Zocodover ó suba al alcázar ruinoso ó visite las sinagogas, ó contemple el aspecto de las casas ó recorra las pendientes, tortuosas y estrechas calles de la ciudad de San Ildefonso, se cree trasladado á remotas edades y presente á los sucesos que narra el vulgo como tradiciones. Este era el verdadero estudio de Zorrilla; debe su educacion poética á Toledo: sus inspiraciones han nacido portentosas en los *Baños de Galiana*, en lo alto del *Miradero*, en las puertas del *Cabron* y de *Visagra*, en la graciosa ermita del *Cristo de la Vega*, entre los escombros del *Castillo de San Cervantes* y en otros sitios, cuyas soberbias descripciones nos han encantado mas tarde en sus leyendas. No concebía que ser poeta le valiese de nada; nunca se le veía mezclado en travesuras estudiantiles: hacia una vida escéntrica y misteriosa: esto, agregado al uso de larga melena, y á algunas triviales cancioncillas que compuso, contribuía á que la gente madura le calificase de loco. Desagradaba entre otras cosas á su deudo porque no iba á comer al sonar la primera campanada de las doce, porque no le acompañaba á paseo, llevándole el paraguas ó el breviario, y porque no vestía de continuo las hopalandas. Malquistóle del todo un suceso de que vamos á dar cuenta. Tenía Zorrilla sobre su mesa un libro de encuadernacion lujosa: viólo cierto dia el prebendado: su curiosidad originó el diálogo siguiente:—Mu-

chacho, ¿qué libro es ese?—Las orientales de Victor Hugo.—¡Espositor famoso!—No señor, usted se equivoca.—¡Vaya! si conoceré yo á Hugo de San Victor.—Perdone vd.: este se llama Victor Hugo, y es poeta.—Pues; escribiría algunos versos y ahora los publican los franceses.—Zorrilla no pudo reprimir una irreverente carcajada. De ella y de su estraña conducta estaba enterado el autor de sus dias, cuando por vacaciones llegaba el estudiante á Torquemada, donde tuvo una acogida de aparente frialdad y desabrimiento. Reconvenido por su desapplicacion y terquedad en aborrecer el estudio de las leyes, se veía obligado á repasar con su padre el derecho romano. No obstante, allí tambien buscaba á escondidas jugoso pasto á su inclinacion predilecta: *El genio del cristianismo* y *Los Mártires* del poeta del siglo forman el recreo de sus horas en aquella triste y monótona vida, tan contraria á la esmerada educacion que en el primer colegio de España habia recibido. Tambien se alimentaba su espíritu con la lectura de ese precioso volúmen en que Job espresó sus tribulaciones y David su arrepentimiento, y sus proverbios Salomon, y sus parábolas y mandamientos el Salvador del mundo. Poderosa impresion debieron producir en su mente aquellas páginas donde la poesia brota á raudales, cuando algunos años despues dijo en una de sus composiciones:

Un libro santo nuestra Iglesia tiene
Que poetas cantaron y escribieron,
O á el alma Dios de los poetas viene
O ellos un Dios en su cantar mintieron.

No ya á Toledo sino á Valladolid fué enviado Zorrilla para continuar su carrera, como si con variar de universidades hubiera de sufrir mudanza la inclinacion á que pa-

recia sujetarle su destino. Personas de clase le vigilaban de cerca y sin descanso. Sucedia á menudo no encontrarle en su casa, lo cual inducia á sospechas, no infundadas si se atiende á que en la primavera de la vida arrullá nuestros sueños el aura de los amores, y se nos muestra sembrada de rosas y poblada de ilusiones la senda del vicio; sospechas todavía mas justas considerando no ser fácil de presumir que un estudiante se divirtiese en solitarios paseos, y gozase un dia y otro dia en la contemplacion del manso rio, á la sombra de la frondosa alameda, en la cima del enhiesto monte, ó en el fondo de la áspera quebrada. Comunicó aun mas impulso á sus risueñas esperanzas la aparicion de una de sus composiciones en las columnas del *Artista*. Hizo Zorrilla en Toledo el estudio de los monumentos y de las tradiciones, y en Valladolid el de las escenas campestres, embelesado con el gorgojo de las gayas aves, con el murmullo del manso arroyo y del céfiro dulce, y con la vista de los insectos medio moscas y medio peces. Nada extraño á los secretos del arte, conocia la variedad de cuadros que ofrece la naturaleza.

Terminado el curso, de que sacó bien poco provecho, fué encomendado por persona de categoría al mayoral de una galera, para que le condujese al pueblo donde su padre residia, cada vez mas disgustado del rumbo que tomaban las ideas del estudiante: este, segun aquel manifestaba, habia de vestir de paño burdo, cavar sus viñas, y arar sus propias tierras: dispúsole Zorrilla de otro modo, pues casi tocando ya el término de su viage, tuvo maña para tomar las vueltas al carretero; y aprovechándose con ánimo resuelto de la ocasion y de una yegua que pacia en el campo, propiedad de un primo suyo, echó

por diferente camino, y llegó á Valladolid pocas horas antes que una requisitoria despachada en contra suya. Redujo en el instante á dinero la bestia que le habia prestado tan buen servicio, y sin pérdida de tiempo se plantó en la corte, donde pudo eludir las pesquisas de los amigos de su padre con el auxilio de su poblada melena y de unas gafas verdes que desfiguraban mucho su juvenil rostro, especialmente para los que no le habian visto desde mancebo.

Aguardábanle en Madrid largas horas de angustias y penalidades que se estrellaron, por fortuna, en lo firme de su voluntad y en lo elevado de sus esperanzas. Hubo de pasar por toda clase de disgustos y escaseces, que tanto agobian con su pesadumbre como recrean narradas, cuando ya están lejos, y el que las ha padecido se encuentra en posicion ventajosa. Próximo á espirar el plazo de un año que se habia fijado Zorrilla para el logro de sus intentos, ocurrió la catástrofe de que hemos hablado. Una vez conocido del público su nombre, no quiso correr el riesgo de que lo olvidara tan fácilmente como lo habia aprendido: en el *Porvenir*, dirigido por el Sr. Donoso, y en el *Español*, á cargo del Sr. Villalta, daba á luz con mucha frecuencia las obras de su ingenio; y adquiria cada vez mas celebridad con sus poesias *A Cervantes*, *A Calderon de la Barca*, *A Venecia*, *A Toledo*, *Al reloj*, *La toma de Zahara* y otras. Abria inmenso campo á su veloz carrera el Liceo fundado por el Sr. Fernandez de la Vega: allí leia todos los jueves en las sesiones de competencia, aplaudiendo sus oyentes con grande entusiasmo, *El dia sin sol*, *Para verdades el tiempo y para justicia Dios*, *A buen juez mejor testigo*. Su renombre crecia de una manera imponderable: su fecundidad avasallaba á

la crítica mas escrupulosa: se sucedian sus inspiraciones con tal rapidez, que no habia espacio mas que para descubrir sus bellezas, y pasaban desaperecidos sus defectos. Encontraba editores que reuniesen en coleccion sus poesías y leyendas: hoy forman quince tomos: se ingeria despues en el teatro, y tambien alcanzaba triunfos. Ceñido de laureles ha visitado la insigne ciudad de Granada, y residente ahora en París, escribe un poema intitulado: *La Cruz y la media Luna*.

Sus producciones dramáticas son las siguientes: *Vivir loco y morir mas, Mas vale llegar á tiempo que rondar un año, Ganar perdiendo, Cada cual con su razon, Lealtad de una muger y aventuras de una noche, El Zapatero y el Rey, primera y segunda parte, Apoteosis de Calderon de la Barca, El eco del torrente, Los dos vireyes, El molino de Guadalajara, El puñal del Godo, Cain Pirata, Sofronia, Sancho Garcia, La mejor razon la espada, refundicion de Las travesuras de Pantoja, El caballo del rey Don Sancho, Don Juan Tenorio, La copa de marfil, el Alcalde Ronquillo, Traidor, inconfeso y mártir.*

Ya se estudie á Zorrilla como lírico, ya como dramático, siempre se descubre al poeta de las tradiciones, género el mas popular en España. Unas veces trata los asuntos sin quitar ninguno de los pormenores con que circulan entre el vulgo, y los enriquece con gala de poesía, con viveza de descripciones, con desusados y pintorescos giros, como sucede en *El capitán Montoya* y en *Margarita la Tornera*. Otras presenta la omnipotencia de la justicia divina en contraposicion de los errores á que yace sujeta la justicia humana, como en el *Testigo de bronce*, *Recuerdos de Valladolid*, *A buen Juez mejor Testigo*.

Toma por protagonista de un drama á *Don Juan Tenorio*, para demostrar que un instante de arrepentimiento, basta á borrar ante la clemencia del Señor de cielo y tierra, una vida licenciosa sembrada de desafueros y delitos. Saca á la escena al *Alcalde Ronquillo* con el fin de esplicar de qué modo pudieron nuestros mayores creer que se lo llevaron los demonios en cuerpo y alma, atribuyendo á milagro lo que era obra de la astucia y de la sutileza; y sin ofender la creencia tradicional y antigua, que constituye la historia del pueblo, la combate en un siglo que no presta asenso á dueñides, apariciones ni sortilegios. Sus resortes dramáticos son la *popularidad* y el *fatalismo*; *Sancho Garcia*; *El puñal del Godo*; *La segunda parte del Zapatero y el Rey*; *El Eco del Torrente* corroboran nuestro aserto. Todos sus protagonistas son valientes, gallardos, decidores, simpáticos, resueltos, enamorados, celosos de su fama y de su honra, y en bosquejar sus caracteres se esmera mucho; casi en todos sus dramas aparece un personaje misterioso que posee el nudo de la intriga, y va soltando hilos y los embrolla y desenreda á medida que la accion avanza hasta conducir-la á su desenlace. Prefiere los argumentos de la edad media, y al desenvolverlos se esplaya su fantasía poderosa y derrama torrentes de armonía, imágenes de singular hermosura en versos fáciles, robustos, bien sonantes. No se detiene en inverosimilitudes á trueque de producir cuadros de efecto, contrastes prodigiosos, situaciones de bulto; por eso sus mejores concepciones degeneran á veces en melodramas. Asombra su atrevimiento, su número inagotable cautiva, y la magia de su musa sirve con frecuencia de escudo á sus poéticos extravíos, á los lunares de sus obras, que en ocasiones casi pesan tanto en la

balanza como sus bellezas. Zorrilla no tiene mas norte que su inspiracion caprichosa, se encumbra en sus alas y se abandona á su versátil vuelo, se remonta ó descende, gira por los espacios, crece y mengua á su albedrío. Si se empeña en escribir y no está inspirado, se acuerda de que muchas veces lo estuvo y se repite y se copia, y baraja poesías orientales con tradiciones, leyendas con dramas, composiciones líricas con fantásticos cuentos; dialoga lo que en otro lugar ha narrado; adopta por introduccion de un romance una poesía de un amigo, y lo dice sin rebozo, y así llena pliegos y acaba un tomo ó la última escena de un drama en el dia que se ha propuesto, señalándolo con tinta antes de escribir el primer verso en el calendario, que nunca falta de su bufete. Referimos hechos, no aventuramos conjeturas. Pinta con la galanura de costumbre los gabinetes de la Alhambra en la leyenda de *Boabdil el chico*, y en la de la *Favorita* aprovecha toda aquella pintura para dar idea de un serrallo en Constantinopla. Despues de publicar una hermosa poesía, *Las nubes*, no duda en intercalarla en el cuento de *Las píldoras de Salomon*, en que es protagonista el *Judío Errante*. Todo un cuadro de la tradicion *Honra y vida que se pierden, no se cobran, mas se vengán*; pasa á ser escena del segundo acto de *Lealtad de una muger y aventuras de una noche*. Sin mas que convertir todos los verbos de pasado en presente, otro cuadro de *La historia de un español y dos francesas* constituye un largo monólogo del *Eco del torrente*. Le ocurre componer una leyenda titulada *Un sermón sobre los novisimos*, y adopta por encabezamiento una poesía de Hartzembush nada corta, *El Alcalde Ronquillo*. Del poema *Pentápolis* no lleva concluidos mas que dos cantos y ya ha aco-

modado en uno de ellos *El Angel exterminador*, bella poesía dada á luz en su octavo tomo. Zorrilla, pues, imprime á sus obras todo lo irregular, grande, indolente, atrevido, estravagante, maravilloso, desordenado, sublime y creador del genio: se podria decir con esactitud que es el Calderon de la Barca de la edad presente. De continuo ostenta su españolismo y su fé religiosa: ese es el carácter de todas sus composiciones, y así cuanto sale de su pluma puede correr en manos del tierno infante, de la casta doncella, de la honesta esposa. Si no respiraran nacionalidad sus inspiraciones no serian populares; si hollaran las creencias de los corazones no lucirian portentosas; muere la belleza donde el espiritualismo acaba: no concebimos al artista, ni al poeta, sino creyentes y como mensajeros de la divinidad sobre la tierra: debe inflamar su alma un átomo del celeste aliento á cuyo soberano impulso un *fat lux* cubriera de esmaltes los montes, de matices las campiñas; resplandeciendo de transparencia las aguas, y de escelsitud esa muchedumbre de globos que vaga por los espacios. Solo la fé es creadora, solo la idea de un Dios arranca al hombre del polyo, que sus piés huellan; solo el convencimiento de la inmortalidad le enaltece y sublima y engendra en sus entrañas voces, cuyo eco retumbe poderoso de raza en raza hasta la consumacion de los siglos. *Fé, Dios, inmortalidad*, gérmenes fructíferos y vivificadores que atesora la mente de Zorrilla; manantiales de origen puro, de raudal copioso, de salutífera influencia; anchos y ricos veneros de poesía, de santidad, de perenne gloria; reverberantes lumbreras que engalanan todo lo creado y enardecen los espíritus quebrantados por las tribulaciones del mundo.

Zorrilla ha seguido una senda florida y encantada lan-

zándose con paso valiente, audaz y victorioso entre la historia y la novela, haciendo que alternen en sus tradiciones el interés de la una y la amenidad de la otra, y pulsando por todos los tonos el arpa y la lira indistintamente con armónicos y deleitosos compases. Una de sus composiciones mas acabadas es sin duda *El último rey de Granada Boabdil el chico*. Su introduccion nos parece espléndidamente gallarda, poéticamente elegante, y basta leerla dos veces, para que se grave en la memoria y no se olvide nunca.

Corresponde admirablemente el conjunto de la leyenda á esta esposicion tan bien concebida. Describe el poeta al moro contemplando desde el cerro del Padul por vez postrera la encantadora ciudad de su cuna, de sus triunfos y de sus placeres, donde deja los productos de sus ciencias y de sus artes; y alivia algun tanto su pena la esperanza de referir á sus descendientes en los desiertos africanos á la sombra de los camellos y al descansar las caravanas, la existencia del Eden de donde le arroja su fatal destino. Este pensamiento es altamente poético y fecundo: Zorrilla supo presentarlo de relieve. Sin embargo, esa composición excelente no es mas que el boceto de un gran cuadro, el preludio de una epopeya. Ya indicamos que á la sazón escribía en París la *Cruz y la media Luna*: Por casualidad recibimos ahora parte de un canto, y queremos transcribir algunos versos para que puestos en parangón con los ya copiados, se palpe cómo todavía superan en mérito los últimos á los primeros ya tan excelente y lozanos.

Cóncavas rocas donde nace el Nilo,
Llanos do cruza el Guir la seca Libia,
Cuya corriente enturbia el cocodrilo
Y en que el ronco leon su sed alivia:
Lagos de Zit donde su tienda de hilo
Alzó el Lamtuni junto á su onda tibia;
Agujas de Stambúl y de Medina,
Deliciosa campaña Damasquina:

Aguilas que os cerneis con corvo vuelo
Sobre el Atlas y el Cáucaso: pastores
Que sesteais á la sombra del Carmelo
Y bajais al Jordan los baladores
Ganados: y vosotros los que en pelo
Montais salvages potros voladores
Hijos de los ardientes vendabales
Que barren los egipcios arenales:

Tribus perdidas y á las de hoy estrañas
Para quienes la Europa no se ha abierto;
Incógnitas y torbas alimañas
Que la Zahara cruzais con paso incierto;
Gazelas de las árabes montañas,
Enamoradas palmas del desierto:
Caravanas errantes á quien ellas
Dátiles dán, y leche sus camellas:

Palomas de los cármenes floridos
Que bordan las colinas de Granada;
Golondrinas leales que los nidos
En la Alhambra colgais; enamorada
Raza de ruseñores, que escondidos
De sus bosques cantais en la enramada;
Arroyos que á su sombra bullidores
Lameis su césped; y meccis sus flores:

Sierras que cubre el sempiterno hielo
Donde Darro y Genil beben su vida;
Palmeras; y Genil beben su vida;
El pergamino
Valles salubres, trasparente cielo

De la Alpujarra aún mal conocida;
De Málaga gentil alegre suelo
De la hermosura y del amor guarida,
Mar azul cuyo lomo cristalino,
A las quillas de Azar prestó camino:

Abridme los tesoros encantados
De vuestras tradiciones orientales:
Dadme á beber los que guardais cerrados
De inspiracion inmensos manantiales:
Germinad en mi mente inesperados
Vuestros cantos de amor meridionales
Por que pueda brotar del harpa mía
Vuestra oriental y virgen poesía.

Sí; yo os voy á cantar la historia bella
De esos á quien llamais fieros salvages,
Y fio en Dios que aprendereis por ella
Que no puede sentir vuestros ultrajes
Quien Alhambras dejó sobre su huella,
Quien labró fortalezas con encajes,
Y quien llenó por cóncavo arrecife
Las albercas del Real Generalife.

Yo os voy á hablar del mágico recinto
De esa por ellos habitada tierra,
Y sabreis lo que en este laberinto
De jardines y alcázares se encierra:
Porque en su llanto y en su sangre tinto
Quedó tan fértil con su amor y guerra
Que las plantas mas secas fecundiza
Y los hechos mas pobres poetiza.

Allí sobre arcos de alabastro y oro
Vereis los babilónicos pensiles
Producir junto al cedro el sicomoro;
Junto al nudoso abeto las gentiles
Palmeras: junto al plátano inodoro
El perfumado tilo; las sutiles

Hebras de la ancha pita entre rosales
Y el fragante limon entre nopales.

Allí vereis un pueblo primitivo
Vivir mitad pastor, mitad guerrero.
Vereis al rudo labrador activo
Cambiarle con honor en caballero.
Vereis la lucha del numida esquivo
Con el ginete colosal de acero,
Que aplazan tras la lid treguas estrañas
Toros para lidiar y correr cañas.

Vereis para la guerra y los placeres
Sus alcázares regios contruidos
Donde leereis en ricos caracteres,
De cobalto y de nácar embutidos,
Los nombres de su Dios y sus mugeres
Con sacra fé caballescica unidos:
Sin que halleis en la tierra que fué suya
Nada que de ellos en favor no arguya.

Allí anidan al par todas las aves
Y se abren á la par todas las flores:
Con la rápida alondra águilas graves,
Con la murta el clavel de cien colores.
Se respiran allí cuantos las naves
De Oriente traen balsámicos olores,
Y allí da el suelo deliciosas frutas
Y encierran minas las silvestres grutas.

Y allí bajo este cielo trasparente
Donde vieron su Eden los africanos
Encontrareis en ideal viviente
La muger de contornos sobrehumanos,
De ojos de luz, y corazón ardiente,
De enano pié y enacaradas manos,
Cuya generacion conservan solas
Las árabes provincias españolas.

¿Qué hemos de decir nosotros que no sea pálido, superficial y pobre despues de tal profusion de poesías, tan esplendente gala de recuerdos y tanta riqueza de lenguaje? Nos limitaremos á emitir un deseo. Para gloria de Zorrilla y de la literatura de España anhelamos que lleve á feliz remate un poema comenzado bajo tan brillantes auspicios y con inspiracion tan gigantesca.

Zorrilla suele buscar reposo á sus tareas literarias en diversiones propias de un niño: hace ejercicios gimnásticos y juegos del Malabár ó se entretiene con un macaco, ó da cuerda á una caja de música ó se pasa las horas muertas tirando á la pistola. Para escribir elige el aposento mas reducido de su casa, se coloca de frente á la pared y así canta con mágico estro. De su carácter apuntaremos un solo rasgo: siendo niño se reunia con otros de su edad tierna; si alguno de ellos decia:—Vamos á jugar á los soldados; yo seré general:—Zorrilla contestaba con presteza:—Juguemos, tú serás general; yo seré rey.—En cuanto concierne al jóven se nota alguna reminiscencia de aquel instinto de supremacia. Concluyamos; el poeta de las tradiciones ha conquistado el laurel de la inmortalidad en la flor de sus años, y las prensas españolas han de sudar todavía mucho con los sublimes abortos ó colosales engendros de su imaginacion floreciente y creadora.

Y allí bajo este cielo trasparente
Dónde están en el azul los cielos
Buenos días de la primavera
De los ojos de la primavera
De los ojos de la primavera
Cuya generacion conservan solos
Las tristes provincias españolas

INTRODUCCION.

Voy á contaros la divina historia
De una muger á quien el alma mia
Adora, y de quien son nombre y memoria
Objetos para mí de idolatría.
Bella cual la esperanza de la gloria,
No se aparta de mí noche y dia
Su casta imágen: mi pasión, mi dueño,
Con ella vivo, con su imágen sueño.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LERA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALONSO REYES, A
MONTERREY, MEXICO

¿Qué hemos de decir nosotros que no sea pálido, superficial y pobre despues de tal profusion de poesías, tan esplendente gala de recuerdos y tanta riqueza de lenguaje? Nos limitaremos á emitir un deseo. Para gloria de Zorrilla y de la literatura de España anhelamos que lleve á feliz remate un poema comenzado bajo tan brillantes auspicios y con inspiracion tan gigantesca.

Zorrilla suele buscar reposo á sus tareas literarias en diversiones propias de un niño: hace ejercicios gimnásticos y juegos del Malabár ó se entretiene con un macaco, ó da cuerda á una caja de música ó se pasa las horas muertas tirando á la pistola. Para escribir elige el aposento mas reducido de su casa, se coloca de frente á la pared y así canta con mágico estro. De su carácter apuntaremos un solo rasgo: siendo niño se reunia con otros de su edad tierna; si alguno de ellos decia:—Vamos á jugar á los soldados; yo seré general:—Zorrilla contestaba con presteza:—Juguemos, tú serás general; yo seré rey.—En cuanto concierne al jóven se nota alguna reminiscencia de aquel instinto de supremacia. Concluyamos; el poeta de las tradiciones ha conquistado el laurel de la inmortalidad en la flor de sus años, y las prensas españolas han de sudar todavía mucho con los sublimes abortos ó colosales engendros de su imaginacion floreciente y creadora.

Y allí bajo este cielo trasparente
Dónde están en el azul los cielos
Buenos días de la primavera
De los ojos de la primavera
De los ojos de la primavera
Cuya generacion conservan solos
Las tristes provincias españolas

INTRODUCCION.

Voy á contaros la divina historia
De una muger á quien el alma mia
Adora, y de quien son nombre y memoria
Objetos para mí de idolatría.
Bella cual la esperanza de la gloria,
No se aparta de mí noche y dia
Su casta imágen: mi pasión, mi dueño,
Con ella vivo, con su imágen sueño.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LERA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALONSO REYES, A
MONTERREY, MEXICO

Templo es mi corazón en donde mora:
 La conocí y la amé desde tan niño,
 Que de mi infancia dividió la aurora
 Entre mi madre y ella mi cariño.
 Su imagen tuve en primera hora
 En frente de mi cuna: el desahío
 Del lecho maternal me la dejaba.
 Ver, y yo por mi madre la tomaba.

Su nombre fué el primero que mi labio
 Aprendió á balbucear: nombre tan suave,
 Que se le hiciera al contemplarle agravio
 Al són del agua y al trinar de el ave.
 La ciencia ruin de el Universo sábio
 Otro mas dulce componer no sabe:
 Porque es su nombre bálsamo que calma
 El mal del cuerpo y el pesar del alma.

La tierra al despertarse le murmura
 Percibiendo la luz del nuevo día:
 Vaga en las tinieblas de la noche oscura,
 Reposa en un rincón del alma mía.
 Yo le invoco en mis horas de amargura,
 Le bendigo en mis horas de alegría;
 Tres veces cada sol mi fé Cristiana
 Le oye del sacro templo en la campana.

Al oír ese nombre soberano
 Satán huyendo amedrentado ruge:
 Y el alma suelta que apresó su mano:
 El mar se aduerme, que soberbio muge:
 Tórnase el huracán aire liviano:
 Espira el trueno, que rodando eruge:
 Se disipa en la atmósfera la peste,
 Y Dios aplaca su furor celeste.

Yo idolatro este nombre. El mundo entero
 Sabe ya que le adoro: yo le he escrito
 Mil veces en mis versos y le quiero
 Escribir otras mil. Nombre bendito,
 Luz de mi fé, de mi placer venero,
 Quiero que halle en mi voz eco infinito,
 Quiero que dure mas que mi memoria,
 Quiero que alumbre mi terrena gloria.

Quiero que de la tumba que se cave
 Para que el polvo de mi sér reciba
 Sobre la piedra funeral se grave:
 Quiero que el dedo del amor le escriba
 Sobre mi corazón, para que lave
 Con su pureza mi maldad nativa:
 Porque la tierra, á su vital contacto,
 Deje por él mi corazón intacto.

Y quiero, al dulce són del arpa mia,
 Celebrar á la faz de el Universo
 De este nombre la santa poesía,
 Con voz solemne y cadencioso verso.
 Quiero el viento llenar de la armonía
 De este glorioso nombre, y que disperso
 Por sus espacios mi cantar resuene,
 Y que su nombre el Universo llene.

Azucenas de abril, dad á mi aliento,
 Al pronunciar su nombre, vuestro aroma:
 Auras de la arboleda, el suave acento
 Dadme del ruiseñor y la paloma,
 En palabra al tornar mi pensamiento:
 Plantas donde su miel la abeja toma,
 Dadme de vuestros jugos la dulzura
 Al hablar de su gloria y su hermosura.

Espirad á su nombre, terrenales
 Cantares y profanas relaciones:
 Desvaneceos, vientos mundanales
 Que embrabecéis el mar de las pasiones:
 Venid á oírme y preparad, mortales,
 A la luz y al placer los corazones,
 Porque en verdad os digo que es su historia
 Mas grata que los himnos de la gloria.

Venid á mí, los que creéis que ecxiste
 Otro mundo mejor que nuestro mundo:
 Venid, los que buscáis la sombra triste
 Del solitario altar, en lo profundo
 Del templo abandonado, que resiste
 Al vendabal del siglo furibundo:
 Venid y os bañareis en la ambrosía
 Del dulcísimo nombre de MARIA.

MARIA, emanación del puro aliento
 Del infinito creador: MARIA,
 Augusta emperatriz del firmamento,
 Gozo del triste, del perdido guía,
 Madre buena de el huérfano, alimento
 Del alma casta, luz que en la agonía
 Mas allá del sepulcro, en lontananza
 Alumbrá la región de la esperanza.

MARIA, arca sellada, guardadora
 Del tesoro inmortal de la clemencia
 De Dios; sér de sér, fé del que ora,
 Santuario del pudor, de la inocencia
 Pabellon perfumado, sombreadora
 Palma triunfal del Gólgota, escelencia
 De los mundos creados, poesía
 Del paraiso, y gérmen de la mia.

Tal es el nombre y la muger que canto,
 Tal es el nombre y la muger que adoro:
 Yo me prosterno ante su nombre santo,
 Y á la señora de los cielos oro.
 Débil mortal, cuando me atrevo á tanto,
 Que nada soy para quien es no ignoro:
 Mas me infundió mi madre su cariño
 Y no puedo olvidar mi amor de niño.

¡Oh Reina del zenit resplandeciente!
 Voy á ser el cantor de tu existencia:
 Mas tus ojos alumbran el Oriente,
 Los astros de placer á tu presencia
 Tiemblan, corona el sol tu régia frente,
 Calza tus piés la luna, tu esclencia
 No alcanza á comprender la criatura...
 ¡Qué ha de decir de tí mi lengua impura?

Tú, empero, inspiracion vendrás á darme
 Para hablar de tu gloria soberana:
 Tú me darás vigor, para elevarme
 Sobre el turbion de la impiedad mundana;
 Tú vendrás con tu manto á cobijarme
 Cuando al morir me den tumba cristiana,
 Y yo á tus piés invocaré tu nombre
 Libre al partir de la mansion del hombre.

Dios me inspiró al nacer la fé en que vivo,
 Y Dios, mi fé para cantar, me ha dado
 Gigante voz y corazon altivo:
 El siglo, pues, me escuchará asombrado
 Cantar la fé de mi pais nativo,
 Tal vez por su tormenta arrebatado,
 Mas de la fé de mis creencias lleno
 Con firme voz y corazon sereno.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

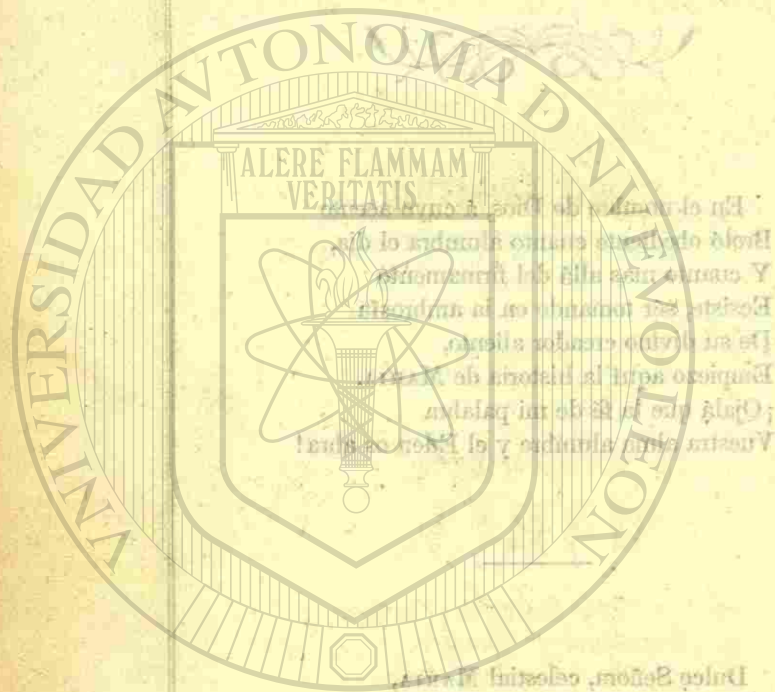
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



En el nombre de Dios, á cuyo acento
Brotó obediente cuanto alumbra el día,
Y cuanto mas allá del firmamento
Ecsiste, sér tomando en la ambrosía
De su divino creador aliento,
Empiezo aquí la historia de MARIA.
¡Ojalá que la fé de mi palabra
Vuestra alma alumbre y el Eden os abra!

Dulce Señora, celestial MARIA,
Tu nombre purifica cuanto toca:
Tu nombre al pronunciar la lengua mia
Haz que sean, amor mi poesía,
Fuego mi corazon, oro mi boca.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

LIBRO PRIMERO.

NAZARETH.

Señor de Roma Augusto, y de Judéa
Herodes, extranjero cuya cuna
Sombrëaron los cedros de Iduméa,
Gemía lamentando su fortuna
En vil esclavitud la raza Hebréa.

Escrito estaba. Sus postreros dias
De libertad y gloria señalaron
Las antiguas y santas profecías,
Y sus dias á término llegaron
Comenzando á brillar los del Mesías.

El universo ante el poder Romano
Se humillaba vencido, y de su mano
Recibía en silencio nombre, leyes,
Ritos, tributos, términos y reyes,
Sujeto á su capricho soberano.

Jerusalen, la reina que ostentaba
Coronada la frente en algun día
Y señora de reyes se llamaba,
Sobre su frente impreso como esclava
El sello real de su señor tenía.

Decoraban las águilas Romanas
Sus puertas, defendidas por soldados
Estrangeros; corria en sus mercados
La moneda del César, y ¡cuán vanas
Lágrimas de sus ojos desdichados!

El oro de sus ricos mercaderes
Iba á Roma con nombre de tributo
Para pagar del César los placeres;
Y daban, de su amor al dar un fruto,
Un soldado Romano las mugeres.

Mas esperaba en el silencio un día
De su emancipacion la raza Hebréa:
Esperaba aquel sol que la traeria
Un rey que su poder la volveria,
Un rey libertador de la Judéa.

¡Miseró pueblo de Judá! esperaba
Un rey que al són de la bronceínea trompa
A Roma hiciera de Salem esclava,
Y al prometido rey imaginaba
Del triunfo ver en la sangrienta pompa.

¡Miseró pueblo de Judá! delante
Le tuviste de tí: y tú le viste
Ir entre palmas á Salem triunfante,
Y ¡oh multitud imbecil! tú ignorante
Al rey libertador no conocistes.

¡Miseró pueblo de Judá! en tus ojos
Tu avaricia febril puso una venda,
Y Dios te ha condenado en sus enojos
A vender de tu herencia los despojos
De lugar en lugar, de tienda en tienda.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALONSO REYES", A
Año. 1925 MONTREY, MEXICO

Por entonces de un valle en la angostura,
 Entre el monte Tabor y el del Carmelo,
 Yacia Nazareth, aldea oscura
 Por un arroyo hendida, que frescura,
 Sombra y fertilidad daba á su suelo.

Sus remansos ceñidos de espadañas,
 Umbrosos sauces y sonoras cañas,
 Eran albergaderos de palomas;
 Y huertos mil ornaban sus montañas
 De uvas cargados y fragantes pomos.

Canastillo aromático de flores
 Asemejaba la escondida aldea,
 Guardada entre dos cerros protectores,
 Y olvidada tal vez de sus señores
 Era la mas feliz de la Judea.

Y hé aquí que en el retiro de esta villa
 Habitaba un varon justo y prudente,
 Partiendo su ecsistencia sin mancilla
 Con una esposa que, como él sencilla,
 Era para con él fiel y obediente.

Entrambos eran de virtud modelo:
 La dulce paz de su modesta casa
 Imágen era de la paz del cielo:
 Su fé era pura, sin ficcion su celo
 Por la virtud, su caridad sin tasa.

De envidia esentos, de ambicion y encono,
 La oracion de sus almas ascendia
 Libre de Dios hasta el escelso trono:
 Y Dios al aceptarla bendecia
 Su secreto dolor y su abandono.

Su secreto dolor: porque en la tierra
 ¿Qué corazon no amarga algun secreto?
 ¿Qué espíritu un pesar en sí no encierra?
 Ninguno: al pecho del mortal se aferra
 El dolor al nacer, y á él va sujeto.

Aquel varon justísimo, intachable,
 Aquella esposa púdica, sencilla,
 Su morada pacífica, envidiable,
 Cual raza vil, cual antro abominable
 Mirados eran en su propia villa.

Nadie á Joaquín con su amistad brindaba:
 Nadie á su esposa Ana por ejemplo
 Proponía á sus hijas, ni trataba
 Con las mugeres ella, ni pasaba
 Del pórtico exterior cuando iba al templo.

Su ardiente fé, su caridad sincera,
 Su honda piedad por el Señor bendita,
 Una existencia de virtud entera,
 Infamante padron en ellos era,
 Cual si les diera sér casta precita.

Y eran, no obstante, los que en tal bajeza
 Y abandono tal se contemplaban,
 Oriundos de tal raza y de nobleza
 Tal, que los primogénitos llevaban
 De su casa corona en la cabeza.

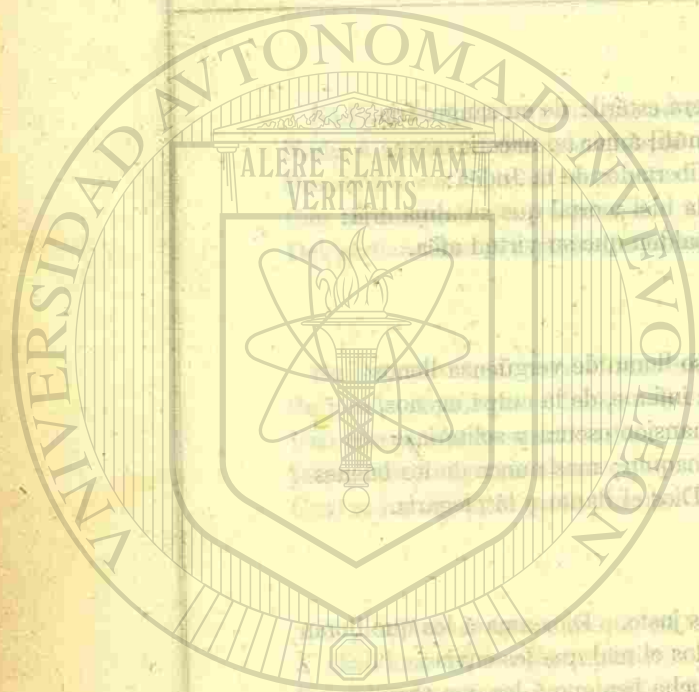
Vástagos eran cuya raza pura
 Del régio trono de David manaba
 Aquellos, que vertian en la oscura
 Soledad por sus ojos la amargura
 De la hiel que en sus almas fermentaba.

Ana era estéril: de su sangre fria,
 De su inútil amor no nacería
 El rey libertador de la Judéa:
 Esa es la hiel mortal que su alma criá:
 Ese el baldon que su virtud aféa.

Por eso lloran de vergüenza llenos
 La pena infame, de la culpa agenos,
 En su mansion oscura y solitaria
 Ana y Joaquín; mas nunca de los buenos
 Desoye Dios el llanto y la plegaria.

Dios es justo. Dios ama á los que lloran
 Resignados el mal que les envia;
 Dios escucha benigno á los que oran
 Con fé leal, y á los que á Dios adoran
 No les olvida Dios un solo dia.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECA

LIBRO SEGUNDO.

LA PURISIMA CONCEPCION DE MARIA.

(8 de Diciembre.)

I.

El Angel del Sueño.

Es alta noche. En el valle
Donde oculta se guarece
Y en que eterna prevalece
Juventud primaveral,
Nazareth, entre los huertos
Donde su ambiente se aroma,
Duermes como una paloma
Que se anida en un rosal.

Lámpara de eterna vida,
 La luna brilla en el cielo
 Derramando sobre el suelo
 Argentino resplandor;
 Y de su Dios en los brazos,
 A su luz tibia, reposa
 La tierra como una esposa
 En los brazos de su amor.

¡Paz nocturna, puro cielo,
 Pabellon de astros bordado!
 Dios os tiende como un velo
 De la tierra en derredor;
 Y detras del cortinaje
 De esa tienda de reposo,
 Como padre cuidadoso
 Vela al mundo el Criador.

¡Noche azul! ¿quién á mirarte
 Levantar puede sus ojos
 Sin caer ciego de hinojos
 A los piés de Jehová?
 Tus estrellas son las lámparas
 Con que alumbrá su santuario,
 Y el espacio solitario
 De su esencia lleno está.

Todo yace en el silencio
 De la noche sumergido:
 Calla el aire adormecido
 Bajo el césped; el rumor
 De las inmóviles hojas
 Yace mudo, y solamente
 Se oye del agua corriente:
 El són adormecedor.

En esta calma solemne,
 De vida y de movimiento
 Exhausta, que ni el lamento
 Interrumpe mas fugaz,
 Con dulce sueño que aduerme
 Los pesares en su pecho,
 Ana y Joaquin en su lecho
 Reposan tambien en paz.

Castos, fieles, cariñosos,
 Veinte años há que le parten
 Como ejemplares esposos
 En salud y enfermedad.
 Veinte años há que dividen
 El lecho nupcial, y veinte
 Que vela constantemente
 Sobre él la esterilidad.

Veinte años há que al dormirse
 Demandan orando al cielo
 Alivio en el desconsuelo
 De su soledad sin fin,
 Y veinte años há que solos,
 Al reposo al entregarse
 Y á la luz al despertarse,
 Se encuentran Ana y Joaquín.

Y veinte años atestiguan
 Con bien claro testimonio,
 Que su infausto matrimonio
 Bendecir no plugo á Dios:
 Y se duermen bajo el peso
 Del baldon que les alcanza,
 Entrambos sin esperanza,
 Mas resignados los dos.

¡ Miseros juicios del hombre
 Que en el error siempre vive,
 Y los juicios que concibe
 Siempre falsos ve salir!
 ¡ Ay! en su ciega ignorancia
 De sí mismo nada sabe!
 Solo Dios tiene la llave
 De su oscuro porvenir.

Hé aquí que mientras en sueño
 Sumergido yace el mundo,
 En el silencio profundo
 De aquella nocturna paz,
 Con vuelo apacible y lento
 Que movió apenas el viento,
 Cruzó la atmósfera límpida
 Un espíritu fugaz.

Su vuelo en el aire diáfano
 Dejó de una luz de rosa
 Una huella luminosa
 Que al ambiente esclareció:
 Y que cual brillo fosfórico
 De exhalación de verano,
 Sumida en el aire vano
 Al punto se disipó.

Era el ángel misterioso
 Del sueño: al rumor sonoro
 De sus alas, los de oro,
 Los de hierro hace brotar.
 Dios á la tierra le envía
 Con los tristes ó halagüeños,
 Cuando Dios quiere en los sueños
 Sus misterios revelar.

Es el sér mas vaporoso,
 Mas vago, mas indeciso
 Que nació en el paraíso:
 Su sér, su forma y color
 Son tan indeterminados,
 Que Dios solo les percibe,
 Y es el sér que de El recibe
 Sér de sombra, de vapor.

De los ámbitos celestes
 En un apartado espacio,
 Mora este ángel un palacio
 Que no visitan jamas
 Ni los justos, ni los ángeles,
 Porque su atmósfera espesa
 Sobre las potencias pesa
 Y las embarga quizás.

En este alcázar fantástico,
 Donde solo este ángel vive,
 Nunca ruido se percibe:
 Ni una voz, ni un eco en él.
 Unos bosques ondulantes
 Le circuyen en contorno,
 Y á su parque presta adorno
 Un quimérico vergel.

Los espíritus mas bellos,
 Las imágenes mas puras
 De los gozos y venturas
 De la gloria y del placer,
 Atraviesan silenciosas
 Estos bosques y jardines,
 Y una vez por sus confines
 Se las logra solo ver.

Las que pasan nunca toman:
 De una vez se desvanecen,
 Y ningunas se parecen
 Aunque hermanas todas son;
 Y si mas tenaz alguna
 Otra vez cruza ó asoma,
 Un contorno nuevo toma
 Y otra faz, y otra espresion.

Mas tal vez en lugar de estos
 Espíritus deleitosos,
 Mil espectros temerosos,
 Tristes sombras mil y mil
 Pueblan estos densos bosques,
 Y al impulso de un encanto
 Misterioso, dan espanto
 Al valor mas varonil.

Pero todos estos seres
 Que devoran en silencio
 El dolor ó los placeres
 De esta incógnita region,
 Y el alcázar y las selvas
 En que mora eternamente
 Este ángel, de la mente
 Son ficciones, *sueños son.*

De las plumas de sus alas
 Estos sueños guarecidos
 Con él van, y repartidos
 A su antojo son por él;
 Y al pasar sobre la tierra
 Donde ejerce su destino,
 Va dejando en su camino
 A este el dulce, el triste á aquel.

Sin ser nunca percibido
 Se introduce donde quiera,
 Y en silencio se apodera
 De la vida universal;
 Cuanto en agua, tierra, fuego
 Y aire ecsiste le obedece:
 Todo al soplo se adornece
 De su álito letal.

Y la fiera como el ave,
 El reptil como el gusano,
 A su influjo soberano
 Caen rendidos sin vigor:
 De él se exhalan contagiosos
 Los miasmas del beleño,
 Y á su voz ceden al sueño
 Desde el hombre hasta la flor.

Silencioso, lentamente
 Este espíritu invisible
 Cernió su vuelo apacible
 Sobre el ameno confin
 De Nazareth un momento,
 Y batiéndole sin ruido
 Se perdió desvanecido
 Sobre el techo de Joaquin.

A no pesar sobre el mundo
 La letárgica influencia
 De su mágica presencia
 Y de su poder letal,
 Comprendiera, de pavor
 Y de respeto temblando,
 Que se estaba allí efectuando
 Un misterio celestial.

Un globo de luz, que fúlgida
 Todo el valle iluminaba,
 El contorno circundaba
 De la casa de Joaquin.
 Y un aroma desprendido
 De sus muros se estendia,
 Como darle no podia
 Babilónico jardin.

Un murmullo soñoliento,
 Tan armónico y tan suave,
 Como solo en voces cabe
 De concierto celestial,
 Resonaba en todo el valle,
 Y su místico sonido
 No cabia en el oido
 De ningun débil mortal.

Aquel globo refulgente
 Cuya esencia creadora,
 Cuya roja luz viviente
 Su morada circundó,
 Del contacto corrompido
 De la torpe raza humana
 A Joaquin un punto y á Ana
 Misterioso separó.

¿Quién rasgar pudiera el velo
 De su ardiente cortinaje
 Y el angélico mensaje
 Comprender de Jehová?
 Nadie; nunca; su palabra
 Manantial de fé y de vida
 Por el sér solo es oida
 A quien dicha por él va.

Del celeste mensajero
 Los contornos vaporosos
 Vieron solo los esposos
 En un sueño celestial,
 Y ellos solo percibieron
 Su presencia vagarosa
 A la luz de oro y de rosa
 De su auréola inmortal.

Dirigida al sér de entrambos,
 En su oido solamente
 Resonó la voz viviente
 De la mística vision,
 Y sus ánimas tan solo
 De su místico mensaje
 Comprendieron el lenguaje
 Y el valor de tal mision.

"¡Alegraos! dijo el ángel
 A los cándidos esposos.
 "Alegraos, que dichosos
 Vuestros días lucirán!
 "Ana, alégrate! Una hija
 "Tu infecundo seno encierra,
 "Que á reinar va en cielo y tierra
 "Bajo el nombre de Miriam (1).

"Ana estéril, de mi aliento
 "Tu fecundo sér recibe:
 "¡Regocíjate y concibe
 "A la voz de Jehová!
 "De la hija que te nazca
 "En el tálamo fecundo,
 "Nacerá, Señor del mundo,
 "El monarca de Judá."

Dijo el ángel y á su soplo
 Fecundado de Ana el seno
 Concibió, del gérmen lleno
 De la esencia de Miriam.
 Tornó el vuelo á alzar el ángel
 Y con santo regocijo
 Sonriendo le bendijo
 En su tumba el viejo Adán.

LA NATIVIDAD.

(8 de Setiembre.)

Y con el nuevo sol se levantaron
 Los que la voz de Dios soñando oyeron,
 Y ante la faz de Dios se prosternaron
 Los que en su gran poder su fé pusieron;
 Y Ana y Joaquín ante su Dios oraron
 Cuando tan altos ante Dios se vieron,
 Y la muger, hablando en su alegría
 Con Dios y con el mundo, así decia:

"Oidme: cantaré las alabanzas
 Del Dios de mis mayores:
 Del que apartó de mí las asechanzas
 De mis perseguidores.

"¡Alegraos! dijo el ángel
 A los cándidos esposos.
 "Alegraos, que dichosos
 Vuestros días lucirán!
 "Ana, alégrate! Una hija
 "Tu infecundo seno encierra,
 "Que á reinar va en cielo y tierra
 "Bajo el nombre de Miriam (1).

"Ana estéril, de mi aliento
 "Tu fecundo sér recibe:
 "¡Regocíjate y concibe
 "A la voz de Jehová!
 "De la hija que te nazca
 "En el tálamo fecundo,
 "Nacerá, Señor del mundo,
 "El monarca de Judá."

Dijo el ángel y á su soplo
 Fecundado de Ana el seno
 Concibió, del gérmen lleno
 De la esencia de Miriam.
 Tornó el vuelo á alzar el ángel
 Y con santo regocijo
 Sonriendo le bendijo
 En su tumba el viejo Adán.

LA NATIVIDAD.

(8 de Setiembre.)

Y con el nuevo sol se levantaron
 Los que la voz de Dios soñando oyeron,
 Y ante la faz de Dios se prosternaron
 Los que en su gran poder su fé pusieron;
 Y Ana y Joaquín ante su Dios oraron
 Cuando tan altos ante Dios se vieron,
 Y la muger, hablando en su alegría
 Con Dios y con el mundo, así decia:

"Oidme: cantaré las alabanzas
 Del Dios de mis mayores:
 Del que apartó de mí las asechanzas
 De mis perseguidores.

El descendió desde su inmensa altura
Hasta su humilde esclava,
E hizo de mí apartarse con pavora
La muchedumbre prava.

Para que confundiera su malicia,
Me dió su omnipotencia
Fruto de bendición y de justicia,
Fecundo en su presencia.

¡Quién á los hijos de Rubén ahora
Dirá que madre es Ana?

¡Cuya será la voz propaladora
Del triunfo de la anciana?

¡Oid, vírgenes, madres y varones,
Del pueblo preferido!

¡Oid, extrañas gentes y naciones;
La anciana ha concebido!

Venid á ver la milagrosa infanta,
La flor de las doncellas.

Venid á ver la Reina cuya planta
Camina sobre estrellas.

¡Quién como yo, Señor, tus santos dones
Numerará prolijos?
Adorados serán por las naciones
Los nombres de mis hijos."

Así decia la feliz esposa
Fecunda por la gracia soberana:
Y así avanzaba la preñez dichosa
De la escogida entre las madres Ana.

Y á su término así, día por día
Conducida por Dios, llegó la hora
En que á la luz mortal nació MARIA,
A ser del mundo universal Señora.

¡Oh misterio entre todos inefable!
¡Oh favor sobre todos excelente!
¡Oh beneficio inmenso, inestimable!
De la bondad de Dios Omnipotente!
Regocíjate ¡oh siervo miserable
Del pecado y la inuerte! ya el oriente
Alumbra de tus días una aurora
De libertad y gracia precursora.

Aquella de los mundos maravilla,
 Angel bajo de humanas vestiduras,
 Flor de pureza, vírgen sin mancilla,
 Divina entre terrestres criaturas,
 Belleza que ante Dios ufana brilla
 Sobre cuantas celestes hermosuras
 Creó y de cuya espléndida persona
 Son la luna escabel y el sol corona,

Nació de Ana la estéril; mas nació
 De este mundo al dolor y á la pobreza
 Sin la pompa, el aplauso y la alegría
 Con que ensalza su mísera grandeza
 El orgullo mortal, porque venia
 A quebrantar la bárbara cabeza
 De la orgullosa sierpe con la planta
 De su casta humildad, de su fé santa.

Nació, como el divino mensajero
 De Jehová se lo anunció á la esposa,
 La divina Miriam, y el mundo entero
 La saludó al nacer Reina gloriosa;
 Y en el instante de su sér primero
 Ante su aparición maravillosa
 La eternidad y el tiempo se pararon
 Y en muda admiracion la contemplaron.

Una escala de luz que desde el cielo
 Bajó hasta Nazareth, abrió camino
 Desde la gloria hasta el oscuro suelo
 A la corte inmortal del Rey divino.
 De adorar á su Reina con anhelo
 Todo celeste sér por ella vino,
 Y ante Miriam se prosternó un momento
 La escelsa poblacion del firmamento.

La tierra ante su Reina de alegría
 Saltó como un cordero: la pureza
 De su aliento, que aromas esparcía,
 La rejuveneció, y su gentileza
 Recobrando total con su alegría,
 Nuestra madre comun naturaleza,
 De sus bosques, sus ecos y sus mares
 La arrulló con murmullos y cantares.

Suspiró con suavísima dulzura
 El aura matinal: de frescas flores
 Se cubrió de los montes la espesura
 Y el desierto herial: los ruiseñores,
 Las palomas y tórtolas, la pura
 Atmósfera eucantaron, y, en primores
 Compitiendo, ostentóse por do quiera
 Del otoño á la par la primavera.

Ebrio de gozo el universo entero
 Bebió el aliento de Miriam hermosa,
 En el instante de su sér primero
 Su presencia al sentir maravillosa.
 El solo sér por quien nacia empero,
 Solo el hombre ignoró su misteriosa
 Aparición, y reales ovaciones.
 No hicieron á su Reina las naciones.

¡Ay! los hijos de Adán, que la veían
 Nacer de labradores sin fortuna,
 La madre de su Rey no comprendían
 Naciendo en la humildad sin pompa alguna:
 Porque colchas de Egipto no cubrían
 El puro lecho de su humilde cuna,
 Ni estaba de oro y nácar encrustada
 Ni con ricos aromas perfumada.

No artifices famosos la labraron
 Con maderas preciosas que pulieron;
 Con mimbres, que en su huerto se cortaron,
 Las manos de sus padres se la hicieron:
 Con flores, que en su huerto se criaron,
 Pabellon campesino la tegieron,
 Y en la triste region de los dolores
 Coronada no más entró de flores.

Mística flor de celestial frescura
 Sembrada en el desierto de la vida,
 Se abrió de su arenal al aura impura
 Como silvestre flor desconocida.
 Toscos pañales de grosera hechura
 Ciñeron á la real recién nacida,
 De cuyo seno virginal fecundo
 Nacer debía el Redentor del mundo.

Flor pura y bella mas que cuantas flores
 Pueden criar jardines terrenales,
 Sus hojas desplegar, dar sus olores
 Debía entre los duelos mundanales;
 Por eso, de sencillos labradores
 Naciendo, de sus labios virginales
 Las primeras palabras que salieron
 Para los pobres é ignorantes fueron.

Los de su pueblo rústicos no vian
 Sino una esclava mas que Dios enviaba
 Entre ellos, y sus hembras se afligian
 Por el destino de la nueva esclava.
 Ana y Joaquín empero, que sabian
 El inmenso tesoro que había
 A su cuidado paternal el cielo,
 Su flor cuidaban con paterno celo.

Ellos solos la mística fragancia
 Gozaban de su cénica presencia:
 Ellos solos sabian que su infancia
 Alcanzaba perfecta inteligencia.
 Dios derramó sobre ella la abundancia
 De sus gracias sin fin, y su existencia
 Ni pasó por la infancia, ni doctrina
 Necesitó: nació sabia, divina.

Como de culpa original exenta,
 Su alma de la ignorancia del pecado
 Fué libre, y fué sin enseñanza lenta
 Su entendimiento puro iluminado.
 Celeste emperatriz, Dios tuvo en cuenta
 El trono á que la habia destinado,
 Y atendiendo á su escelsa gerarquía
 Dios la llamó Miriam, Judá MARIA.

Iris de paz, de dicha mensajera,
 Sello entre Dios y el hombre de alianza,
 Fanal que alumbra su vital carrera,
 Lucero anunciador de la bonanza,
 Fuente de amor y caridad sincera
 Y de fé incontrastable y esperanza
 Inestinguible, y manantial de vida...
 Tal fué MIRIAM en Nazareth nacida.

EL DULCE NOMBRE DE MARIA.

(13 de Setiembre.)

¡Estrella de la mar, vírgen MARIA,
 De la infinita creacion Señora!
 Tu nombre es un raudal de poesía,
 De fé, vida y placer engendradora:
 Y al corazon del hombre da alegría,
 Miel á sus lábios, música sonora
 A su oido, á su ánima consuelos
 En el afan de sus mortales duelos.

Tu nombre es una música mas grata
 Que cuantas escuchó la baja tierra.
 Cuantos ecos la atmósfera arrebató
 En bosque ó llano, poblacion ó sierra:
 Cuantos el viento en su estension dilató
 Robándoles al mar que les encierra,
 No imitaron jamas la melodía
 Del dulcísimo nombre de MARIA.

Ellos solos la mística fragancia
 Gozaban de su cénica presencia:
 Ellos solos sabian que su infancia
 Alcanzaba perfecta inteligencia.
 Dios derramó sobre ella la abundancia
 De sus gracias sin fin, y su existencia
 Ni pasó por la infancia, ni doctrina
 Necesitó: nació sábia, divina.

Como de culpa original exenta,
 Su alma de la ignorancia del pecado
 Fué libre, y fué sin enseñanza lenta
 Su entendimiento puro iluminado.
 Celeste emperatriz, Dios tuvo en cuenta
 El trono á que la habia destinado,
 Y atendiendo á su escelsa gerarquía
 Dios la llamó Miriam, Judá MARIA.

Iris de paz, de dicha mensajera,
 Sello entre Dios y el hombre de alianza,
 Fanal que alumbra su vital carrera,
 Lucero anunciador de la bonanza,
 Fuente de amor y caridad sincera
 Y de fé incontrastable y esperanza
 Inestinguible, y manantial de vida...
 Tal fué MIRIAM en Nazareth nacida.

EL DULCE NOMBRE DE MARIA.

(13 de Setiembre.)

¡Estrella de la mar, vírgen MARIA,
 De la infinita creacion Señora!
 Tu nombre es un raudal de poesía,
 De fé, vida y placer engendradora:
 Y al corazon del hombre da alegría,
 Miel á sus lábios, música sonora
 A su oído, á su ánima consuelos
 En el afan de sus mortales duelos.

Tu nombre es una música mas grata
 Que cuantas escuchó la baja tierra.
 Cuantos ecos la atmósfera arrebató
 En bosque ó llano, poblacion ó sierra:
 Cuantos el viento en su estension dilató
 Robándoles al mar que les encierra,
 No imitaron jamas la melodía
 Del dulcísimo nombre de MARIA.

Yo quisiera encontrar en mi garganta
 Sonidos y palabras celestiales
 Para explicar la melodía santa
 Que atesora su nombre á los mortales.
 ¿Mas su nombre inmortal cómo se canta
 Con lengua y con palabras terrenales?
 ¿Cómo ofrecer al paladar del hombre
 La miel que mana de su dulce nombre?

No existe ser cuya palabra impura
 No manche su esplendor cuando le alabe,
 Ni encarecer su mística dulzura
 Torpe la humana inteligencia sabe,
 Ni en comprensión de humana criatura
 La concepción de su excelencia cabe;
 Ni osar puede á tan gran merecimiento
 Mas que la fé que asalta el firmamento.

Perdona, pues, emperatriz divina,
 Si para celebrar tu nombre santo
 Conceptos de él indignos imagina
 Mi comprensión al elevar mi canto.
 Perdona si mi voz se determina
 A ponderar tu nombre escelso tanto
 Con miserables símiles profanos
 Y en el lenguaje vil de los humanos.

Misteriosos incógnitos rumores
 Que componeis la mágica armonía
 Del globo universal: susurradores
 Murmullos de la noche, melodía
 De los ecos del valle, zumbadores
 Gemidos de las auras, poesía
 Del són con que la hoja, el agua, el ave,
 En lengua hablan á Dios que EL solo sabe:

Prestad á mi garganta
 El acordado ruido
 De vuestra lengua santa
 De EL solo comprendido:
 La voz que solo para Dios levanta
 Cuanto con voz por EL creado ha sido.
 Prestádmela un instante
 Porque la lengua mía
 Como vosotros cante,
 Y mi bárbara y tosca poesía
 Embelese la tierra,
 Procurando imitar la melodía
 Que en sus letras suavísimas encierra
 El dulcísimo nombre de MARIA.
 Nombre de bendición y de esperanza,
 Como espresivo santo,

Mayor que todo extremo de alabanza,
 De admiracion y canto,
 Abarca y simboliza
 En la espresion que encierra
 Cuanto la débil existencia hechiza,
 Cuanto del sumo cielo á ver alcanza
 El misero mortal desde la tierra.
 Nombre mas grato al alma y mas sonoro
 Que la conmovedora salmodía
 Que, en la nave del santo monasterio
 Alza de monges reverente coro,
 La fiesta honrando de solemne día
 Con los sonos del órgano y salterio;
 Mas grato que el arábigo perfume
 Que allí aventado en incensarios de oro
 Ante el altar brillante se consume,
 Cuyo humo azul en espiral se eleva
 Por el aire incoloro,
 Que á las sagradas bóvedas le lleva.
 Consuelo del que llora,
 Del extraviado guia,
 Para el alma apenada que le implora
 Es ámbar y ambrosia;
 Y mas que nombre bálsamo divino,
 El herial de la vida fertiliza
 Y en la carrera del mortal destino
 Alivia las fatigas del camino
 Y las llagas del alma cicatriza.

Mas deliciosa que la mansa calma
 Trás huracán bravío y estridente,
 Mas que en el haz del arenal ardiente
 La sombra de la palma
 ¿Quién esplicar ni comprender sabria,
 Ni con qué á comparar se atreveria
 En el lenguaje mundanal mezquino,
 El misterio secreto, peregrino
 Del dulcísimo nombre de MARIA?
 ¿Oísteis por ventura
 En la nocturna soledad serena
 Cantar en la espesura
 De la floresta amena
 A la alegre y canora filomena?
 ¿La oísteis en el viento
 Mezclar el suave acento
 De su amoroso pío
 Con el trémulo son de la onda pura,
 Con que el sonoro rio
 Fecunda de los olmos la verdura?
 Pues mas dulce es aún que la armonía
 Del són del agua y del cantar del ave
 La melodía mística y suave
 Del dulcísimo nombre de MARIA.
 ¿Habeis guiado acaso
 Del mar por las orillas

El descarriado paso,
 Las blancas arenillas
 Con distraccion pisando,
 La música escuchando
 Y el manso movimiento
 Absortos contemplando
 Del oleage lento
 Con que la mar en calma
 Distrae el pensamiento
 E infunde, sus recuerdos inquietando,
 Memorias melancólicas al alma?
 ¿Habeis prestado oido,
 Al hervoroso ruido
 De la flotante espuma
 Que deja en el arena,
 Y que, antes que se suma
 Entre sus granos, suena
 Con bullidor murmullo,
 A cuyo vago misterioso arrullo
 Embebecida el alma se adormece?
 Pues música mas dulce es todavía
 Que la del mar que arrullador se mece
 Para aquel que le invoca con fé pia
 El dulcísimo nombre de MARIA.

¿Imagináis por suerte
 Del náufrago espirante

Que lucha con la muerte,
 Cuál es la penetrante
 Y rápida alegría,
 Si ve poco distante

La nave protectora cuyo amparo
 Cable oportuno y salvador le envia?
 ¿Imagináis el ansia con que avaro
 De salvacion aprieta el cabo suelto?
 ¿Concebís el placer con que respira
 Al percibir que el cable le retira
 De la salobre mar, y cuando vuelto
 En sí, seguro en el bajel se mira?
 Pues es mas dulce al corazon humano
 Náufrago errante por la mar sombría
 De la miseria y del dolor mundano,
 Invocar el auxilio soberano
 Del dulcísimo nombre de MARIA.

¡Dichoso quien le adora!

¡Feliz quien en él fia!

Dulce será su postrimera hora
 Y dulce su agonía;
 Y al cerrarse sobre él la sepultura
 Para emprender temblando de pavora
 De la tremenda eternidad la vía,
 MARIA de su alma protectora
 Alumbrará su eternidad sombría.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM
VERITATIS

PLEGARIA.

MARIA, cuyo nombre
Como conjuro santo
Ahuyenta con espanto
La saña de Luzbel,
Escribeme en el pecho
Tu nombre omnipotente,
Porque jamas intente
Aposentarse en él.

CORONA DE LA VIRGEN. 49

MARIA, Soberana M
De cuanto el orbe encierra,
Rocío de la tierra,
Estrella de la mar,
Tu nombre misterioso
Será el fanal tranquilo
Que alumbrará el asilo
De mi terreno hogar.

MARIA, cuyo nombre
Es fuente de pureza
Que lava la torpeza
Del frágil corazón,
Tu nombre será el agua
Que el mio purifique
De cuanto en él radique
Maligna inclinación.

MARIA, luz del cielo
Cuya brillante esencia
Es luz de toda ciencia,
Y del saber raudal,
Tu nombre sea antorcha
Cuyo fulgor ahuyente
De mi acotada mente
La lobreguez letal.

MARIA, cuyo nombre
Es música mas suave
Que el cántico del ave
Y que del agua el són,
Tu nombre sea fuente
D6 beban su armonía
Mi tosca poesía,
Mi pobre inspiracion.

MARIA, á cuyo nombre
La divinal justicia
Al pecador propicia
Se inclina á perdonar,
Tu nombre sea, cuando
La eternidad se me abra,
La última palabra
Que exhale al espirar.

LA PRESENTACION.

(21 de Noviembre.)

I.

Arrastraba el Cison sus orgullosas
Corrientes, que á los turbios vendabales
Del equinoccio hervian espumosas,
Sus fértiles riberas deleitosas
Inundando de rojos arenales.

Brillaba una corona diamantina
De nieves en la cima gigantéa
Del Carmelo, y la escarcha matutina
Cubria con su alfombra cristalina
La llanura feraz de Galiléa,

MARIA, cuyo nombre
Es música mas suave
Que el cántico del ave
Y que del agua el són,
Tu nombre sea fuente
D6 beban su armonía
Mi tosca poesía,
Mi pobre inspiracion.

MARIA, á cuyo nombre
La divinal justicia
Al pecador propicia
Se inclina á perdonar,
Tu nombre sea, cuando
La eternidad se me abra,
La última palabra
Que exhale al espirar.

LA PRESENTACION.

(21 de Noviembre.)

I.

Arrastraba el Cison sus orgullosas
Corrientes, que á los turbios vendabales
Del equinoccio hervian espumosas,
Sus fértiles riberas deleitosas
Inundando de rojos arenales.

Brillaba una corona diamantina
De nieves en la cima gigantéa
Del Carmelo, y la escarcha matutina
Cubria con su alfombra cristalina
La llanura feraz de Galiléa,

Quando los dos esposos emprendieron
De Salem el camino trabajoso:
Y huyendo del invierno riguroso
Atravesar los valles resolvieron
Sendero largo más, no tan penoso.

Dejaron, pues, las áridas llanuras
Y los desnudos montes de Samaria
Cuya tierra fecunda en quebraduras,
Torrentes espumosos y en oscuras
Cuevas, jamas fué al bueno hospitalaria.

Y bajando de lo alto del Carmelo
Por la dulce pendiente embalsamada
Entraron de Saron en la llanura,
Que es el mas fértil y salubre suelo
Que hay en aquella tierra fortunada.

Ornan sus feracísimas riberas
Aromáticos cedros y palmeras
Cimbradoras, y espesos abedules,
Tilos de flores cárdenas y azules,
Ricos viñedos y húmedas morenas.

Allí ostenta su espléndida espesura
El plátano, delicia de los valles,
Y el viejo olivo de inmortal verdura,
Sombra á las cepas dá jugo y frescura,
Formando entre ellas dilatadas calles.

Al abrigo de nópalos y encinas,
Terebintos, abetos y granados,
Brotan allí jaspeadas clavellinas,
Renúnculos y rosas purpurinas,
Cárdenos lirios y alhelis violados.

Tal era la region y es todavía
Por donde lentamente caminaban
Los venturosos padres de MARIA:
Y por gozar sus auras y alegría
El camino de intento prolongaban.

Que, aunque henchidos de amor y reverencia
Para con Dios, sus pechos paternos
En el tiempo al pensar de aquella ausencia
Sentian asaltar ansias mortales,
Su vejez preveyendo y su indigencia.

Así un día tras otro su camino
 A la santa ciudad siguiendo fueron
 Y desde un cerro á la ciudad vecino
 Al resplandor del astro matutino
 Un día de Salem las torres vieron.

A las postreras luces temblorosas
 De el sol del mismo día, por la puerta
 Entraron de Efraim y por sinuosas
 Y angostas callejuelas tenebrosas
 Dirigieron los dos la planta incierta.

De edad Ana y Joaquín bien avanzada,
 Largo el viaje, el camino fatigoso,
 De la puerta oriental en retirada
 Mansion, de gente misera posada,
 Se alojaron con ansia de reposo.

Repuesto en breve del penoso viaje,
 Buscó Joaquín los cándidos presentes
 Del religioso y sólito homenaje,
 De la familia de Ana y su linaje
 Convocando á la par á los parientes.

Y presto ya el cordero sin mancilla
 Que debía servir de ofrenda pura,
 Y de harina un gomor cuya blancura
 Escedía á la nieve que al sol brilla
 Del empinado Líbano en la altura;

Subió la numerosa comitiva
 Con espléndidos trages adornada
 Del Dios Omnipotente á la morada,
 Y á su frente marchaba con fé viva,
 Superior á su edad, la presentada.

En el patio exterior á do primero
 Llegaron, que jamás traslimitaba
 Bajo pena de muerte el extranjero,
 Ante el dorado pórtico severo,
 De gentes multitud les aguardaba.

De la casa del rey los oficiales
 Eran, los sapientísimos doctores
 De la ley, fariseos fingidores,
 Levitas, magistrados, generales
 Y matronas ilustres y señores.

Pues quiso Jehová que la dichosa
Virgen que por reconditos caminos
Venía destinada á ser su esposa
Llegase á su morada suntuosa
Con pompa conveniente á sus destinos.

II.

Detuvo el paso lento
La fausta comitiva
Tocando el pavimento
Del encumbrado *Chel* (2),
Y la profana gente
La faz humilló altiva
Ante la faz ardiente
Del Sumo de Israel.

De Nicanor la puerta
Giró sobre sus gonces:
Entró Miriam incierta
Del sacerdote en pós
Y pudo el pueblo entonces
Mirar por un instante
El fondo centelleante
De la mansion de Dios.

Sus bóvedas doradas
Con oriental riqueza,
Sus piedras afirmadas
Con llantas de metal,
Sus sólidos pilares
Dó apoyan en su alteza
Los techos tutelares
Del Santuario real.

El pórtico sagrado
Pasó Miriam: su planta
En la comarca santa
Siguieron nada más
Sus padres y parientes,
Y víctima mas pura
En su réal clausura
No penetró jamas.

En el umbral postrero
De un patio donde crecen
El verde limonero
De amarillenta flor,
El tamarindo umbroso
Y el láuro, que estremece
Con ruido sonoro
Su perennal verdor.

Los viejos sacerdotes
Y los Levitas graves,
De cánticos suaves,
Y del salterio al són,
A recibir salieron
A la sin par MARIA,
Que á Jehováh ofrecia
Su casto corazón.

Fué el blanco corderillo
Sacrificado: el fuego
De sus entrañas luego
La carne consumió:
Se hicieron libaciones
De aceite, sangre y vino
Ante el altar divino
Dó el holocausto ardió.

En platos de oro puestos,
Los destrozados restos
De la inmolada víctima
Se hicieron repartir,
Segun de aquellas gentes
Costumbre, á los parientes
De Ana, que sus lágrimas
No acierta á reprimir.

Tendieron de MARIA
Sobre la real cabeza
Un velo, de pureza
Virgínea señal
Como la nieve blanco,
Mas de menor blancura
Que la inocencia pura
De su alma virginal.

Y el viejo Zacarías
Que, Sacerdote Sumo,
Entre una nube de humo
Sagrado apareció,
Desde el umbral, propicio
La víctima aceptando,
De Dios para el servicio
La Virgen reclamó.

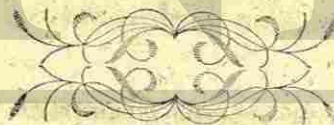
Rompiendo entonces todos
Los maternos lazos,
Tomando entre sus brazos
A la hija de su amor,
Condujo á sus piés Ana
A su gentil MARIA,
Tan llena de alegría
Como ella de dolor.

“Señor, dijo la madre,
A Dios traigo en ofrenda
De bendición la prenda
Que dió á mi ancianidad.
A Dios la consagramos
Y Dios nos la reclama:
Nosotros acatamos
Su santa voluntad.”

El Sacerdote alzando
A la postrada anciana
La dijo: “vuelve, Ana,
A tu tranquilo hogar:
Al que de Dios guarece
La proteccion Suprema
Bajo su amparo crece
Seguro ante su altar.”

“Vuelve á tu hogar, anciana,
Y hasta su puerta amiga
De Jehováh te siga
La bendicion en pos.
No pierdas tus viglias
En maternas quejas,
Porque á tu hija dejas
Encomendada á Dios.”

Diciendo así el Pontífice
Con brazos cariñosos
Bendijo á los esposos
Y al pueblo despidió:
Y del sagrado templo
Tras de las puertas de oro
MARIA con el coro
De vírgenes quedó.”





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LIBRO TERCERO.

MARIA EN EL TEMPLO.

I.

Castísima paloma,
Cuyo sereno vuelo
En la región del cielo
A remontarse vá:
Vapor de suave aroma
Que en odorante nube
Hasta el alcázar sube
Mansion de Jehová:



Flor del Eden preciosa,
 Cuyo capullo abierto
 Derrama en el desierto
 Su celestial olor,
 Tu esencia misteriosa
 Permaneció ignorada
 En la infeliz morada
 Del siervo del error.

El hombre es un gusano:
 Sus ojos son de tierra
 Y en ellos luz no encierra
 Para mirarte á ti.
 Nublado el ojo humano
 Por míseros antojos
 Brillar no ve en tus ojos
 La luz de Adonai.

Reina del sol que germen
 Y luz da á la campiña,
 Terreno sér, y niña
 Te cree Jerusalen:
 Sus razas que en tinieblas
 De vanidad se aduermen
 Del vicio entre las nieblas
 A Dios en tí no ven.

Tú, de virtud sagrario,
 Al templo te acogiste:
 Tú, que elegida fuiste
 Por templo de Emmanuel,
 Morar en su santuario
 Tu corazón quería
 Cuando morar debía
 En tus entrañas En:

De su santuario dentro,
 Bajo sus techos de oro,
 Tu sér como el tesoro
 De mas valer guardó:
 Y el silencioso centro
 De su mansion sagrada
 Sondar la vista osada
 Del hombre no dejó.

¿Qué fueron de tu infancia
 Las horas en el templo?
 Tú, de virtud ejemplo
 Y virginal unción,
 Creviste cual las flores
 Que doblan su fragancia
 Y avivan sus colores
 Al par de la estacion.

Tesoro de las glorias
 Del Hacedor del día,
 Rosal de Alejandría,
 Ciprés de Jericó,
 Las místicas memorias
 De tu niñez dichosa
 De sombra misteriosa
 El cielo circundó.

Oculto, guarecida
 Bajo el sagrado velo,
 Esencia contenida
 En hidria de cristal,
 Joya de Rey guardada
 Con precavido anhelo,
 Semilla conservada
 Debajo de un fanal,

Moraste en los palacios
 Del dueño de la vida,
 A tu Señor unida
 Con misteriosa union.
 Y en tí su Sér moraba,
 Y el tuyo á El llegaba
 Salvando los espacios
 Tu férvida oracion.

Tú, Virgen escogida
 En su saber profundo
 Para traer al mundo
 La fé y la salvacion,
 Sus juicios ignorabas,
 Mas por tu fé impelida
 A Dios le consagrabas
 Tu limpio corazón.

Tú, Reina de los seres
 Que el paraiso moran,
 Tú, cuya huella adoran
 Los justos de Sion,
 Al polvo descendiste
 Del ser de las mugeres
 Y entre ellas te impusiste
 Grosera ocupacion.

Tú con las otras *almas*
 Del templo habitadoras,
 Pasaste largas horas
 Callando tu alto sér,
 En adornar las palmas
 Y entretejer las flores
 Del templo, y en labores
 Humildes de muger.

Tus dedos transparentes
 Hilaron diligentes
 Los linos de Pelusa,
 Las sedas del Cedar:
 Tu mano soberana
 Tejió la blanca lana
 Que el sacerdote usa
 Velando en el altar.

Tú, cándida y modesta,
 Al místico servicio
 De Dios siempre dispuesta
 Velabas sin cesar:
 Y un día y otro día
 Del cruento sacrificio
 En la solemne fiesta
 Se oía tu cantar.

Leal, caritativa,
 Sincera y obediente,
 Con todos indulgente
 Y en todo sin igual,
 Imágen eras viva
 De la virtud suprema
 Que dá inmortal diadema
 Al alma del mortal.

Así creciste, pura
 Emanación del cielo,
 Embalsamando el suelo
 Y el templo de Israel:
 Tú, escelsa criatura,
 Muger divina y Santa,
 A cuya régia planta
 La luna dá escabel.

Así pasando fueron
 De tu niñez los días,
 En tanto que adquirías
 Las fuerzas y la edad
 Para que en tí cumplida
 La ley que te impusieron
 De dar al mundo vida
 Viera la humanidad.

Pasaron así bellos
 Los días de tu infancia
 En tu apartada estancia
 Del templo de Salém,
 Llegando detrás de ellos
 Los días de amargura
 Que á nuestra raza impura
 Franquearon el Eden.

¡Ay! cuando á luz naciste
 Para salvar la tierra
 Al mal te sometiste
 De su fatal mansion:
 Y del dolor que encierra
 La bárbara agonía,
 Pronto ¡ay de tí! debía
 Herir tu corazón.

En vano consagrabas
 La flor de tu pureza
 Al Dios de quien enviabas
 Tu corazón en pós:
 Su rayo se encendía
 Sobre tu real cabeza,
 Y que acatar había
 La voluntad de Dios.

II.

Acercábanse ya los misteriosos
 Días de llanto, en cuyas lentas horas
 Se debían llenar los tenebrosos
 Designios del Señor. En solamente
 Penetraba el hondísimo misterio
 De nuestra Redención: su sábia mente
 Percibía no más la luz futura
 Que, para bien de la terrena gente,
 Iba á alumbrar la lobreguez impura
 De su mansion: su poderosa mano
 Preparaba á los tiempos el camino:
 Y momento á momento, grano á grano
 Iba en la eternidad inmensurable
 Arrojando implacable
 Las fugitivas horas el destino.

Temblaban los espíritus del cielo
 Aguardando el instante pavoroso
 En que del gran misterio tenebroso

¡Ay! cuando á luz naciste
 Para salvar la tierra
 Al mal te sometiste
 De su fatal mansion:
 Y del dolor que encierra
 La bárbara agonía,
 Pronto ¡ay de tí! debía
 Herir tu corazón.

En vano consagrabas
 La flor de tu pureza
 Al Dios de quien enviabas
 Tu corazón en pós:
 Su rayo se encendía
 Sobre tu real cabeza,
 Y que acatar había
 La voluntad de Dios.

II.

Acercábanse ya los misteriosos
 Días de llanto, en cuyas lentas horas
 Se debían llenar los tenebrosos
 Designios del Señor. En solamente
 Penetraba el hondísimo misterio
 De nuestra Redención: su sábia mente
 Percibía no más la luz futura
 Que, para bien de la terrena gente,
 Iba á alumbrar la lobreguez impura
 De su mansion: su poderosa mano
 Preparaba á los tiempos el camino:
 Y momento á momento, grano á grano
 Iba en la eternidad inmensurable
 Arrojando implacable
 Las fugitivas horas el destino.

Temblaban los espíritus del cielo
 Aguardando el instante pavoroso
 En que del gran misterio tenebroso

La justicia de Dios rasgara el velo;
 Y temblaban las almas
 De Abraham en el limbo detenidas
 Ansiando, de él para salir, las palmas
 Por el cielo á los justos prometidas:
 Y temblaba el monarca del infierno
 Esperando en sus lóbregas moradas
 El punto en que sus puertas quebrantadas
 Iba á pasar el hijo del Eterno.

El universo entero todavía
 Su porvenir recóndito ignoraba,
 Y ya el ángel precito adivinaba
 Los destinos futuros de MARIA.
 La voluntad de Dios no le dejaba
 Llegar de la dichosa Nazarena
 Al alma virginal, que vió en el mundo
 Entrar de culpa original agena;
 Y en su saber y en su furor profundo
 Sentía el pié de la que así nacía
 Hollar triunfante su cerviz impía.
 Ella empero ignorante
 Del porvenir augusto, orando á solas
 Consigo misma y del Señor delante,
 Del mar del porvenir no percibía
 Crecer y embriavecerse á cada instante
 El viento ajado y las hirvientes olas.

Mas íbanse á romper todos los lazos
 Que ligaban su espíritu á la tierra
 Antes que el gérmen que su sangre encierra
 Fecundara el aliento omnipotente,
 Y recibieran sus maternos brazos
 Al rey eterno de la humana gente.
 Era preciso que la flor de mayo
 Sobre su tallo se apoyara sola,
 Para que el fuego asolador del rayo
 Cayese entero en su gentil corola.

¡Oh tú, la pura entre las almas puras,
 Bella sin par entre las mas hermosas
 Que por las sendas de la tierra oscuras,
 Obediente á las leyes misteriosas
 De Jehováh, tus huellas
 Hacia el sangriento Gólgota encaminas,
 Ya no hollarán tus piés sendas de rosas,
 De hoy mas tan solo pisarán espinas.

Antes que sus virtudes salvadoras
 De tu alta gracia el talisman ejerza
 En pró de nuestras almas pecadoras,
 Tú, madre de los huérfanos, es fuerza
 Que huérfana te veas, que devores
 Tu tiempo en soledad, y pues nacistes

Para ser el consuelo de los tristes,
 Fuerza será que con los tristes llores.
 Fuerza es, ¡oh madre del amor divino!
 La hiel que apures del pesar humano;
 Es fuerza que al dolor de tu destino
 No se iguale jamás dolor humano,
 Para que al darte de su madre el nombre
 En su aflicción, tu nombre soberano,
 Símbolo de tu duelo sobrehumano,
 Bálsamo sea del dolor del hombre.

Primero que de rayos inmortales
 Se corone tu cándida cabeza,
 Tu duelo es fuerza que á tu gloria iguales;
 Apresta, pues, tu alma á la fiereza
 De tus hondos destinos celestiales.
 Tu paz concluye do tu gloria empieza,
 Y aquí se empieza, celestial MARIA,
 El cáliz á llenar de tu agonía.

El anciano Joaquín, la vista fija
 En su hermosa Miriam, su domicilio,
 Mudó á Jertusalem, y al pié del templo,
 Para vivir más cerca de su hija,
 Compró, de sus parientes con auxilio,
 Una pobre mansión, donde él y Ana

Eran, de amor y de virtud ejemplo,
 Muestra viviente de bondad humana.
 Hacia ya dos lustros que no oía
 El rumor de los olmos y las cañas
 De Nazareth, cuando al morir de un día
 De otoño el tibio sol, sintió que hería
 La mano de la muerte sus entrañas.
 Su último aliento recogió en el pecho
 Por alargar un punto la existencia,
 Su alma con religiosa diligencia
 Tornando á Dios desde el mortuorio lecho.
 Su postrimer deseo procurando
 Ana cumplir, al templo fué llorando
 Al sumo Sacerdote Zacarías
 A avisar que llegaba
 Su esposo al fin de sus cansados días.
 Acudió presuroso
 El sacerdote austero
 A la mansión del moribundo esposo,
 Mas no llegó el primero:
 Ya su faz con sus lágrimas regaba
 MARIA, que con paso más ligero
 De llegar acababa,
 Y que á las manos de su padre asida
 Tal vez con sus suspiros intentaba
 Algun suspiro más darle de vida.

En su cariño paternal, profundo,
 El espirante padre al sacerdote
 Encomendó cuanto en el triste mundo
 Dejaba: la hija que á sus piés gemía
 Y la muger con quien partido habia
 En la prosperidad y en la indigencia
 El placer y el pesar de la existencia.

Los ojos de Joaquín iluminados
 Por el Señor en su postrer instante,
 El glorioso esplendor, el sol brillante
 Percibió de los días reservados
 A aquella hija divina que le llora,
 Y una sonrisa iluminó el semblante
 Del noble viejo, luz consoladora
 Que le mostró su eternidad radiante:
 Y sus manos poniendo en la cabeza
 De aquella hija del mundo salvadora
 Espiró sin congoja ni agonía,
 Del alma pura la mortal corteza
 Dejando entre los brazos de MARIA.

Su cuerpo devolvieron á la tierra
 La noble virgen y la madre anciana,
 Y sobre el mármol que á su bien encierra
 Lloraron á su bien MARIA y Ana.

Quando de llanto el natural tributo
 Pagó al amor su corazón doliente,
 Del mármol se alejaron tristemente
 Para esconder su soledad y luto
 La hija del templo bajo el áureo techo,
 La viuda al pié de su vacío lecho.

Once lunas despues... es una tarde
 Apacible y serena;
 El sol, de luz en el postrer alarde,
 De rojo resplandor el aire llena,
 Y su esplendente claridad tendiendo
 Por la estension del cárdeno horizonte
 Como un manto de púrpura, derrama
 Desde la cima del escelso monte
 Su temblorosa llama,
 Que como vasto incendio reverbera,
 Con su postrer fulgor enrojeciendo
 Valle, bosque, ciudad, rio y pradera.

El día de la fiesta de las flores
 Celebra el pueblo de Judá; se escucha
 El suave són del cántico sonoro
 Del templo, y por los aires se levanta
 El humo azul del incensario de oro,
 Que con el áura al elevarse lucha,

Fugaz lamiendo la techumbre santa
 MARIA, de las *almas* entre el coro,
 Acompañada del salterio canta
 Himnos de gracias al Señor, y el mundo,
 En cuanto abarca su ámbito invisible
 Desde el zenit al bátrato profundo,
 Mudo y atento para oír se inclina
 El eco dulce de su voz divina.

Su delicioso celestial sonido
 Derramado se esparce por el viento,
 Y embelesa el oído
 De todo sér, y ahoga todo ruido
 Que existe en aire, tierra y firmamento;
 Y á los acentos de su voz sùaves
 Las rumorosas auras se adormecen,
 Las sonoras corrientes enmudecen,
 El eco olvidan de su voz las aves,
 Y en su lecho de arena movédiza
 Lentas las olas de la mar se mecen,
 Y el agua amarga que su són hechiza,
 Dulce se torna y de placer se riza.

Empero Dios, que como rey domina
 La eternidad y el tiempo, y cuyas leyes
 Ningun encanto á su favor inclina,

Como el poder de los humanos reyes,
 Las fuentes del dolor abre entretanto
 En la alma de Miriam, y en sus enojos
 Y aguarda el fin de su armonioso canto,
 Segunda vez para anegar en llanto
 La casta luz de sus serenos ojos.

Un anciano Levita, á quien seguía
 Una muger cubierta con un velo,
 La ceremonia al concluir y el día
 La instó á seguirle con doliente anhelo.
 Obedeció la cándida doncella,
 Y del materno hogar á la morada
 De ambos detrás encaminó la huella.
 Al umbral de su puerta aglomerada
 Reunion de mugeres silenciosa
 Esperaba sin duda su llegada,
 Compasiva tal vez, tal vez curiosa.

“¿Qué es esto, hermanas mías?”

Preguntólas Miriam sobresaltada.

“¿Por qué en el mas alegre de los días

“Delante de mis puertas os encuentro

“Veladas, taciturnas y sombrías?

“¿Qué mal se alberga de mi casa dentro?”

Mas las mugeres á su voz callaron,

Y apartándose ante ella, de la puerta

El paso la franquearon.

Con angustiado afan, con planta incierta,
 En la morada penetró MARIA,
 Y en la primera estancia que halló abierta
 Donde una turbia lámpara lucia,
 A su madre encontró.—No estaba muerta
 La anciana todavía:
 Mas con la vista prócsima á apagarse
 La buscaba afanosa,
 Incapaz de esplicarse
 Con voz ni con accion mas cariñosa,
 Sonreír dulcemente
 La vió la hija infeliz al acercarse
 Al solitario lecho,
 Y al abrazarla con filial temura,
 Con el postrér aliento de su pecho
 Un beso maternal grabó en su frente,
 Y al querer la divina criatura
 Volvérselo á su vez, su boca pura
 Apoyó en su cadáver solamente.

De dolor tan intenso
 Por el impulso repentino herida,
 De la madre perdida
 Cayó sobre los míseros despojos,
 Llenos quedando en su dolor inmenso
 Su alma de hiel, de lágrimas sus ojos.

Cuando al siguiente dia
 La misma tumba que á Joaquin encierra,
 De la esposa el cadáver recibia,
 Sobre el ház de la tierra
 Sola quedaba en orfandad MARIA:
 Mas de Dios á los fallos resignada,
 De religiosa abnegacion ejemplo,
 A la merced de Dios encomendada
 Al amparo de Dios volvióse al templo.

Quando al silencio
 La misma calma que el silencio
 De la espesa el silencio
 Sobre el mar de la tierra
 Solo quedaba en el silencio
 Mas de las cosas de la tierra
 De reflexion y reflexion
 A la fuerza de Dios encomendada
 Al mundo de Dios volviendo al silencio

Serena es la noche:
 Con luz argentina
 La luna ilumina
 La humana region,
 Y el cielo, que de astros
 Sembrado destella,
 Desplega sobre ella
 Su azul pabellon.

Serena es la noche:
 Su lánguida calma
 Infunde en el alma
 Dulcísima paz;
 Meciendo las hojas
 Del árbol suspira
 El aura que gira
 Sonora y fugaz.

Ya duermen ahogando
 Las aves el río:
 Cerrada al rocío
 Ya duerme la flor,
 Detrás de los astros
 Que pueblan la altura
 Radiante fulgura
 La faz del Señor.

Al fuego del faro
 Por Dios encendido,
 En sueño sumido,
 Reposa Isráel,
 Cual rey, que, acampado
 En tierra vencida,
 Reposa cercado
 De ejército fiel.

Allí, tras sus muros
 De recia espesura,
 Callada y segura
 Se duerme Salem:
 Quebrando los tibios
 Nocturnos reflejos
 Brillar á lo lejos
 Sus techos se ven.

Sobre una colina
 Sus torres levanta
 La fábrica santa
 Del rey Salomon,
 De el templo acotando
 Los santos confines
 De frescos jardines
 La amena estension.

Sus vírgenes *almas*
 Cultivan en ellos
 Los árboles bellos,
 Las plantas sin par
 De que hacen fragantes
 Guirnaldas vistosas,
 Con que ornan piadosas
 El templo y altar.

En cámara, á cuyas
 Ventanas vecinas
 Movibles cortinas
 Los árboles dan,
 Envía á los cielos
 Con fé solitaria
 Su casta plegaria
 La triste Miriam.

Allí en su escondida
 Sombria vivienda,
 A Dios se encomienda
 Con férvida fé,
 Pidiéndole un aura
 De dulce consuelo,
 Que alivio en el duelo
 De su alma la dé.

Su ser invisibles
 Arcángeles guardan:
 Querubes aguardan
 Su pura oracion,
 Y á Dios se la llevan
 Tendiendo triunfantes
 Las alas brillantes
 A la alta region.

Segun le atraviesa
 Perfuma el espacio:
 La gloria embelesa
 Su místico són:
 Y en forma de aroma
 Que siente y que vive,
 Aspira y recibe
 Jehová su oracion.

Mas llora al enviársela
 Miriam: que es amarga
 Su pena y es carga
 Cruel de llevar,
 Y solo contemplan
 La tierra sus ojos
 Cual campo de abrojos
 Que va á atravesar.

Su espíritu ignaro
 Del ser en que existe,
 Rebelde resiste
 Tan íntimo afan:
 Y en sí el gran misterio
 Que encierra ignorando,
 Al cielo llorando
 Se vuelve Miriam.

Sus gotas de ardiente
 Purísimo lloro
 En un vaso de oro
 Recoge Gabriel.
 ¡Rocío de gracia!
 ¡Esencia de fuego
 Que habrá de ser luego
 Salud de Israel!

Humano á la esperanza
 Del porvenir, jónas
 Lavaronse hombre almas
 Mi voto virginal
 Señor, yo te con
 Mi casa soledad
 Señor, vale á ti
 Mi espíritu inmor

IV.

Y en esta misma noche
 Tristísima, fué cuando
 A solas contemplando
 Su mísera orfandad,
 Al Sumo Dios hacia
 La cándida MARIA
 Un voto de perpetua
 Y fiel virginidad.

PLEGARIA DE MARIA.

“ Señor, pues que me dejas
 Sobre la tierra así,
 Desde hoy vivire en ella
 Tan solo para tí.”

“Renuncio á la esperanza
Del porvenir: jamas
Levantará hombre alguno
Mi velo virginal.
Señor, yo te consagro
Mi casta soledad;
Señor, vuela á tí puro
Mi espíritu inmortal.

“Señor, pues que me dejas
Sobre la tierra así,
Desde hoy viviré en ella
Tan solo para tí.

“Circunde en hora buena
Mi solitario hogar
La niebla infamadora
De la esterilidad.
Señor, á tí tan solo
La huérfana amará.
¿Ni á quién sino á tí puede
Su corazón amar?”

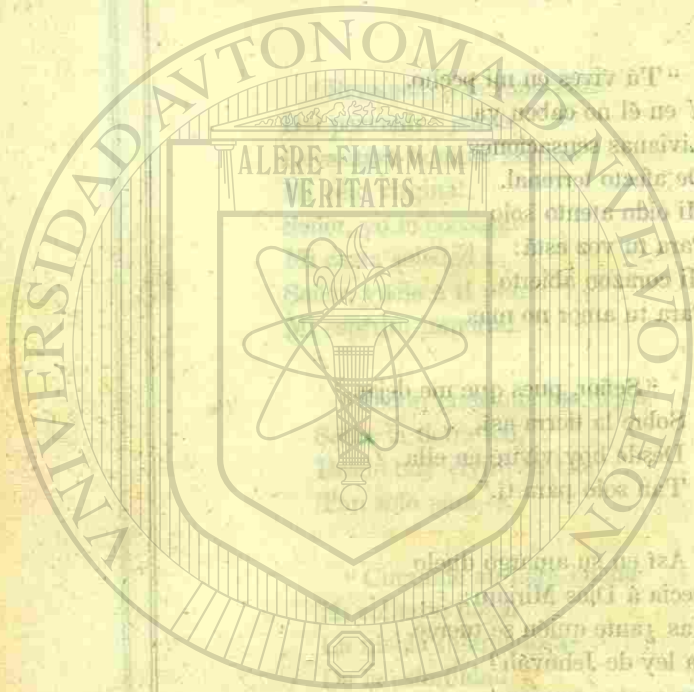
“Señor, pues que me dejas
Sobre la tierra así,
Desde hoy viviré en ella
Tan solo para tí.

“Tú vives en mi pecho,
Y en él no caben ya
Livianas sensaciones
De afecto terrenal.
Mi oído atento solo
Para tu voz está:
Mi corazón abierto
Para tu amor no mas.

“Señor, pues que me dejas
Sobre la tierra así,
Desde hoy viviré en ella
Tan solo para tí.”

Así en su amargo duelo
Decía á Dios Miriam:
Mas ¿ante quién se tuerce
La ley de Jehováh?
Sus santas oraciones
Hasta su trono van;
Pero mudar no pueden
Su eterna voluntad.

Escrito estaba, y pronto
Su velo virginal
Iba á dejar la esposa
Colgado ante el altar.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Se mece con sonoro movimiento
Hierve, sino del sur al suave viento
No á impetuosa
Mar de xadís cuya argentada espuma
Empaña, ni agitada con sus linternas
Falso sereno que junta la bruma
Las islas con montañas olivas:
Fólis adolescencia que pastura

LIBRO CUARTO.

Que habermas hoy
Hoye edad de presuras venturas
Que á reposo y pines solo convivia
Parlor de mil flores conatada
Ni manig:
MARIA ESPOSA.
En la cual ni
Estacion de los meses de la vida
Bella edad del amor, libertada

Lució para Miriam la misteriosa
Edad de los ensueños celestiales:
La edad en que se juzga mas dichosa
La muger en sus sueños virginales.
Edad lejana aún de la azarosa
Época de los recios vendabales
De la vida, en que vamos en bonanza
Vogando por el mar de la esperanza.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Feliz adolescencia que perfuma
 La fé con aromáticos olores:
 Cielo sereno que jamas la bruma
 Empaña, ni aquilon con sus furores:
 Mar de zafir, cuya argentada espuma
 No á impulso de huracanes bramadores
 Hierve, sino del aura al suave aliento
 Se mece con sonoro movimiento.

Bella edad del amor, afortunada
 Estacion de los goces de la vida,
 En la cual ni e peranza hay engañada
 Ni amigo ingrato ni ilusion perdida.
 Pradera de mil flores esmaltada
 Que á reposo y placer solo convida:
 Breve edad de brevísima ventura
 Que hace mas breve aún nuestra locura.

Felices, generosos, lisonjeros,
 Floridos, inocentes quince años
 En los que ignora el hombre los areros:
 Lazos del mundo loco y sus engaños:
 Edad en cuyos dias plácidos
 Se ven y no se creen los desengaños;
 Vestíbulo dorado de esta vida
 Mansion del llanto, del dolor, guarida

Llegó esta edad para Miriam: su seno,
 De juventud y de vigor henchido,
 Sintió, aunque á instintos de impureza ageno,
 Del corazon el juvenil latido:
 Del fuego del amor le sintió lleño
 Y hácia el amor con fuerza compelido;
 Mas como era su amor hijo del cielo,
 Hácia él tendió su corazon el vuelo.

Su alma libre de la carne impura
 Amorosa á los cielos se elevaba
 Y en piélagos de amor y de ternura
 Celestes se perdía y se extasiaba:
 Y quebrantando la prision oscura
 De la tierra, amorosa se exhalaba,
 Y del divino amor en Dios bebia
 Torrentes de balsámica ambrosia.

Aquella flor divina, conservada
 Del templo en el seráfico recinto
 Y del Señor para el jardin criada,
 Huia de la fierra por instinto.
 Y entreviendo sus riesgos, espantada
 Resistia del mundo el laberinto
 Penetrar, y al Eterno consagrada
 Vivir queria en su feliz morada.

Allí do en humo vagaroso y denso
 Suben á Dios desde la sacra loma
 Perpetuas nubes de aromoso incienso,
 Anida aquella mística paloma.
 Allí el arrullo de su amor intenso
 Al Dios que el mar y las tormentas doma,
 Y Bajo forma de místicos cantares
 Eleva desde el pié de sus altares.

Y al crepúsculo blanco de la aurora
 Que llena el universo de alegría,
 Y cuando el tibio sol las cumbres dora
 Con el reflejo postrimer del día,
 Y á la luz de la luna inspiradora
 Siempre de celestial melancolía,
 Himno perpetuo de su amor levanta
 Y al Dios que adora interminable canta.

Así Miriam la hermosa primavera
 Creyó pasar de su inocente vida,
 Olvidando la ley, tal vez severa,
 Mas honrada en Judá y obedecida,
 Que obligaba á las vírgenes, cualquiera
 Su condicion que fuese, esclarecida
 O humilde, á sustraerse al afrentoso
 Celibato en los brazos de un esposo.

No la olvidaba en su rencor empero
 Luzbel que, odiando su inmortal pureza,
 Poner ansiaba el universo entero
 Entre el pié de Miriam y su cabeza.
 No la olvidaba, y con profunda ira
 Dejando las mazmorras del infierno,
 A la region voló donde respira
 La Virgen predilecta del Eterno.

Era la noche en que Miriam de hinojos
 Del templo en la vivienda solitaria,
 A Dios volviendo los amantes ojos
 Enviaba á Dios su virginal plegaria.
 El rey de las tinieblas sus enormes
 Alas plegó sobre herial colina,
 Entre unas ruinas lóbregas é informes
 Desde las cuales la ciudad domina.

Al estender su perspicaz mirada
 Por el recinto de Salem dormida,
 Vió á Miriam por los ángeles velada
 É ir al cielo en sus alas conducida
 La oracion de sus labios exhalada.

Defendida al hallarla por el cielo,
 En lugar de ceder con miedo santo
 Sintió crecer su despechado anhelo,
 Y dió un rugido, á cuyo són de espanto
 Estremeciósese de Salem el suelo:
 Y ansioso de venganza, ó de pelea,
 Volvió á cernirse con siniestro vuelo
 Por cima de los pueblos de Judea.

Tres veces dió de la ciudad la vuelta
 En derredor de sus sagrados muros,
 Y de su forma colosal, envuelta
 En pliegues de vapor densos é impuros,
 La masa informe por el aire suelta
 Dibujó sus contornos inseguros
 En la alfombra de mieses y de viñas
 Que tapiza sus fértiles campiñas.

En tanto que la tierra registraba
 Con ojo que penetra cuanto ecsiste,
 Una infernal sonrisa iluminaba

Su faz ceñuda siempre y siempre triste,
 Digno tan solo de él un pensamiento,
 Traidor, que fermentaba en su cabeza,
 Hizole imaginar por un momento
 Que podria asaltar su osada mano
 Y manchar la castisima pureza
 De aquella blanca flor, á la que en vano
 Cercó con el vapor de la torpeza.

Permaneció un instante suspendido
 Entre el cielo y la tierra en absoluta
 Torba inmovilidad, embebecido
 En meditar su vengadora idea:
 Y con una señal vista tan solo
 De sus malditos súbditos y de ellos
 No más obedecida,
 Convocó en torno de él cuantos de un polo
 Al otro tienen terrenal guarida.

Acudieron al punto aquellos seres,
 Que sus hondos proyectos infernales
 Vienen á realizar sobre la tierra,
 Y bajo el dulce nombre de placeres
 A inocular el germen de los males
 En el vicioso corazón, que encierra
 El pecho de los míseros mortales.

Bajó Luzbel á un valle que la luna
 No iluminaba ya, y en torno suyo
 Teniendo á los espíritus que aduna
 Su voluntad satánica y á cuyo
 Torcido instinto sus proyectos fia,
 Les dirigió la voz de esta manera,
 Mas con eco tan débil que se hundia
 Entre el rumor del aura en la pradera.

—“Toda Israel conoce á la doncella
 Que entonaba en la fiesta de las flores
 Los cánticos del templo. No hay en ella
 Mas que gracia y virtud, luz y primores;
 Es fuerza empero que su imagen bella,
 Revestida de impúdicos colores,
 De todos los mancebos en la mente
 Como sombra de amor se represente.

Ornãos, pues, de mirtos y de rosas:
 Tomad las formas leves y risueñas
 De aquellas creaciones licenciosas
 De Grecia, al hombre vil siempre halagüeñas:
 Corred sobre sus alas aromosas
 Las ciudades, los valles y las breñas,
 Y el torpe corazon de los mancebos
 Abrid á un nuevo amor, de instintos nuevos.

Haced que escuche sin cesar su oido
 Y se alce sin cesar en su memoria,
 De su mágico cántico el sonido
 Y de su vida la virgínea historia;
 De su amor, para todos prohibido,
 Haced que aspiren todos á la gloria,
 E inflamad de Miriam por la hermosura
 Una pasion universal é impura.”

Dijo: su infanda idea comprendiendo,
 Los infernales génios sus secuaces
 Se desbandaron, en silencio hendiendo
 El seno de la atmósfera fugaces;
 Y de su Rey el pensamiento horrendo
 Ellos no más de realizar capaces,
 De las moradas de Israel el fondo
 Comenzó á emponzoñar su álito hediondo.

Emppezó su satánica presencia
 A turbar las pacíficas mansiones,
 Y empezó su maléfica influencia
 A filtrarse en los torpes corazones;
 Y cuantos de Israel la efervescencia
 Del juvenil ardor de las pasiones
 Dominaba, á la Virgen recordaron
 Y con la imagen de Miriam soñaron.

Mas aunque el maleficio del infierno
 Intentó su castísima belleza
 Profanar, ante un soplo del Eterno
 Se disipó: en su espléndida pureza
 Se pintó de las almas en lo interno
 De los mancebos, y en su ruin vileza
 Cuantos la imagen de Miriam soñaron
 Cual celeste vision la recordaron.

III.

En alas, no de la pasión liviana
 Sino de amor respetuoso y casto,
 Llegóse á demandarla por esposa
 La juventud Hebréa: los ancianos
 Ministros del Señor y sus tutores
 La demanda á Miriam participaron,
 Y la virgen que á Dios se habia ofrecido
 Escuchó sus palabras con espanto.

“ Jamás, dijo, jamás con hombre alguno
 “ Podrán unirme conyugales lazos:
 “ De mi virginidad y de mi vida
 “ Hice voto al Señor y quebrantarlo
 “ No osaré.”—Los ancianos á tan nueva
 Revelacion de asombro se llenaron,
 No comprendiendo un voto que en Judea
 Era á su parecer voto insensato.

Mas aunque el maleficio del infierno
 Intentó su castísima belleza
 Profanar, ante un soplo del Eterno
 Se disipó: en su espléndida pureza
 Se pintó de las almas en lo interno
 De los mancebos, y en su ruin vileza
 Cuantos la imagen de Miriam soñaron
 Cual celeste vision la recordaron.

III.

En alas, no de la pasión liviana
 Sino de amor respetuoso y casto,
 Llegóse á demandarla por esposa
 La juventud Hebréa: los ancianos
 Ministros del Señor y sus tutores
 La demanda á Miriam participaron,
 Y la virgen que á Dios se había ofrecido
 Escuchó sus palabras con espanto.

“ Jamás, dijo, jamás con hombre alguno
 “ Podrán unirme conyugales lazos:
 “ De mi virginidad y de mi vida
 “ Hice voto al Señor y quebrantarlo
 “ No osaré.”—Los ancianos á tan nueva
 Revelacion de asombro se llenaron,
 No comprendiendo un voto que en Judea
 Era á su parecer voto insensato.

La ley universal de las mugeres
 Hebréas: la deshonra y el escarnio
 De la esterilidad, pues prometian
 Al pueblo de Israel santos oráculos
 Que aquel Mesías rey no de otra tribu
 Que de la tribu de Judá ser vástago
 Debía: el ser Miriam la mas ilustre
 Doncella de linage tan preclaro,
 Imposible en las leyes de su pueblo
 Hacian de Miriam el voto casto.

¡Ah! ¿Ni cómo oponerse á los designios
 De Dios, que siglos antes que del caos
 Brotar hiciera los diversos mundos
 Que pueblan los abismos del espacio,
 Por sus fines secretos y recónditos
 Lo habia así en su mente decretado?

De un terrenal amor la llama débil
 Parecia á Miriam un fuego escaso
 Para su ardiente corazon; mas fueron
 Sus ruegos y sus lágrimas en vano.
 Los severos tutores á sus deudos
 A reunion doméstica invitaron,
 Para elegir para Miriam esposo
 Digno con ella de partir el tálamo.

Habia entre los hombres
 Que de Miriam la mano pretendian
 Muchos de ilustres nombres
 Que de su misma raza descendian;
 Hebreos poderosos,
 Que al esplendor de su elevada cuna
 Unian orgullosos
 Los timbres de la gloria y la fortuna:
 Herederos de gefes y magnates,
 Que volvieron un tiempo, de despojos
 Cargados, con honor de los combates,
 O cubiertos los pechos
 De gloriosas heridas;
 Y que á los propios y estrangeros ojos
 Eran, por su opulencia ó por sus hechos,
 Las glorias de la patria mas queridas.
 Hombres, que por su herencia ó hechos bravos,
 Poseian palacios esplendentes
 Y campos florecientes
 Y vencidos ó bárbaros esclavos.

Habia agricultores,
De fértiles campiñas y viñedos,
Y huertos y olivares
De ganados sin número señores;
Y en las riberas del Jordan amenas
Eran dueños de mieses y colmenas,
Y de tribus enteras de pastores;
Y cuyos campos, dehesas y plantíos
Regaban, abundosos
En pescados sabrosos,
Turbios arroyos y profundos ríos.

Ricos habia osados mercaderes,
Que cruzando los mares
Venciendo riesgos, superando azares,
Traian de Israel á las mugeres
Las turquesas que Irán cria en las faldas
De sus montes y bosques seculares,
De Egipto las costosas esmeraldas,
Y las perlas que esmaltan las coronas
De los altivos reyes;
Las que entre bosques de coral encierra
En apartadas zonas
El azul golfo Pérsico profundo,
Y que el marino audáz, hollando leyes
Y buscando la muerte vagabundo,
Disputa al fiero mar hasta en sus senos

De raros mónstruos y peligros llenos,
Para halagar la vanidad del mundo.
Y otros habia en fin enriquecidos
Con los nobles y espléndidos tejidos
Dos veces en la púrpura teñidos,
Que en aquellas edades
Eran orgullo y gloria
Y hoy son no mas efímera memoria
De Tiro, emperatriz de las ciudades.

Mas ni entre los magnates poderosos,
Ni entre los en las lides vencedores,
Ni entre los de campiñas poseores,
Ni entre los mercaderes opulentos,
Ni entre los marineros animosos,
Que visitan del mundo los confines,
Los sacerdotes de Salem, guiados
Por el Señor á sus eternos fines,
Encontraron aquel que digno era
De aquella Virgen casta y hechicera
Del universo mundo soberana,
Cuyo sagrado nombre
En las borrascas de la vida humana
Mas tarde habia de invocar el hombre.
Nombre á par del de Dios omnipotente,
Que allá en la azul esfera
En su mano eternal apaga el rayo

Que ya pronto á partir vibra estridente;
 De aquella Virgen cuyo puro aliento
 Al despertar la fresca primavera
 El florido tapiz que envuelve á mayo,
 Tiende por la fructífera pradera:
 Y á cuyo soplo con susurro lento
 Y amoroso, la ráfaga ligera
 En sus tallos meciendo va las flores,
 Prestando al vago viento
 Suave són y balsámicos olores.

De los ilustres cien competidores
 El varon elegido
 Por los sábios ancianos y tutores
 De Miriam, él á todos preferido,
 No fué jóven, ni rico, ni gallardo;
 Ni guerreros ó cívicos honores
 Daban préz á su frente encanecida:
 En un oficio laborioso y tardo
 Las cosas necesarias de la vida
 Con incesante afán se procuraba:
 Mas cuanto pobre honrado,
 Respetado por todos y querido,
 De su alta edad desde el albor primero
 En su ciudad natal había vivido
 Y José se llamaba
 Y era de Nazareth el carpintero.

Esta eleccion empero misteriosa
 Y para el pueblo todo sorprendente
 Hízola el mismo Dios, con milagrosa
 Disposicion, patente
 Haciendo á los ministros del Santuario
 Su eterna y santa voluntad divina.
 Un dia de Miriam los pretendientes
 Al despuntar la estrella vespertina
 Despues de alzar al cielo sus fervientes
 Devotas oraciones,
 Dentro del templo y cerca del Sagrario,
 Secas varas de almendro depusieron,
 Segun de sus mayores
 Uso fué y tradicion que recibieron:
 Y cuando á la mañana
 Siguiete juntos al Santuario entraron
 Verde y cubierta de fragantes flores
 La seca vara de José encontraron.

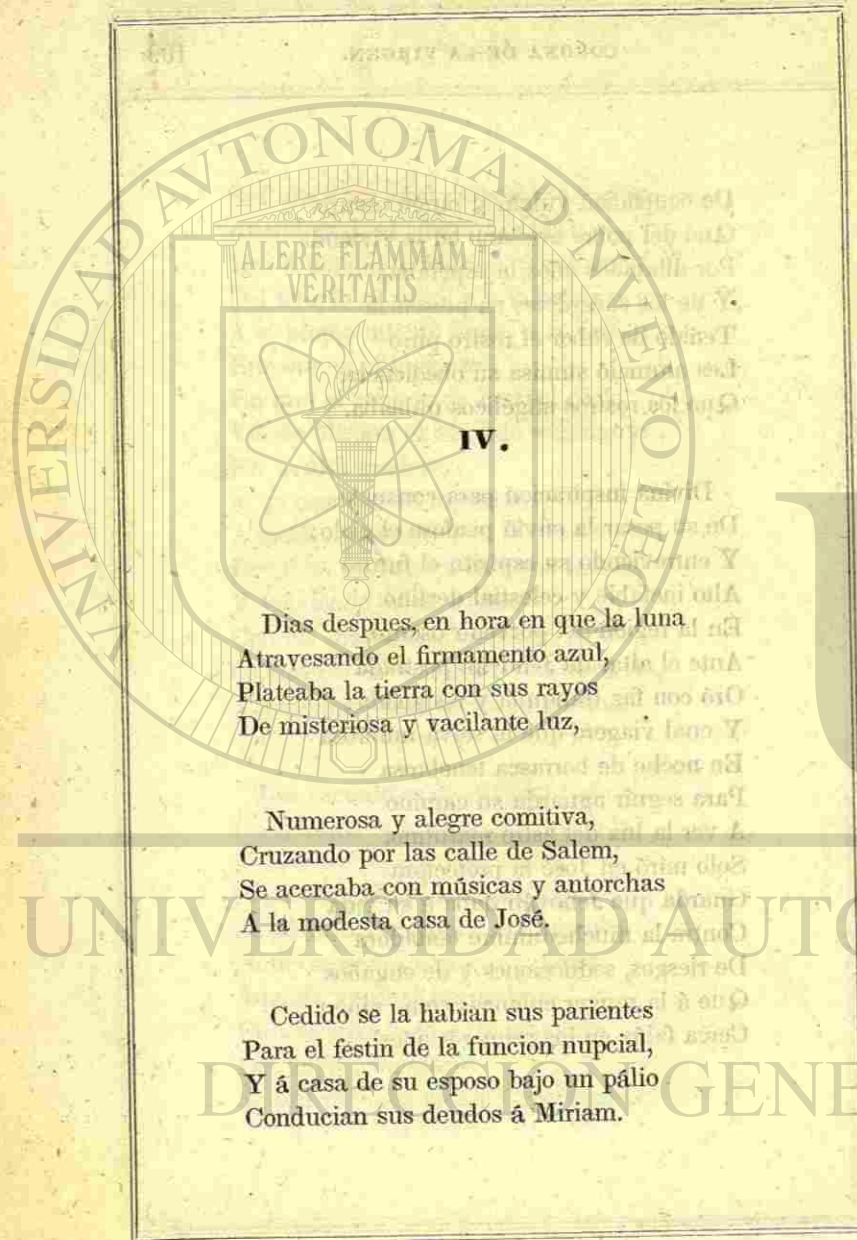
Y un mozo de ilustrísimo linage,
 A quien los mas altivos de Judea
 Tributaban respeto y homenaje,
 Al ver aquel prodigio portentoso
 Que apagaba la luz de su esperanza,
 Rompió su vara en ademan furioso,
 Y cediendo al impulso de su ira
 Y ansioso de venganza

Sed que á su alma Satanás le inspira
 Atentó de José contra la vida:
 Mas á tiempo teniéndose por suerte
 Del templo se salió, y á la salida
 A sí propio intentó darse la muerte.
 Empero en el instante
 En que al consejo de Luzbel cedia
 Vió de Miriam el cándido semblante
 En la alta gradería:
 Y en este mismo instante
 Aquella aparicion, obra del cielo,
 Devolvió su valor á su alma fuerte;
 Y volviendo en sí mismo
 Con los santos discípulos de Elías
 Se encerró en una gruta del Carmelo,
 Y vencido Satán volvió al abismo.

Los sacerdotes de Miriam tutores
 La eleccion la anunciaron decidida,
 Y la casta paloma cuya vida
 Como raudal de cristalina fuente
 Se deslizaba mansa y dulcemente
 Entre sagrados cánticos y flores;
 Aquella virginal naturaleza
 Educada en la fúlgida grandeza
 Del templo sacrosanto
 Se sometió á la vida de quebranto

De ocupacion vulgar y rango oscuro
 Que del pobre artesano en la vivienda
 Por dilatados años la esperaba;
 Y de los sacerdotes en presencia
 Teñido de rubor el rostro puro
 Les anunció sumisa su obediencia,
 Que los rostros angélicos nublaba.

Divina inspiracion para consuelo
 De su pesar la envió piadoso el cielo:
 Y entreviendo su espíritu el futuro
 Alto inefable y celestial destino
 En la region del porvenir oscuro,
 Ante el altar de Jehováh postrada
 Oró con faz tranquila y resignada:
 Y cual viagero que la selva umbrosa
 En noche de borrasca tenebrosa
 Para seguir aguarda su camino
 A ver la luz del astro matutino,
 Solo miró en José la protectora
 Guarda que Jehováh daba á su vida
 Contra la muchedumbre tentadora
 De riesgos, seducciones y de engaños
 Que á la muger entonces como ahora
 Cerca faláz en los primeros años.



IV.

Días despues, en hora en que la luna
Atravesando el firmamento azul,
Plateaba la tierra con sus rayos
De misteriosa y vacilante luz,

Numerosa y alegre comitiva,
Cruzando por las calle de Salem,
Se acercaba con músicas y antorchas
A la modesta casa de José.

Cedido se la habian sus parientes
Para el festin de la funcion nupcial,
Y á casa de su esposo bajo un pálido
Conducian sus deudos á Miriam.

Animado el semblante venerable
Con sonrisa de sincero placer,
La introdujo en la sala de la fiesta
Su esposo, y la sentó bajo un dosél.

Allí, conforme al uso establecido
Por viejos Patriarcas de Judá,
Puso José en el dedo de la Virgen
El anillo nupcial,

Diciéndola—"he aquí que eres mi esposa"
Y cubriendo á Miriam con su taled
Tomó la copa, que cercano deudo
Llenó de vino y se la dió á beber.

Gustáronla los dos: arrodilláronse
Todos y bendijeron al Señor:
Un puñado de trigo derramaron
Muestra de la abundancia que dá Dios;

Y rompiendo la copa un niño, puso
A la solemne ceremonia fin,
Pasando los alegres convidados
A la inmediata sala del festin.

Y aquella noche ante su casto lecho
El sencillo José dijo á Miriam:

“Tu serás para mí como mi madre: (4)

“Yo te respetaré como al altar.

“Yo hice los mismos votos que tu has hecho,

“Y ambos los cumpliremos á la par:

“Así llenamós las terrenas leyes

“Sin infringir la ley de Jehováh.”

Y así su voluntad inescrutable
Llevó á su fin el Dios omnipotente
Por oculto camino, impenetrable
A la razon de la mundana gente.
Así llegó á cumplirse el inefable
Misterio incomprensible y sorprendente
De que una Virgen Madre concibiera
Al que formó la creacion entera.

V.

¡Oh cuánto al corazon es alhagüeño,
Tras larga ausencia y desde gran distancia,
Volver á ver el sitio en que risueño
Y en la dichosa paz de la ignorancia
Su tiempo vió nuestra feliz infancia!

¿A quién, aunque en alcázares morara
Y en merecida esplendidez viviera,
No le fué siempre la memoria cara
Del oscuro rincon en que naciera,
Y dó el albor de su niñez pasára?

Aquel á quien la suerte caprichosa
A la corte llevó desde la aldea,
Desde la medianía á la ostentosa
Opulencia, en su alcázar se recrea
Recordando su aldea silenciosa.

Y aquella noche ante su casto lecho
El sencillo José dijo á Miriam:

“Tu serás para mí como mi madre: (4)

“Yo te respetaré como al altar.

“Yo hice los mismos votos que tu has hecho,

“Y ambos los cumpliremos á la par:

“Así llenamós las terrenas leyes

“Sin infringir la ley de Jehováh.”

Y así su voluntad inescrutable
Llevó á su fin el Dios omnipotente
Por oculto camino, impenetrable
A la razon de la mundana gente.

Así llegó á cumplirse el inefable
Misterio incomprensible y sorprendente
De que una Virgen Madre concibiera
Al que formó la creacion entera.

V.

¡Oh cuánto al corazon es alhagüeño,
Tras larga ausencia y desde gran distancia,
Volver á ver el sitio en que risueño
Y en la dichosa paz de la ignorancia
Su tiempo vió nuestra feliz infancia!

¿A quién, aunque en alcázares morara
Y en merecida esplendidez viviera,
No le fué siempre la memoria cara
Del oscuro rincon en que naciera,
Y dó el albor de su niñez pasára?

Aquel á quien la suerte caprichosa
A la corte llevó desde la aldea,
Desde la medianía á la ostentosa
Opulencia, en su alcázar se recrea
Recordando su aldea silenciosa.

Aquel que fué á tentar en los azares
De la guerra ó del mar á la fortuna
Y la alcanzó en las guerras y los mares,
Llora al volver á ver en sus hogares
El lugar que ocupó su humilde cuna.

¡Con qué placer, al espirar un día
De otoño melancólico y templado,
A ver volvió la virginal MARIA
A Nazareth de huertos circundado
Donde el albergue paternal tenía!

Al ver aquellos cerros pintorescos,
Verdes olmedas y viñedos frescos,
Sollozando de gozo se olvidaba
De los ricos tapices y arabescos
De las estancias que en Salem moraba.

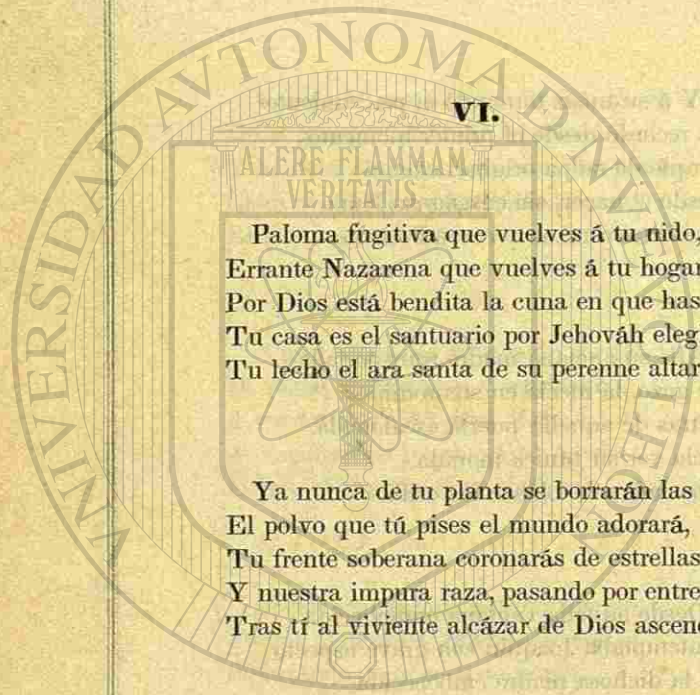
El pardo techo de su blanca casa
Que cubre el musgo que la lluvia cría,
La puerta hendida por do el aire pasa
Vé, á la luz del crepúsculo ya escasa
Y á través de sus lágrimas MARIA.

Y á su niñez tomando el pensamiento
La recordó desde el primer momento
Porque de culpa original exenta
Desde el nacer, sin enseñanza lenta,
Claros tuvo razon y entendimiento.

Allí su anciana madre transportada
De gozo, la mecia en sus rodillas:
Detras de aquella puerta escalonada,
Creia ver su túnica morada
Ribeteadas de blanco las orillas.

Desde aquella ventana enmohecida
Contemplaba Joaquin con grave aspecto
Do la dichosa madre embebecida
En cuidar de su sueño y de su vida
El tierno afan y maternal afecto.

Todo lo recordó: y arrodillada
Sobre el umbral de la mansion paterna,
Oró por la memoria venerada
De aquellos de quien vuelve á la morada
Por la suprema voluntad eterna.



VI.

Paloma fugitiva que vuelves á tu nido,
Errante Nazarena que vuelves á tu hogar,
Por Dios está bendita la cuna en que has nacido,
Tu casa es el santuario por Jehováh elegido,
Tu lecho el ara santa de su perenne altar.

Ya nunca de tu planta se borrarán las huellas,
El polvo que tú pises el mundo adorará,
Tu frente soberana coronarás de estrellas
Y nuestra impura raza, pasando por entre ellas,
Tras tí al viviente alcázar de Dios ascenderá.

¡Oh Virgen cuyos ojos dan luz al sol naciente,
De todo bien origen, de Dios emanación,
Hechiza con tu nombre mi canto balbuciente
Para que al mundo inspire cuando tu historia cuente
La fé con que te adora mi firme corazón.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

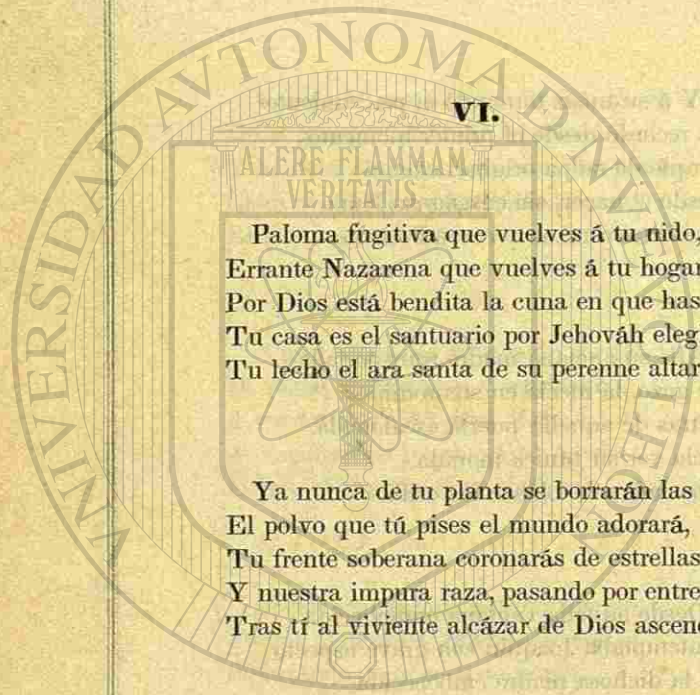
SEGUNDA PARTE.

LIBRO QUINTO.

LA VENIDA DEL ANGEL.

I.

Como arroyuelo puro
Que al través deslizándose del prado
Protegido del fértil emparrado
Por el follage oscuro,
Hasta el bosque vecino
Sigue su manso curso, cristalino,
Jamás de humanas huellas mancillado:



VI.

Paloma fugitiva que vuelves á tu nido,
Errante Nazarena que vuelves á tu hogar,
Por Dios está bendita la cuna en que has nacido,
Tu casa es el santuario por Jehováh elegido,
Tu lecho el ara santa de su perenne altar.

Ya nunca de tu planta se borrarán las huellas,
El polvo que tú pises el mundo adorará,
Tu frente soberana coronarás de estrellas
Y nuestra impura raza, pasando por entre ellas,
Tras tí al viviente alcázar de Dios ascenderá.

¡Oh Virgen cuyos ojos dan luz al sol naciente,
De todo bien origen, de Dios emanación,
Hechiza con tu nombre mi canto balbuciente
Para que al mundo inspire cuando tu historia cuente
La fé con que te adora mi firme corazón.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE.

LIBRO QUINTO.

LA VENIDA DEL ANGEL.

I.

Como arroyuelo puro
Que al través deslizándose del prado
Protegido del fértil emparrado
Por el follage oscuro,
Hasta el bosque vecino
Sigue su manso curso, cristalino,
Jamás de humanas huellas mancillado:

Tal la dulce existencia
Se deslizaba de José y MARIA;
Que es fuente inagotable de alegría,
La paz de la inocencia:
Y los castos esposos
Entre el trabajo y la oracion dichosos,
Miraban transcurrir dia tras dia.

En su taller mezquino
La voz no oyendo del orgullo vano,
Trabajaba aquel místico artesano
Sin soñar su destino;
O al bosque sus tesoros
De terebintos, cedros, sicomoros,
Disputaba tal vez su fuerte mano.

Y como el poderoso
A cuyo corazon sobra nobleza
Parte acaso piadoso su riqueza
Con el menesteroso:
Así el Patriarca santo
De los mendigos enjugaba el llanto,
Compartiendo con ellos su pobreza.

En tanto que amorosa
La reina de los cielos elegida,
En grosera labor entretenida,
Preparaba gustosa
Los humildes manjares,
Que al volver el Patriarca á sus hogares
Confortaban su fuerza enflaquecida.

Sus manos delicadas
Que en lino y oro y seda mil primores
A hacer, en perfectísimas labores,
Estaban avezadas;
Tosca y humilde estera
Tegieron del Jordan en la ribera
De palmas y de juncos cimbradores.

Y el pobre pavimento
De la sencilla patriarcal morada
A tan altos misterios destinada
Cubrió; y aun mas violento
Trabajo no asustó su fortaleza,
Ni marchitó su celestial belleza;
Bajo su manto cándido velada,

A la vecina fuente,
 Con un antiguo cántaro que inclina
 Bajo su peso la virgínea frente,
 El agua cristalina
 Va á coger, ó la túnica azulada
 Que cubre su persona inmaculada
 A lavar en su vívida corriente.

Y al espirar el día,
 Cuando la filomena su morada
 Busca bajo la fértil enramada;
 Colocaba MARIA
 Sobre una mesa limpia y reluciente
 Los panes de blancura refulgente,
 Fábrica de sus manos acabada.

Los dátiles sabrosos,
 Los lacticios y la miel hiblea,
 Al patriarca feliz de Galilea
 Manjares deliciosos:
 Y la cena frugal ya preparada
 Cuando José tornaba á su morada
 Concluida su tarea:

En el umbral la esposa
 Lo esperaba de pié, y el agua pura,
 Al fuego ya templada su frescura,
 Le daba cariñosa;
 Y él el polvo lavaba
 De sus piés, y á la mesa se acercaba,
 De amor el alma henchida y de ternura.

Y con manso decoro,
 A su lado sentábase sencilla,
 Del mundo y de los tiempos maravilla,
 La que es de amor tesoro.
 Y el rostro juvenil de gracia lleno
 Junto formaba al de José, sereno,
 Un grupo digno de la edad de oro.

Y en plática sabrosa
 Las lentas horas rápidas pasaban,
 Y los castos esposos se abrasaban
 En el amor de Dios: y su afanosa
 Pobreza enaltecida
 Con la santa pureza de su vida,
 Alegres olvidaban.

Y dos meses pasaron
 En aquella feliz dulce existencia
 De trabajo y de paz y de inocencia;
 Mas los tiempos llegaron
 Del Salvador Mesías
 Que anunciaban las altas profecías,
 Y en su trono se alzó la omnipotencia.

II.

La hora sonó: el Altísimo
 Calmado ya su encono
 Contra el humano, el fúlgido
 Mirar, desde su trono,
 De inmenso amor fecundo,
 Sobre el terrestre mundo
 Giró, como relámpago
 Nuncio de paz y amor;

Y entre los siete arcángeles
 Que á su derecha asisten,
 Que con las alas cándidas
 Se cubren y revisten,
 A los eternos fuegos
 Quedar temiendo ciegos,
 Al que mas cerca mírase
 Así ordenó su voz:

“Corta con vuelo rápido,
 “Gabriel, el eter puro,
 “Y donde se alza tímido
 “De Nazareth el muro,
 “Deten la árdua carrera
 “Por la azulada esfera,
 “Y en el humano vórtice
 “Pon el seguro pié.

“Allí, en mansion de lúgubre
 “Color y humilde planta
 “Que del confuso estrépito
 “De la ciudad se espanta;
 “De nadie conocida,
 “Pero de mí elegida,
 “Pádicá flor ocúltase
 “La reina de Israel.

“ Sé el que feliz anunciele
 “ Mi voluntad divina;
 “ Primero en ver la plácida
 “ Estrella matutina
 “ Que el fausto fin ansiado
 “ Del reino del pecado
 “ Anuncia al mundo, humíllate
 “ Ante su pura faz:

“ Dila que al fin aplácase
 “ Mi cólera severa,
 “ Por la soberbia indómita
 “ De la muger primera,
 “ Del mal reparadora
 “ Será, é intercesora
 “ Entre el humano mísero
 “ Y el sumo Jehováh.”

Dijo; y el ángel férvido
 De las eternas salas
 Partiendo, al aire nítidas
 Abre las puras alas;
 Y al mundo presuroso
 Dirige el vuelo ansioso,
 Surcó de luz espléndido
 Dejando en pos de sí.

Y como el lampo efímero
 El rey de los querubes
 Rompe la capa lóbrega
 De las revueltas nubes;
 Y el rayo diamantino
 Que marca su camino
 Es tal, que al verlo, súbito
 Cegara un serafín.

Moviendo á un tiempo rápidas
 Las alas de oro y nieve,
 Deja el inmenso número
 De soles muy en breve
 Detras, y en la agitada
 Atmósfera azulada
 De nuestro mundo, ciérnese
 Un punto en Nazareth.

Era aquel hora lánguida
 En que el mortal inclina
 A su criador la súplica
 Piadosa, vespertina;
 En que en murmurio suave,
 Del pez, el bruto, el ave,
 Del bosque y mar elévanse
 Mil himnos de placer.

Hora en que al rayo trémulo
Del moribundo día,
El alma en ancho piélago
De amor y de armonía
Se anega, y sublimada
Al cielo, separada
De su prision corpórea,
Se eleva hácia el Señor.

Y en su celeste júbilo
Cabe á la suma alteza,
Feliz un punto, olvidase
De su mortal flaqueza;
Y unida al sacro coro,
Al son del arpa de oro,
Entona el dulce cántico
De interminable amor.

Mas la inspirada púpila
Del Angel que camina,
De la inflamada atmósfera
A la ciudad declina:
Y dentro al laberinto
Que encierra su recinto,
Busca la vírgen cándida
De sin igual virtud.

Mírala en ruego estático
Postrada contra el suelo,
Y á la mansion seráfica
Dirige el raudó vuelo:
Nuncio feliz y santo
Del fin de nuestro llanto,
Embajador benéfico
De paz y de salud.

III.

Penetra en fin en la apartada estancia
De Dios el mensajero,
Desparciendo suavísima fragancia
Dó quier su pié ligero.

Al trascendente olor, la vírgen pura
Alzó los castos ojos,
Temiendo ver en la celdilla oscura
Los divinos enojos,

Hora en que al rayo trémulo
Del moribundo día,
El alma en ancho piélago
De amor y de armonía
Se anega, y sublimada
Al cielo, separada
De su prision corpórea,
Se eleva hácia el Señor.

Y en su celeste júbilo
Cabe á la suma alteza,
Feliz un punto, olvidase
De su mortal flaqueza;
Y unida al sacro coro,
Al son del arpa de oro,
Entona el dulce cántico
De interminable amor.

Mas la inspirada púpila
Del Angel que camina,
De la inflamada atmósfera
A la ciudad declina:
Y dentro al laberinto
Que encierra su recinto,
Busca la vírgen cándida
De sin igual virtud.

Mírala en ruego estático
Postrada contra el suelo,
Y á la mansion seráfica
Dirige el raudó vuelo:
Nuncio feliz y santo
Del fin de nuestro llanto,
Embajador benéfico
De paz y de salud.

III.

Penetra en fin en la apartada estancia
De Dios el mensajero,
Desparciendo suavísima fragancia
Dó quier su pié ligero.

Al trascendente olor, la vírgen pura
Alzó los castos ojos,
Temiendo ver en la celdilla oscura
Los divinos enojos,

Y vió un mancebo fúlgido que ante ella
Inclinando la frente
En voz cual de amantísima querella,
Más sonora y potente:

“ Yo te saludo, dijo, á Ti la llena
“ De gracia y hermosura;
“ Contigo está el que vibra ó encadena
“ El rayo allá en la altura.

“ Tú sola eres la Santa y bendecida
“ De todas las mugeres:
“ Capaz de dar al hombre eterna vida,
“ Tú sola, Virgen eres.”

Y María tembló, no comprendiendo
Del Angel la voz grave;
Mas él en su embajada prosiguiendo
Con tono mas suave;

“ No temas, que has hallado en la presencia
“ De Dios gracia infinita;
“ Sin perder el candor de tu inocencia
“ Serás por él bendita.

“ Concebirás un hijo en tus entrañas;
“ Jesus será su nombre:
“ Y en tu tierra será y en las estrañas
“ Salud eterna al hombre.

“ Grande será; de todos bendecido,
“ Hijo de Dios llamado;
“ Y será el trono de David, perdido,
“ Por él recuperado.

“ Sobre la casa de Jacob, fecundo
“ Su reino omnipotente,
“ Cumplidas las edades de este mundo
“ Durará eternamente.”

María, empero de sorpresa llena,
En su ignorancia pura,
Al Angel preguntó con faz serena:
“ ¿Mas cómo tal ventura

“ Puedo alcanzar, ni el maternal anhelo,
“ Sí á Dios me he prometido;
“ Y de virginidad só el puro velo,
“ Varon no he conocido?”

Y el Angel respondió: " Desde el altura,

" Aquel tres veces santo,

" Bajará sobre tí; su sombra pura

" Cual generoso manto.

" Te cubrirá; por esto al santo fruto,

" Virgen, que en tí naciere;

" Pueblos y reyes le darán tributo,

" Y ¡ay del que no creyere!

" Porque creas la nueva soberana

" Que así te ha sorprendido,

" Te diré que Isabel, tu prima anciana,

" Un hijo ha concebido.

" Y aunque estéril la juzgan, del preñado

" Esta es la sesta luna:

" No hay imposible al Sumo, al increado

" Que amor y ciencia aduna."

Entonces la doncella anonadada,

Al nunciador divino

Así le contestó, la faz bañada

En rubor purpurino.

" Hé aquí sumisa del Señor la esclava;
Hágase en mí su voluntad divina."
Y en aquel punto el ángel se elevaba
Al cielo en una nube zafirina.

Y EL VERBO SE HIZO CARNE; de este mundo
A habitar en la cárcel maldecida,
Y rescatar al hombre del profundo,
Muriendo para darle eterna vida.

Cumplido ya el misterio incomparable
De la generacion maravillosa
De un Dios, en vil materia deleznable,
Si bien hecha por él; noble y gloriosa

Solo el hombre en su ciencia envanecido
No sospechó que estaba tan cercano
El instante feliz y apetecido
Del complemento del linage humano.

Del invierno era el fin (5), la primavera,
Derramando raudales de verdura,
Al monte, al llano, al bosque y la pradera
Revistió con su espléndida hermosura.

Lució del sol mas puro el vivo rayo,
 Y en la flor columpiándose indecisa,
 Fragante don del prematuro mayo,
 Con voz mas dulce susurró la brisa.

Y de las aves el harpado coro
 Entonó mas armónicas canciones;
 Y enmudeció del infeliz el lloro
 Y callaron los turbios aquilones;

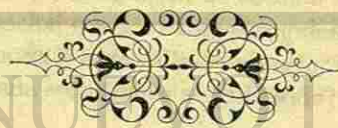
Mansa mugió la mar, en la ribera
 Sumisa recostándose adormida;
 Del bajo mundo á la encumbrada esfera
 Todo tuvo otro sér y nueva vida.

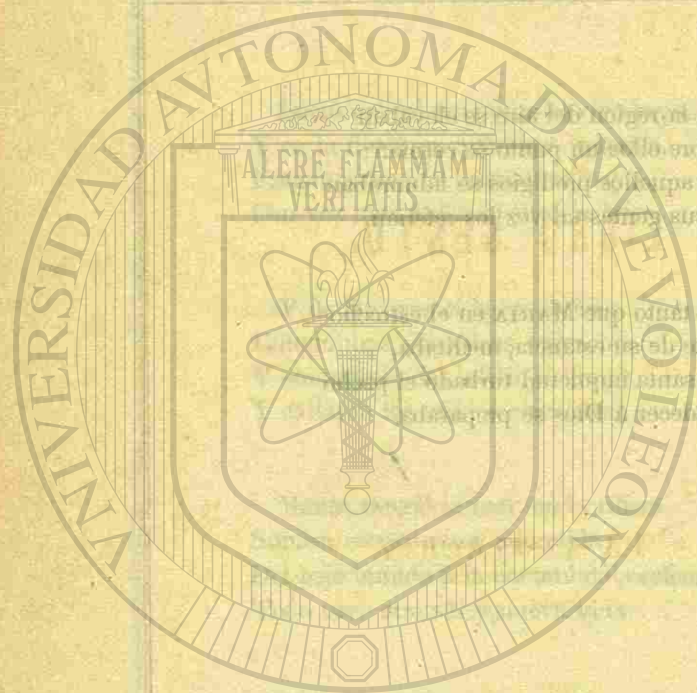
Y al caer de la tarde, los pastores
 Los rebaños trayendo á las majadas,
 Y al volver á su hogar los labradores,
 Sus rústicas tareas acabadas;

Acaso en las orillas deleitosas
 Confusos se paraban de los rios,
 Escuchando armonías misteriosas
 Que de prados y montes y plantíos,

En la region del aire se elevaban
 Y sobre ellos un punto se cernian;
 Y de aquellos prodigios se admiraban
 Y á sus gentes tal vez los referian.

En tanto que MARIA en el estrecho
 Límite de su estancia, meditaba,
 Y de santa inquietud turbado el pecho
 A obedecer á Dios se preparaba.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LIBRO SESTO.

LA VISITACION.

Era aquella estacion de encanto llena,
La estacion que los campos engalana,
La que da á cada tallo su capullo
Y á cada seco tronco su guirnalda;

Y al arroyo su marco de verdura
Y murmurio mas plácido á sus aguas,
Y al dia mas fulgentes resplandores
Y á la noche mas sombras y mas calma.

Era en fin la risueña primavera:
Estacion del amor afortunada,
En que naturaleza se reviste
De mayor juventud, vigor y gala.

Cuando dejando á Nazareth MARIA,
Caminó de Judea á las montañas,
Y á la ciudad de Aïn, do el sacerdote
Zacarías, su deudo, se encontraba.

Era feliz esposo el Aaronita
De la casta Isabel, aquella anciana,
Que, segun el celeste paraninfo,
En su estrema vejez fecundizada

Por el sopro divino, un gran profeta
Alimentaba entonce en sus entrañas;
Y anhelaba MARIA de aquel triunfo
Testigo ser de tan ilustres canas.

Circundada de amigos y parientes
Salió de Nazareth una mañana,
Dejando allí á José, que por entonces
No pudo á su pesar acompañarla.

Penosas y no esentas de peligro
De Nazareth á Aïn cinco jornadas
Hubo de hacer MARIA, espuesta siempre
A fatigas y riesgos en su marcha;

Que está aquella region por mil torrentes
Cortada y asperísimas montañas
Y arenosos desiertos, propio asilo
De hombres perversos ó de fieras bravas.

A cada paso las angostas sendas
Que en posteriores tiempos la romana
Industria reparó, se interrumpian
Por barrancos ó bruscas hondonadas:

Piedras resbaladizas al viagero
Con caída mortal amenazaban,
O desiguales surcos y hundimientos
Que el camello trazara con su planta.

Al caer de la tarde, en un recinto
Que con sus tiendas móviles formaban,
Deteníase acaso entre temores
Y angustias la pequeña caravana,

Y una estera de juncos era el lecho,
Y una sencilla tienda la morada,
Dó pasaba la noche temerosa
La Reina de los cielos soberana.

Por fin llegó Miriam de su camino
Al término feliz, y sin tardanza
Se dirigió á la casa que el Levita
Con su esposa amadisima habitaba.

E Isabel, que por una de sus siervas
De la ilustre visita fué informada,
A su encuentro acudió, del puro gozo
El rostro lleno que inundaba el alma.

Y la jóven entonces no queriendo
Que ella fuera primera en saludarla,
“ ¡La paz del sumo Dios contigo sea!”
La dijo con suavísima palabra.

Y luego, adelantándose, á su cuello
Se quiso abalanzar; pero la anciana
Súbito un paso atrás retrocediendo,
Fijó en ella su límpida mirada.

A la espresion de afecto cariñoso
Que su franca sonrisa revelaba
Pocos momentos antes, un profundo
Respeto sucedió: su frente ajada

Por el curso del tiempo, tersa y pura
Se tornó: sus facciones transformadas
Rayos resplandecientes despedían
Que de luz el vestibulo inundaban;

Y profético espíritu del cielo
Sobre ella descendió, y arrebatada
Pronunció, dirigiéndose á MARIA,
Con resonante voz estas palabras:

“ ¡Salve tú, bendecida
“ Entre toda terrestre criatura!

“ Salve corriente pura,

“ Al mortal escondida,

“ De eterna redencion y eterna vida!

“ Bendita tú, y el fruto

“ De tu vientre purísimo, bendito!

“ Al túrbido Cocito,

“ El hombre en llanto y luto,

“ Ya libre, no dará fatal tributo.

“ ¡De dónde la ventura,
 “ De que la madre de mi Dios, piadosa
 “ A mí venga amorosa,
 “ Bajando de su altura,
 “ De esta su esclava á la mansion oscura?

 “ Que al llegar á mi oído
 “ Su voz, en mis entrañas se ha agitado
 “ De gozo el hijo ansiado.
 “ ¡Feliz la que ha creído!
 “ ¡El misterio inmortal será cumplido!”

Miriam entonces, placida, serena,
 Aunque del Santo Espíritu agitada,
 Con voz suave de armonía llena
 Prorumpió en este cántico inspirada:



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

II.

“ ¡Gloria, gloria al Señor!... La lengua mía
 “ Esclame enagenada;
 “ En Dios que es su salud y su alegría
 “ El alma transportada!

“ Que sin ver de su esclava la bajeza
 “ Colmóla de bondades;
 “ Y admirarán su espléndida grandeza
 “ Del mundo las edades.

“ De corona inmortal ornó mi frente;
 “ Cubrióme con su manto,
 “ Aquel temido Ser omnipotente,
 “ El que es tres veces santo,

“ El que agita del mar y de los vientos
 “ La indómita pujanza;
 “ Y vuelve á los furiosos elementos
 “ La paz y la bonanza;

“ Cuya misericordia y cuyos dones
 “ Sin limite se estienden,
 “ Sobre una y diez y cien generaciones
 “ De los que no le ofenden.

“ Desplegó el indomable poderío
 “ Del brazo prepotente,
 “ Y en medio aniquiló al mortal impío
 “ De su furor demente.

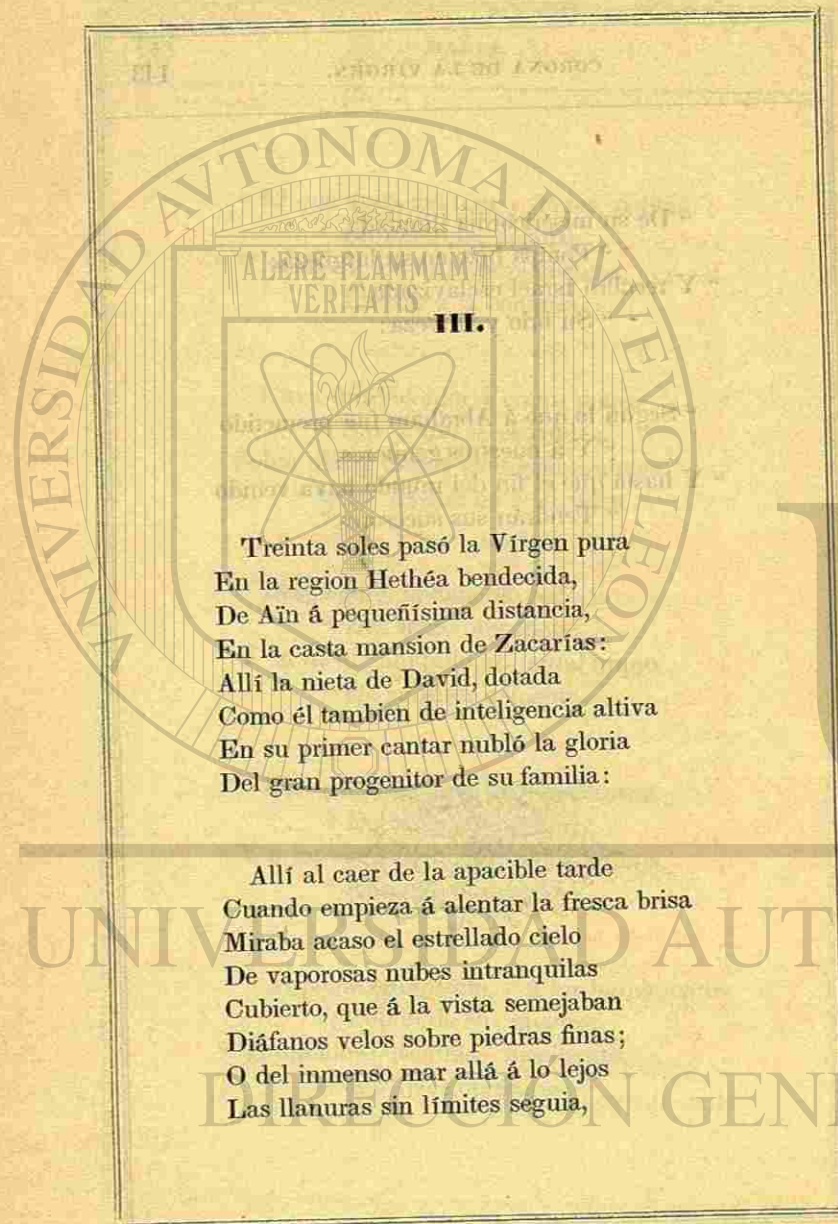
“ Derrocó á los magnates poderosos
 “ Del solio enaltecido;
 “ Y á los sitios de honor esplendorosos
 “ Ensalzó al abatido.

“ Al pobre enriqueció, y á los hambrientos
 “ Colmó de sus favores;
 “ Tornándose desnudos, macilentos,
 “ Los ricos opresores.

“ De su misericordia ilimitada,
 “ Pompa hizo en su largueza;
 “ Y recobró Israel esclavizada
 “ Su brio y altiveza:

“ Segun lo que á Abraham fué prometido
 “ Y á nuestros genitores,
 “ Y hasta que el fin del mundo haya venido
 “ Tendrán sus sucesores.”





Treinta soles pasó la Virgen pura
En la region Hethéa bendecida,
De Aín á pequeníssima distancia,
En la casta mansion de Zacarías:
Allí la nieta de David, dotada
Como él tambien de inteligencia altiva
En su primer cantar nubló la gloria
Del gran progenitor de su familia:

Allí al caer de la apacible tarde
Cuando empieza á alentar la fresca brisa
Miraba acaso el estrellado cielo
De vaporosas nubes intranquilas
Cubierto, que á la vista semejaban
Diáfanos velos sobre piedras finas;
O del inmenso mar allá á lo lejos
Las llanuras sin límites seguía,

Ya, cuando de sus olas agitadas
Del aquilon á las tremendas iras,
En montes de zafir hasta las nubes,
Querer llegar osadas parecian;
O ya cuando apacibles, levemente
Rizadas por las auras vespertinas,
Venian á dormirse en manso curso
Sobre las blancas playas de la Siria.

¡Cuánto amor, cuántas gratas sensaciones,
Hasta entonces, á Miriam desconocidas,
Anegaban su ser, aquellas horas
De honda meditacion!... ¡Con qué delicia
De la madre comun, naturaleza,
Contemplaba la pompa y armonía!
Desde el inmenso universal conjunto,
Que el mezquino mortal, con pasmo admira
Soñando acaso en vanidoso sueño
Que sus leyes incógnitas descifra;
Y amontonando luego en laborioso
Estudio, los sistemas que combina,
Cuando el secreto juzga adivinado,
En el punto se ve de su partida;
Y una vez y otra vez á soñar vuelve,
Y mas y mas se ofusca y extravía
La orgullosa razon de que se jacta,
Que ante un grano de arena se aniquila;

Hasta las mas pequeñas perfecciones,
 Hasta las mas debilitadas tintas,
 Que la mano suprema sabia puso
 Del prado en las postreras florecillas.
 Ella amaba los bosques y los campos,
 Las aguas de las fuentes cristalinas,
 Las doradas espigas del otoño
 Y de mayo las flores bendecidas.
 Ella, mística flor, en los cantares
 Del sábio Rey llamada; entre las hijas
 De los hombres, al lirio comparada,
 Que crece del zarzal en las espinas,
 Ella que al mundo fué, cual la paloma
 Que al arca de Noé llevó la oliva,
 Señal de salvacion en el naufragio,
 En la muerte señal de eterna vida!

Vecino á la mansion del Sacerdote
 Un estenso jardin cercado habia,
 Dó en rica pompa ufanos se ostentaban,
 Y en fragancia y verdura competian,
 Los árboles y plantas mas hermosas
 Que produce en su seno Palestina.
 Su brillante diadema de esmeralda
 Sobre todas las otras altecida
 Soberbia erguia la feraz palmera,
 Del dulce fruto ornada, que es delicia

Del hombre; allí el naranjo perfumado
 De su flor inmortal, se estremecía,
 Cubriendo el suelo de menudas hojas
 De azahar, á la nieve parecidas.
 Allí el rojo granado, el sicomoro
 De esbelto talle, la copuda encina,
 El tamarindo, el abedul reacio,
 Y el cedro, rey de la floresta umbría;
 Y el plátano flexible, cuya copa
 De verde claro al céfiro mecida,
 Tan tersa luce al sol y abrillantada,
 Que á las sedas de Persia diera envidia:
 Y en fin la pompa y gala y donosura
 Estaba allí completa y reunida,
 Con que dotó feraz naturaleza
 Las fértiles llanuras de la Siria.
 En medio de una fuente saltadora
 Brotaba la corriente clara y viva,
 Que desde entonce entre los hombres lleva
 El dulcísimo nombre de MARIA.
 Y allí de algunos sauces á la sombra
 Ambas sentadas, las felices primas
 Pasar solian las serenas tardes
 En plática sabrosa entretenidas.

¡Cuán grave y sazónada y religiosa
 Aquella dulce plática seria!

Santas las dos, las dos en seso iguales,
 Mas en fortuna y en edad distintas:
 Cual la muger primera, de este mundo
 Al nacer á la luz, jóven, sencilla,
 Ignorante del mal, era la una,
 Al trono mas espléndido elegida.
 La otra muger, en años avanzada,
 Alta en virtud y en esperiencia rica,
 Estimaba en su precio verdadero
 Los bienes y los males de la vida.
 Ambas desde el principio destinadas
 A suertes portentosas é inauditas,
 La una en su seno, estéril tantos años
 Del profeta mayor estaba en cinta;
 Miriam, cándido lirio de los valles,
 Reina de los cantares escogida,
 Dentro de sí llevaba el gérmen puro
 Del sumo sér, del Salvador Mesías.

En las plácidas noches del verano,
 Cuando sobre la tierra que dormita
 Y la tranquila mar, la blanca luna
 Sus dulces rayos amorosa vibra;
 Por bajo de una higuera agigantada
 O de un parral so la enramada umbría,
 Con sencillez serviase el banquete
 De aquella ilustre patriarcal familia:

El tierno corderillo, alimentado
 Con la yerba aromática que crian
 Aquellos altos montes; frescos peccos
 Cogidos de Sidon en las orillas,
 Y miel silvestre, acaso disputada
 Al trono secular de alguna encina;
 Y en cestas de anchas hojas de palmera
 Graciosa y diestramente entretegidas,
 De Jericó los dátiles sabrosos
 Que á la mesa del César se servían,
 Junto con los alfónsigos de Alepo,
 Los duraznos de Armenia, las sandías
 De Egipto, y otras frutas delicadas,
 En rica profusion se repartían.
 Y el balsámico vino que producen,
 De la fértil Engaddi las colinas,
 En ánforas de piedra conservado
 Del sumo sacerdote Zacarias;
 En vasos de riquísimas labores,
 O en copas de topacio y amatistas,
 En torno á los alegres convidados,
 Escanciaban los siervos á porfia.
 Circundada de tal magnificencia,
 Parca empero Miriam, cual la avecilla
 Que en medio á los racimos del otoño
 Hace de un solo grano su comida,
 De blancos lacticimios y de frutas
 Se alimentaba, y por final bebía

Una taza pequeña de agua pura
En su querida fuente recogida.

Al fin de los tres meses, fué llegado
Para Isabel el venturoso día
De dar la luz al precursor profeta,
Fragante flor de su vejez marchita.
Mas apenas del riesgo libertada,
Cuando aprestos espléndidos se hacían
A celebrar con la debida pompa
El feliz nacimiento del Bautista;
De aquel mundano, atronador tumulto,
Cual paloma asustada huyó MARIA,
Y dejando los montes de Judea,
De Nazareth la senda conocida
Tomó, despues que en su dorada cuna
Bendijo y abrazó al moderno Elías.

LIBRO SETIMO.

LA VIRGEN MADRE.

I.

De vuelta á Nazareth, la humilde vida
Volvió á emprender Miriam acostumbrada,
Que pudiera olvidar envaneada
Viéndose á tantas glorias ensalzada:
Al querer de su esposo sometida,
Dulce, activa, prudente, recatada,
La oracion, el trabajo y la lectura
Toda ocupaban su existencia pura.

Una taza pequeña de agua pura
En su querida fuente recogida.

Al fin de los tres meses, fué llegado
Para Isabel el venturoso día
De dar la luz al precursor profeta,
Fragante flor de su vejez marchita.
Mas apenas del riesgo libertada,
Cuando aprestos espléndidos se hacían
A celebrar con la debida pompa
El feliz nacimiento del Bautista;
De aquel mundano, atronador tumulto,
Cual paloma asustada huyó MARIA,
Y dejando los montes de Judea,
De Nazareth la senda conocida
Tomó, despues que en su dorada cuna
Bendijo y abrazó al moderno Elías.

LIBRO SETIMO.

LA VIRGEN MADRE.

I.

De vuelta á Nazareth, la humilde vida
Volvió á emprender Miriam acostumbrada,
Que pudiera olvidar envaneada
Viéndose á tantas glorias ensalzada:
Al querer de su esposo sometida,
Dulce, activa, prudente, recatada,
La oracion, el trabajo y la lectura
Toda ocupaban su existencia pura.

Empero, mas visibles y patentes
Se hacian de su estado las señales,
Y amarguísimas dudas y dolientes
Recelos, las entrañas paternales
De José desgarraban vehementes;
Que aunque ageno de amores terrenales
Su corazon, inmenso en él ardía
Místico y puro amor por su MARIA.

Y no ya los rencores que atormentan
Los estrechos humanos corazones;
Ni las turbias borrascas que alimentan
En el mortal volcánicas pasiones,
Que justicia y honor le representan
De un ciego pundonor las sugerencias:
Ni el vástago de estirpes soberanas
Lloraba aquel ultraje de sus canas:

No; lloraba con llanto inconsolable,
Del ángel puro la mortal caída;
Lloraba con dolor imponderable
Su ya perdido amor, su fé perdida:
La dulce paz, el júbilo inefable,
Los blandos goces de su santa vida,
Perdidos para siempre, lamentaba
Y lágrimas amargas derramaba.

Negábase á creer no pocas veces
La vista de sus ojos persuadidos,
Y testimonios de comprados jueces
Juzgaba el acusar de sus sentidos:
El cáliz del dolor hasta las heces
Apurando, con ayes doloridos,
Preguntábase á sí, si las señales
Que via no eran sombras infernales.

Mas un dia llegó, que ya imposible
La duda fué: los propios habitantes
De Nazareth, del casto é invisible
Lazo que habia entre ellos ignorantes;
Un agudo puñal en el sensible
Corazon, con sus plácidos semblantes
Y parabienes mil que le ofrecieron,
En su ignorancia crudos sumergieron.

¿Qué partido quedaba al buen esposo
En situacion tan triste y tan horrenda?
Segun la ley judáica, al ominoso
Crimen la muerte solo daba enmienda,
Y de baldon cubríase afrentoso
El varon israelita que en su tienda
En su hogar, y en su honrosa compañía,
A una muger adúltera sufría.

¿Cómo al través del tenebroso muro
Formado del revuelto torbellino
Del duelo amargo y del dudar oscuro,
Hallar de salvacion algun camino?
En medio al laberinto un rayo puro
José imploraba del fulgor divino;
Mas sordo el cielo á su gemiente ruego
Negábale la luz al santo ciego.

En tanto, desde el trono refulgente
En millares de soles apoyado,
Que fundó para sí el Omnipotente,
Y está á los mismos ángeles velado;
Dirige una mirada complaciente
Sobre el esposo triste, el Increado;
Y aunque su hondo gemir piadoso escucha
Le deja solo en la tremenda lucha.

Y el coro de sus ángeles queridos
Fijos los ojos en el noble anciano,
Esperan de temor estremecidos
El fin de aquel combate sobrehumano:
Y al ver tanto valor, enternecidos,
Vueltos á su temido soberano
Del que lucha en favor sumisos oran
Y en una voz su omnipotencia imploran.

José de su Señor abandonado
En la noche sin fin caliginosa
A su propio vigor; mas sustentado
Por su alma sublime y valerosa;
De una idea feliz iluminado,
Tomó resolucion tan generosa,
Que si hubiera pasion sobre las nubes
Envidiáranla acaso los querubes.

Condenar era justo á la culpable,
Repudiándola, al llanto y abandono,
Mas era su suplicio inevitable
De sus propios parientes al encono:
Quiso pues, en su amor incomparable
No solo perdonarla; el noble trono
Darla tambien que nunca niega el mundo
A la virtud y al padecer profundo.

Y aceptando sumiso de antemano
El desprecio y baldon inmerecido
Aun de sus propios deudos, el anciano
Se preparó á la fuga decidido:
Turbia la vista, trémula la mano
Trabaja aun en el taller querido,
Testigo, ¡ay triste! de pasadas glorias,
Hoy fuente de amarguísimas memorias.

Muy luego en las regiones apartadas
 Donde le lleva su infeliz destino,
 Por sendas peligrosas é ignoradas,
 Irá vagando el pobre peregrino:
 Leyes, usos, costumbres ignoradas,
 ¿A quién preguntará por su camino?
 ¿Acaso algún hogar serále abierto
 Del mundo en el vastísimo desierto?

Y aun cuando encuentre un techo hospitalario,
 Un seno amigo, en extranjero suelo;
 ¿Quién habrá que al mendigo solitario
 De su perdido amor le dé consuelo?
 ¿Quién abrirá el asilo funerario
 Dó presto le ha de hundir su desconsuelo?
 ¿Quién regará con llanto de sus ojos
 La tierra en que descansen sus despojos?

Las auras de la patria tan queridas,
 Sus selvas de azahar embalsamadas,
 Sus auroras de fuegos encendidas,
 Sus noches tan serenas y calladas:
 Las aguas de sus fuentes bendecidas,
 Sus nubes blanquecinas y azuladas,
 Los parientes amados, los amigos
 Que del perdido bien fueron testigos;

Y el techo desigual que levantaron
 En mas felices dias sus mayores,
 Las modestas estancias que habitaron,
 Recuerdo perenal de sus dolores;
 Y aquellos toscos muebles que labraron
 Testigos de su dicha y sus amores,
 Todo en fin, lo que caro es en la vida,
 Abandona en su amarga despedida!

Mas una noche que en el triste lecho
 En inquieto dormir desahogaba
 Con hondos ayes el dolor del pecho,
 Parecióle mirar que iluminaba
 Una luz celestial el cuarto estrecho,
 Y un ángel del Señor la derramaba,
 El cual con voz suavísima, argentina,
 Mas que el rumor del aura vespertina:

“Hijo del gran David, no acongojado
 “Estés, ni en tales dudas sumergido;
 “El niño que tus penas ha causado,
 “En el seno purísimo nacido
 “De Miriam, del Señor es hijo amado,
 “Y por él será el mundo redimido;
 “Y aunque tiene en el cielo eternos nombres,
 “Jesus será llamado entre los hombres.”

Dijo y desapareció.— Del blando sueño
Recordando José la gran dulzura,
El rostro antes tristísimo, risueño
Se alzó al amanecer del alba pura:
Y solícito, amante y halagüeño,
Creyendo apenas la inmortal ventura,
Con voz llena de encanto y alegría
Como á su reina saludó á MARIA.



II.

Como acaso al volver al patrio suelo,
Dó al través de los mares se encamina,
Sobre un altivo escollo el rauda vuelo
Detiene la viajera golondrina:
Y en el nido fugaz, vecino al cielo,
De donde la estension del mar domina,
Agena al rebramar del viento airado,
En el antiguo piensa nido amado;

Así Miriam ignora del tremendo
Rugir de las borrascas de la vida,
Pura y sin mancha en medio al torpe estruendo
De la mundana gente corrompida,
Notar no pudo aquel martirio horrendo
Que, al juzgarla el patriarca envilecida,
Rasgó su corazon tan noble y fuerte
Con mas crudo dolor que el de la muerte.

Ella siente su alma enagenada
 En puras é inefables alegrías;
 Día y noche, confusa y agitada,
 Escucha misteriosas armonías
 Que entonan en redor de su morada
 En coro las celestes gerarquías,
 Mientras callan los vientos bramadores
 Y el céfiro se aduerme entre las flores.

¿Cómo explicar en lenguas terrenales
 De senso oscuro y áspero sonido,
 La suma de rubores virginales
 Y de gozo y amor enardecido,
 Que cuando en sus entrañas maternas
 El VERBO del Señor se ha estremecido,
 Sienten su corazón y su alma pura
 Llenos de aquella insólita ternura?

¿Amor de madre! amor acá en la tierra
 Imágen pura del amor divino;
 Sentimiento clarísimo que encierra
 Cuanto hermoso del cielo al mundo vino:
 Iris de paz en la continua guerra
 De las pasiones que nos dió el destino,
 Bálsamo celestial, gozo del alma,
 Puerto seguro de apacible calma!

¡Divina emanacion de un Dios piadoso,
 Consuelo en los dolores inefable,
 Amor constante, fino, generoso,
 Indulgente, benigno, inalterable:
 Don del Omnipotente el mas precioso,
 Pródigo de perdon para el culpable,
 Copiosísima fuente clara y pura,
 De júbilo perenne y de ventura!

Que cuando de este amor la viva llama,
 De la pobre mortal naturaleza
 El lodo vil con su fulgor inflama,
 Depura y aquilata su impureza:
 Y en él torrentes de virtud derrama,
 Y el corazón levanta á tal alteza,
 Que entonces la muger, ángel del cielo
 Parece, desterrado en nuestro suelo.

¿Qué madre vacilar puede un instante
 Dicha en sacrificar, fortuna y vida,
 Por ver feliz y del dolor triunfante
 La dulce prenda de su amor querida?
 ¿Qué riesgo á detener será bastante
 A quien la misma muerte no intimida?
 ¿Qué dolor grande, ni llorar prolijo
 A la que con morir salva á su hijo?

Que si su llama ardiente y generosa
Basta sola á engendrar virtudes tales
Y abnegacion tan fina y valerosa
En los comunes pechos maternos:
; Cuánto mas levantada y poderosa
Y fecunda en afectos celestiales,
Y abnegacion sublime, no seria
En el seno dichoso de MARIA!

Ella que ama en su hijo al Dios que adora,
Al esposo de que anda enamorada;
Eterno amor que dentro á su alma mora
Desde al vivir del mundo fué creada:
Suavísimo recuerdo que atesora
En la region mas noble y apartada
Del tierno corazon, que Dios le diera,
Porque en su santo amor se consumiera!

Tierno boton que en el jardin ameno
Del aura acariciado fresca y pura,
De viva savia y de perfume lleno,
Llega á la perfeccion de su hermosura;
Y sin abrir al roedor veneno
De reptil ponzoñoso ó de aura impura
El cáliz virginal de azul y oro
De su aroma real guarda el tesoro:

Tal el virgíneo pecho de MARIA,
De manchas libre ó corporal flaqueza,
Puro como la luz del rey del dia
Intacta conservaba su entereza;
Y el amor maternal que en él ardía,
Mayor intensidad, mas fortaleza
Tuvo y debió tener, que los amores
Propios de esta mansion de los dolores.

Virgen de toda culpa immaculada,
Criatura de Dios mismo elegida,
Sobre el mortal caduco sublimada,
Sobre el eterno coro enaltecida:
Hízola Dios su esposa muy amada,
Y entre él y nuestra raza maldecida
Ella fué la divina mediadora
Del pecado primer reparadora.

La sola entre las hijas de este mundo
Que nació sin la mancha del pecado;
La sola cuyo vientre fué fecundo
Sin ser en su pureza amancillado:
Misterio santo, altísimo, profundo,
No entendido y empero venerado
Por el audaz mortal que impío niega
Cuanto no alcanza á ver su vista ciega.

Así al través del vaso cristalino
 Nos llega á iluminar la lumbre pura;
 Así del sol el rayo diamantino,
 Sin romper de las aguas la tersura,
 Penetra en deslumbrante torbellino
 Tal vez al fondo de la mar oscura,
 Semejando en sus olas rebramantes
 Del iris los espléndidos cambiantes.

Virgen y madre á un tiempo:—Perfumado
 Capullo y á la vez fragante rosa;
 El bien aun de nosotros alejado,
 Y de aquel bien la posesion dichosa:
 La esperanza á la vez y lo esperado;
 La anhelante inquietud, la paz sabrosa,
 Tal el misterio fué que dió fecundo
 Fruto de vida y libertad al mundo.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BELEN.

III.

¿A dónde envanecido
 Me arrastras, ardoroso pensamiento?
 ¿Dó vuelas, atrevido,
 Con raudo movimiento,
 Ambas las alas desplegando al viento?

¿Cómo á escalar te atreves
 Esa region de tan suprema altura?
 ¿Cómo en alas tan leves
 Alcanzar la ventura
 De contemplar de Dios la lumbre pura?

Así al través del vaso cristalino
 Nos llega á iluminar la lumbre pura;
 Así del sol el rayo diamantino,
 Sin romper de las aguas la tersura,
 Penetra en deslumbrante torbellino
 Tal vez al fondo de la mar oscura,
 Semejando en sus olas rebramantes
 Del iris los espléndidos cambiantes.

Virgen y madre á un tiempo:—Perfumado
 Capullo y á la vez fragante rosa;
 El bien aun de nosotros alejado,
 Y de aquel bien la posesion dichosa:
 La esperanza á la vez y lo esperado;
 La anhelante inquietud, la paz sabrosa,
 Tal el misterio fué que dió fecundo
 Fruto de vida y libertad al mundo.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BELEN.

III.

¿A dónde envanecido
 Me arrastras, ardoroso pensamiento?
 ¿Dó vuelas, atrevido,
 Con raudó movimiento,
 Ambas las alas desplegando al viento?

¿Cómo á escalar te atreves
 Esa region de tan suprema altura?
 ¿Cómo en alas tan leves
 Alcanzar la ventura
 De contemplar de Dios la lumbre pura?

Gusanillo ambicioso
Del sol, en mariposa convertido,
Que al cielo esplendoroso
Remontas decidido,
En tan frágiles alas sostenido:

¿Dó irás que no te canse
En breve la asperísima subida?
¿Dó será que descanse
Tu fuerza enflaquecida
En lucha á tu vigor tan desmedida?

¿Podrán, sin quedar ciegos,
Esos tus ojos débiles mortales,
Que á los solares fuegos
Se anublan, los raudales
Contemplar de las lumbres inmortales?

Frágil vaso de arcilla
Al choque mas ligero quebrantado,
En cuya mente brilla
Un destello emanado
Del soberano rey de lo creado.

¿Qué es el mortal en suma
Mezcla de lodo y de fulgor divino?
Bomba fugaz de espuma,
Que en su raudo camino
Hizo y borró en el mar el torbellino!

Y empero, desbocado,
Mas allá de su sér ansioso mira...
¿Es su esplendor pasado
Perdido, el que suspira,
O á mas glorioso porvenir aspira?

Hay un voraz deseo,
Que su mezquino sér constante agita;
Un túrbido mareo,
Que sin cesar le incita
Y en vórtice sin fin lo precipita,

Y tú, mortal poeta,
De flaca voz y genio limitado;
¿Podrás á la alta meta
Llegar afortunado,
A tan humildes cantos avezado?

En la tiniebla oscura,
 Funesto don de la ignorancia humana;
 ; Aspira tu locura
 A ver la soberana
 Luz, que del trono del Señor emana?

Mas no; que reverente
 El vate contra el polvo prosternando
 La antes altiva frente,
 No orgulloso cantando,
 Las glorias del Señor irá adorando!

Y de la fé del cielo
 En las fulgentes alas sostenido,
 Acaso en rauda vuelo
 Remonte enardecido
 Dó el sumo resplandor vive escondido!

IV.

Las águilas impías
 Dominaban señoras del romano
 Sobre naciones cultas y bravías:
 El Galo y el Hispano,
 El Picto y el indómito Germano;

Y el Sárмата invencible,
 En su árido desierto, y el Numida
 Con su corcel terrible,
 Y el Chino, cuya vida
 De la lid pasa lejos homicida;

Y el elocuente Griego,
 Y el Persa en los tegidos afamado;
 Y el Abisinio ciego,
 Y el Kopto iluminado
 En ciencias tenebrosas iniciado:

Y en fin, desde el Oriente,
Cuna del Salvador afortunada,
Hasta el rico Occidente;
Vecina ó apartada,
Pobre ó rica, desierta ó habitada:

Region no habia alguna
Que no rindiese humilde vasallage
De Roma á la fortuna;
Ni viviente linage,
Que no prestara al César homenaje.

Así, al imperio bravo
De Roma, se humillaba entero el mundo,
Esclavo de un esclavo!
Que Roma, al yugo inmundo
Del sensualismo en crímenes fecundo,

Inclinaba la frente
De regiones vastísimas señora:
—La reina prepotente
A quien el mundo implora,
Al brutal apetito esclava adora!

Y el mundo entero gime,
Las antiguas virtudes olvidadas,
Só el yugo que le oprime;
Las leyes conculcadas,
Las mas santas costumbres despreciadas!

—Tributaria Judéa,
El trono de David era ocupado
No de familia hebrea:
Un extranjero odiado
Era el rey, vil esclavo coronado.

Cumplido empero el cuento
Del mundo en las edades, de los dias
Que al fausto nacimiento
Del Redentor Mesías
Anunciaban las altas profecías:

El César Octaviano
Quiso contar la inmensa muchedumbre
Esclava del romano;
Y de su servidumbre
A aumentar la ominosa pesadumbre,

Ordenó que se hiciera
 Un empadronamiento escrupuloso,
 En el cual se inscribiera
 Con el menesteroso
 El altivo magnate poderoso.

Y sus gobernadores,
 Del edicto imperial desapiadado
 Fieles ejecutores;
 Al mundo esclavizado
 Obedecer hicieron lo mandado.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

V.

Fieles José y MARIA á la costumbre
 Seguida en Israel desde remotas
 Edades, de inscribirse por familias
 Y tribus; la romana ley premiosa,
 Apenas conocida, resolvieron
 Dirigirse á Belen sin mas demora.
 Era aquella ciudad, patria felice
 De David; y José y su casta esposa,
 Descendientes de aquel, la contemplaban
 Su nativo pais y cuna propia.

Del otoño era el fin.—Torrentes raudos
 Desde la cima de las altas rocas,
 Con horrible fragor hasta los valles
 Llevaban sus corrientes bramadoras:
 Silbaba el aquilon del norte frio
 Al través de las ramas ya sin hojas
 Del cedro y terebinto que en los llanos
 Se burlan de sus iras destructoras;
 Y el cielo azul de viajadoras nubes
 Cubierto, que los astros encapotan,

Que se acerca ya el tiempo anuncia al hombre
De la nieve voraz devastadora.

Una mañana nebulosa y fría
Emprendieron la marcha fatigosa
José y Miriam.—La jóven cabalgaba
Sobre el manso animal, que á las matronas
Pobres servia en dilatados viajes
Por aquellas comarcas arenosas.
A pié de ella no lejos, caminaba,
Vástago ilustre de prosapia heroica,
Pensativo el esposo, meditando
En las promesas del Señor gloriosas.
A las cinco jornadas descubrieron,
Ceñida de amenísima aureola
De viñas y de olivos inmortales,
La ciudad de los reyes.—Ricas tropas
De jóvenes ginetes, que atrevidos
Espolean las yeguas voladoras,
Y mugeres ilustres revestidas
De sedas y de púrpuras costosas,
Montados en camellos, atraviesan
De Belen por la senda á todas horas;
Y al pasar de los pobres peregrinos
Al lado, una mirada desdeñosa
Acaso les dirigen, ignorando
Que va con ellos de Israel la gloria.

Fuera de la ciudad, noble se alzaba
Edificio de fábrica orgullosa,
Cuyas blancas paredes, de aquel marco
De olivos y viñedos que corona
Los collados vecinos y montañas,
Al sol se destacaban.—Presurosa
Dirigió la feliz cabalgadura
A aquel punto José. Mas con zozobra
Oyó que ya lugar ninguno había
Do descansara su afligida esposa.
Entonce á la ciudad siguió el camino;
Mas en vano sus calles tortuosas
En busca recorrió de algun albergue:
Todos los Belenitas con faz torva
A recibir negáronse al viagero
De apariencia mezquina y sospechosa.

En tanto el denso velo ya estendia
De nubes densas y apiñadas sombras
Sobre el altivo monte y la llanura
La noche del descanso protectora:
Y José en su afliccion desesperando
De encontrar un asilo, con llorosa
Faz, resolvió salir á la campiña,
Ya sumergida en las tinieblas hondas.
—A la parte del Sur y no muy lejos
De la dura ciudad, caliginosa

Habia una caverna, caro asilo
 Tal vez en las borrascas bramadoras
 De pastores aun tiempo y de ganados.
 Allí José y Miriam en fervorosa
 Oracion, juntamente bendigieron
 De Dios la omnipotencia previsorá.

Y allí cuando rasgando el negro velo
 Con que al mundo cubrió la niebla oscura,
 Señala media noche á nuestro suelo
 El astro luminoso en el altura;
 Sin humano dolor, al rey del cielo
 Encarnado en terrestre criatura,
 Dió á la luz la esposa del Señor, MARIA,
 Llanto de amor llorando y alegría.

Las auras de la noche suspiraron,
 Mansas las olas de la mar gimieron,
 Sus fuegos los volcanes apagaron,
 Los prados de sus flores se vistieron:
 Las estrellas del cielo se agitaron
 Y con mas viva luz resplandecieron;
 Y en himnos mil de júbilo, triunfales,
 Resonaron las arpas celestiales.

VI.

Cerca del establo
 Hay un prado ameno
 Do muchos pastores
 Junto á sus corderos
 Pasaban la noche
 Las iras temiendo
 De feroce tigre
 O chacal sangriento:
 Cuando de zozobras
 Están mas agenos,
 He aquí que de pronto
 Descienden al suelo
 De una luz divina
 Los puros reflejos;
 Y un jóven gallardo,
 De la luz en medio,
 A quien los zagales
 Ven de espanto llenos,
 Con voz mas süave
 Que el blanco ceceo
 Es del hijo caro
 Al amor materno:

Habia una caverna, caro asilo
 Tal vez en las borrascas bramadoras
 De pastores aun tiempo y de ganados.
 Allí José y Miriam en fervorosa
 Oracion, juntamente bendigieron
 De Dios la omnipotencia previsorá.

Y allí cuando rasgando el negro velo
 Con que al mundo cubrió la niebla oscura,
 Señala media noche á nuestro suelo
 El astro luminoso en el altura;
 Sin humano dolor, al rey del cielo
 Encarnado en terrestre criatura,
 Dió á la luz la esposa del Señor, MARIA,
 Llanto de amor llorando y alegría.

Las auras de la noche suspiraron,
 Mansas las olas de la mar gimieron,
 Sus fuegos los volcanes apagaron,
 Los prados de sus flores se vistieron:
 Las estrellas del cielo se agitaron
 Y con mas viva luz resplandecieron;
 Y en himnos mil de júbilo, triunfales,
 Resonaron las arpas celestiales.

VI.

Cerca del establo
 Hay un prado ameno
 Do muchos pastores
 Junto á sus corderos
 Pasaban la noche
 Las iras temiendo
 De feroce tigre
 O chacal sangriento:
 Cuando de zozobras
 Están mas agenos,
 He aquí que de pronto
 Descienden al suelo
 De una luz divina
 Los puros reflejos;
 Y un jóven gallardo,
 De la luz en medio,
 A quien los zagales
 Ven de espanto llenos,
 Con voz mas süave
 Que el blanco ceceo
 Es del hijo caro
 Al amor materno:

" No temais, les dijo,
 " Que soy mensajero
 " De paz y alegría
 " Al vasto Universo.
 " Hoy mismo ha nacido,
 " De Belen no lejos,
 " Por decretos altos
 " Quien del mundo es dueño:
 " Y aunque, soberano
 " De tronos é imperios,
 " Da y quita á los hombres
 " Coronas y cetros;
 " No en sumos palacios
 " Ni alcázares régios
 " Le busqueis; de toscos
 " Pañales cubierto
 " ; Sobre húmeda paja
 " Yace el rey del cielo!
 " Acudid, pastores,
 " Zagales id presto:
 " Sed al gran Mesías
 " En ver los primeros:
 " No tardeis, dichosos
 " Pastores hebreos,
 " Y en vuestro camino,
 " Mas raudos que el viento
 " Llevadle tributos
 " De amor y respeto

" Mirad que es nacido
 " El rey de los cielos!"

Y en medio á los aires
 Un sonoro estruendo
 De angélicas voces
 Contestó á lo lejos:
 " Gloria en las alturas
 " Al Señor eterno,
 " Y al hombre sencillo
 " Y de honrado pecho
 " Paz y bien andanza
 " Del mundo en el suelo."
 Y entre blancas nubes
 Subiendo á los cielos
 Mas y mas remotos
 Se fueron oyendo
 De aquellos cantares
 Los lípidos ecos.
 Cuando de la noche
 Las brisas gimieron
 Solas en el prado
 Y en el bosque ameno,
 Juntos los pastores,
 Teniendo consejo
 A Belen dichosa
 Pasar resolvieron.

Sus pobres rebaños
Dejando contentos
Bajo la custodia
Del pastor supremo,
Cuya sombra amiga,
Cubre á un mismo tiempo
Al hombre orgulloso
Y al humilde insecto.

Entonces tomaron
Algunos modestos
Presentes: nevados
Corderillos tiernos;
Entre verdes hojas
Con cuidado envueltos
Requesones blancos
Y sabrosos quesos;
Leche fresca y pura
En cántaros nuevos;
Pielés adobadas,
Y en pagizos cestos
Los áureos racimos
Y frutos diversos
Que son del otoño
Preciado ornamento.
Y alegres tomaron
El limpio sendero

Que recto conduce
De David al pueblo;
Mas cuando vecinos
Al establo fueron,
Por secreto impulso
Entráronse dentro:
Allí en cuna humilde
De juncos y helechos,
El rostro cercado
De fúlgido fuego,
Al sumo Mesías
Reclinado vieron.
Miriam inclinada
Cabe el pobre lecho
Extasiada adora
Al divino verbo;
Mientras el anciano
De allí no muy lejos,
Ante el tierno niño
Con hondo respeto
Su cabeza cana
Inclina hasta el suelo.
Y dos animales
Fieles compañeros
Del sábio que huye
Del mundano estruendo,
Como, si capaces
De luz, muy atentos

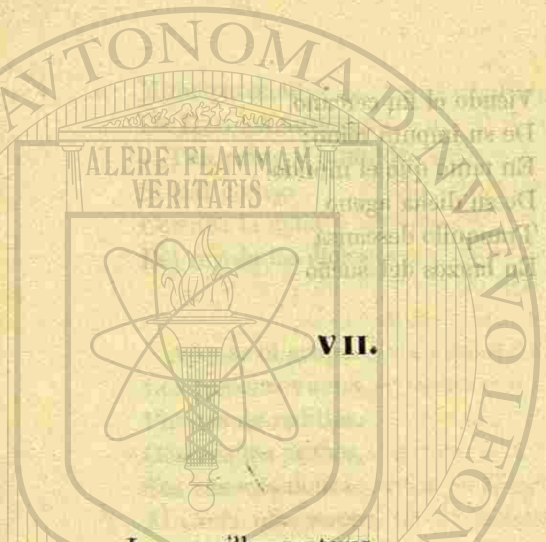
Mirar parecían
De Dios los misterios;
—Tan pobre y humilde
Si leal cortejo
Cercaba la cuna
Del rey de los cielos!

Apenas el grupo
Los pastores vieron,
Puestos de rodillas,
Gozosos los pechos,
Sus rústicos dones
Al Cristo ofrecieron:
Y un rayo de luna
Pálido y sereno
Ilumina el cuadro
Con fulgor incierto.
—¡Venturoso día!
—¡Triunfador momento!
Al débil vagido
Del párvulo tierno,
Allá en los altares
De sus ricos templos,
Los dioses mentidos
Del turbido Erebo
Con susto temblaron,
De rabia gimieron,

Viendo el fin cercano
De su impuro reino;
En tanto que el mundo
De su dicha ageno
Tranquilo descansa
En brazos del sueño



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BURGOS



VII.

Los sencillos pastores
 De Judá, por los ángeles llamados,
 A ser de los humanos precursores,
 En tributar al gran recién nacido
 Homenajes de amor, á sus hogares
 Volvieron asombrados,
 El prodigio contando enaltecido
 En dulces y tiernísimos cantares.

Mas era ya venido
 El tiempo en que á los hombres otros labios
 De mas autoridad, noticia dieran
 Del gran suceso en Bethelen cumplido.

CORONA DE LA VIRGEN. 185

Los de sencillas almas han creído,
 Ahora toca á los reyes y á los sábios.

Siguiendo de una estrella
 La marcha caprichosa
 Al través de la atmósfera azulada;
 De Seleucia la bella
 Capital de los Parthos afamada,
 Partió una caravana numerosa:
 Tres magos, sapientísimos varones,
 De su nación orgullo y altiveza,
 De numerosos siervos escoltados,
 Cabalgando en camellos abrumados
 Só la alta pesadumbre
 De muchos, ricos y preciosos dones
 Destinados á aquel que en la pobreza
 Quiso nacer del mundo; se encaminan
 Del astro amigo á la esplendente lumbré
 A la feliz Belen: á diestra mano
 Dejan detras de sí, como declinan
 Del Eufrates undoso al seco llano
 De destrozados mármoles cubierto,
 El campo solitario
 Dó en otro tiempo fuera Babilonia.
 El viento del desierto
 Rompe solo el silencio funerario
 De aquella inmensa tumba,

®

Y su alentar que en ecos mil retumba
Con lúgubre ruído

En el campo de muerte despoblado,
Semeja á un hondo, fúnebre gemido,
De Dios mismo lanzado
Sobre los restos del poder pasado!

Delante de los régios caminantes,
Tál como la columna luminosa

Que á la playa arenosa
Del Rojo mar guiára en otros días
Las fugitivas turbas palpitantes
Del pueblo de Israel; en las sombrías
Noches, y cuando el sol en su carrera
De luz inunda la terrestre esfera;

La estrella conductora,
De la dicha del mundo anunciadora,
Como mortal viagero, caminando,

Ya recta, ya oblicuando
En el campo del cielo esplendoroso,
Vá en curso caprichoso

Su camino á los Magos señalando.
Y cuando del reposo

El hora del viagero apetecida
Llega, la clara estrella, suspendida
Sobre las tiendas cándidas, parece
Que en su lecho de nubes se adormece;

Y la aurora venida,
Dá otra vez la señal de la partida.
Así pasando van por la llanura
Tan rica de verdura
De la opulenta Asiria y sus ciudades;
La populosa Arbela,
La altiva Cangamela,
Dó del gran Macedon al fuerte brio
Quedó deshecho el infeliz Darío;
Y aquel funesto ejemplo á las edades,
El campo dó fué Ninive altanera,
Que en inflamada hoguera
Del cielo en rojos mares desprendida,
Castigo de sus torpes liviandades,
Toda quedó en pavesas reducida,
Del alto templo á la cabaña oscura.

Y siguiendo en la altura
De la estrella la marcha infatigable,
Pisaron la comarca bendecida
De la Mesopotamia: deleitable
Region, entre los cauces comprendida
Del Eufrates y el Tigris caudalosos;
Y luego en los senderos arenosos,
A la lumbré del astro que camina,
Entraron de la seca Palestina.

Por fin á la mitad de un claro día
 Cuando el sol mas fulgente relucía,
 Las elevadas torres divisaron
 De una grande ciudad, cuyas agudas
 Veletas, en los aires descollaban
 Sobre las cimas áridas, desnudas,
 De las montañas mil que la cercaban.
 Y los pechos henchidos de alegría,
 ¡Jerusalén! ¡Jerusalén! gritaron,
 Y á la Sion terrestre saludaron.

Mas de la sed ardiente
 Fatigados, llegaron con premura
 A apagarla en la linfa transparente
 De una cisterna oculta en la verdura
 Que á la orilla del árido camino

Les deparó el destino.
 Desalterados ya, la amiga estrella
 Volviéronse á mirar; mas los cuñados
 Ni el astro luminoso, ni su huella
 Pudieron descubrir; desorientados
 A la Santa Salem se dirigieron:
 “Esta es, sin duda, la ciudad, dijeron;
 “Cuna feliz del jóven rey Mesías
 “Que anuncian las antiguas profecías:
 “¿A qué dudar?—Por la primera puerta
 “Que entremos en Salem, las colgaduras

“Preciadas, las esencias olorosas,
 “Los ramos de palmera entretegidos,
 “Los alegres sonidos
 “De las arpas hebreas; las ruidosas
 “Danzas, y los triunfales alaridos,
 “Bastante nos dirán, sin duda alguna
 “Dónde del niño rey yace la cuna.”

Mas al entrar por la ferrada puerta,
 De la ciudad famosa,
 Melancólica, mustia y silenciosa,
 Cual si de hombres hallárase desierta,
 La vieron con espanto. Una espaciosa
 Calle tomaron, en la cual se vian
 De distancia en distancia algunos hombres
 Que el extranjero séquito miraban
 Y entre sí recatados departian
 O en torno de los sábios se apiñaban.

Entre tanto los Magos preguntaban
 Por el rey inmortal recién nacido;
 Pero los Salemitas se admiraban:
 “¿En dónde habeis oido
 “Esa nueva feliz?” les respondian,
 Y con aire de duda, sonreian.
 “El que reina en Judá, no es el Ungido.”

“ Del Señor, ni del pueblo el escogido:
 “ Es un vil extranjero
 “ Quien del trono á los bárbaros comprado
 “ No tiene por fortuna un heredero.”

Los sábios con semblantes consternados
 Siguiéron por la calle populosa
 Dó en mas felices dias descollaba
 Con planta magestuosa
 De David el palacio celebrado.
 De la fábrica antigua esplendorosa
 En el recinto ahora destrozado,
 Levantaron sus tiendas los viajeros
 Entre espinosas zarzas y entre flores.

Mas acaso officiosos servidores
 Del rey, fueron ligeros
 A contarle de aquellos extranjeros
 La venida y sus causas.—Mil temores
 Asaltaron entonces al tirano.

“¿Acaso un sueño vano
 “ Podrá ser de los sábios soñadores?
 “¿O el verdadero *Schilo* en otros dias
 “ Por el mismo Jacob vaticinado?”
 Entonces de la ley á los doctores
 Convocó á su palacio sin tardanza.

“*¿En dónde ha de nacer el rey Mesías?*”
 Les preguntó entre el miedo y la esperanza:
 Mas ellos no dudaron,
 Y, “En Belen de Judá” le contestaron.

Herodes, al oírlos, en el pecho
 Su temor encerrando y su despecho,
 A los sábios de Iran llamó en seguida,
 Y como la serpiente, que escondida
 Entre las flores del ameno prado,
 Acaso deja ver el tachonado
 Cuerpo, mas nunca el arma bipartida
 Que causa al hombre la mortal herida;
 Con benévola faz, disimulando
 Su malvada intencion, va preguntando
 Cuanto ansía saber, y satisfecha
 Ya su sangrienta saña: “Id en buen hora,”
 Les dijo á los que libres de sospecha
 Le escuchan: “A ese niño á quien ya adora
 “ Mi pecho, buscareis con gran cuidado;
 “ Y así que su mansion hayais hallado,
 “ Me avisareis, á fin que el homenaje
 “ Le lleve de mi humilde vasallage.”

Y los Magos partieron,
 Y presurosos de Sion salieron

Por la segura puerta
De Damasco llamada.— En el altura
Vieron resplandecer con lumbré pura,
La estrella de sus pasos conductora.

La marcha antes incierta
Siguiéron por el áspera llanura

De regocijo llenos;

Más cuando mas agenos
De alguna variación, van caminando
Del rey profeta á la ciudad; cambiando
De direccion la estrella en su camino,
Sobre un establo rústico vecino
Entre las blancas nubes descendiendo,
De pronto se detuvo. El portentoso
Prodigio los viajeros comprendiendo,
Con ademan humilde y respetuoso
De sus cabalgaduras desmontaron
Y en el oscuro asilo penetraron.

Y el calzado en sus plantas sostenido
Con riquísimas cintas, desataron,
Y el polvo del umbral enaltecido
A las añosas frentes elevaron.
Y al ver al celestial reciennacido,
Postrados contra el suelo, le adoraron;
Primero en gracia si en amor segundo,
Tributo que al Mesías diera el mundo.

Y los cofres abriendo esplendorosos
De preciadas maderas construidos,
Sacaron los perfumes olorosos
En los campos del Yemen recogidos,
Y oro puro: presentes misteriosos,
Tesoros y perfumes ofrecidos;
El oro al rey, la mirra al ser humano
Y el incienso al Eterno soberano.

Y aquesta fué la postrimer escena
De mundano esplendor que vió MARIA,
Cuya primera edad pasó serena
Del templo entre la mística armonía:
La otra de pasmos y prodigios llena,
Un porvenir le anuncia de agonía,
De tales penas y de angustias tales
Que ni decir las pueden los mortales.

Entre tanto los Magos á su tierra
Queriéndose volver, se encaminaron
Hacia Sion por la elevada sierra;
Mas apenas sus torres divisaron
El paso un ángel del Señor les cierra,
Y advertidos por él, atras tomaron,
Para evitar de Herodes implacable
El enojo para ellos formidable.

Del muerto mar, los álitos huyeron
 Según la indicación del ser divino,
 Y á otro confin sus pasos dirigieron
 De mas seguro y plácido camino:
 Y en su rápida fuga prosiguieron
 A la lumbré del Sol y al vespertino
 Resplander, que, curando su fortuna,
 Blanda les vibra la argentada luna.



LIBRO OCTAVO.

LA PURIFICACION.

Subiendo va con trabajo
 Por una elevada sierra,
 Reducida caravana
 De dos personas compuesta:
 Mas no son dos; que si osado
 Las orlas el aire eleva
 Del cumplido manto oscuro
 Que reviste á la una de ellas;
 Tal como acaso la luna
 En noche clara y serena
 Entre blancas nubecillas
 Asoma la faz risueña:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

Del muerto mar, los álitos huyeron
 Según la indicación del ser divino,
 Y á otro confin sus pasos dirigieron
 De mas seguro y plácido camino:
 Y en su rápida fuga prosiguieron
 A la lumbre del Sol y al vespertino
 Resplander, que, curando su fortuna,
 Blanda les vibra la argentada luna.



LIBRO OCTAVO.

LA PURIFICACION.

Subiendo va con trabajo
 Por una elevada sierra,
 Reducida caravana
 De dos personas compuesta:
 Mas no son dos; que si osado
 Las orlas el aire eleva
 Del cumplido manto oscuro
 Que reviste á la una de ellas;
 Tal como acaso la luna
 En noche clara y serena
 Entre blancas nubecillas
 Asoma la faz risueña:

Así entre cándidas tocas
 Que á los rayos reverberan
 Del sol, de un hermoso niño
 Se ve la rubia cabeza.
 Muger es la que en sus brazos
 El hermoso niño lleva,
 Muger y madre sin duda;
 Que solo así la terneza
 Tener pudiera y cuidado
 Con que á su seno lo estrecha.
 Muger es, y de la vida
 Parece llegar apenas
 Al florido umbral, dichoso,
 De la humana adolescencia.
 Muger es, y tan hermosa
 Es la faz que Dios le diera
 Que mas que muger humana
 Parece divina esencia:
 Y nunca, ni cuando Phidias
 Halló en la famosa Grecia
 Vivientes originales
 A sus estátuas eternas;
 Ni cuando allá al primer hombre
 En las dichosas riberas
 Del perdido Eden, llegara
 Nuestra madre comun, Eva;
 Jamas á mortales ojos
 Ofreció naturaleza.

Ni un levísimo trasunto
 Ni la mas remota idea,
 De tan celeste hermosura
 En sus obras mas perfectas.

Varon es el que delante
 Va por la escabrosa senda,
 Y ya toca de la vida
 A la estacion postrimera.
 Vejez lozana es la suya,
 Pues aunque vivos platean
 Del sol á los puros rayos
 La barba y la cabellera;
 En su marcha y apostura
 Se ve que intactos conserva
 El vigor y la energía
 Que en su verde edad tuviera.

José y Miriam, los esposos,
 De elevada stirpe régia,
 Son los que á pié caminando
 Van á Sion la altanera.
 Allá van, de sus mayores
 Para prestar obediencia
 A las leyes que ordenaban
 A las mugeres hebreas

Purificarse en el templo
 Despues de dias cuarenta
 Del parto, y dar en rescate
 Una cantidad pequena,
 Por la cual libre quedaba
 Su generacion primera.
 Que, si bien libre de mancha,
 La esposa de Dios escelsa
 Quiso á la ley sujetarse
 De Moisés el gran profeta,
 Confundiendo entre la turba
 De las hembras de su tierra
 La sempiterna corona
 Con que Dios la enalteciera.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

II.

Apenas los dos esposos
 Entraron de gozo henchidos
 Del Salomónico templo
 En el sagrado recinto,
 Contra su seno estrechando
 La madre al eterno niño,
 Y José las dos palomas
 Llevando del sacrificio,
 Y los sicles del rescate
 Por la sacra ley pedidos:
 Simeon, un santo anciano,
 Del espíritu impelido
 De Dios, entró presuroso
 Del templo en el peristilo.

Y al mirar el régio aspecto
De los Santos peregrinos,
Entre los toscos pañales
Del pueblo, al divino Cristo
Reconoció; y del regazo
Materno tomando al niño,
De lágrimas amorosas
Los ojos humedecidos,
Esclamó con voz cortada
Por sus ardientes suspiros:

“ ¡Ahora, Señor Dios, venga la muerte,
“ El anciano la aguarda sin temor,
“ Porque sus ojos vieron al que es fuerte,
“ Al Cristo Salvador!

“ ¡Al que verá la humana muchedumbre
“ Sentado só el espléndido dosel,
“ A ser del universo eterna lumbré
“ Y gloria de Israel!

“ ¡El que será á millares de millares
“ Salud y libertad y salvacion;
“ Y á los que no veneren sus altares
“ Eterna perdicion!

“ ¡Objeto santo de perenne culto
“ Será para los puros corazones;
“ Mas de saña feroz y fiero insulto
“ Y afrentas y baldones,

“ Al perverso será, que del pecado
“ Se complace, entre el fétido albañal!
“ Y de dolor intenso traspasado,
“ El seno maternal será rasgado
“ Como de un agudísimo puñal.”

Y después de un breve espacio
De silencio entristecido,
A los dos santos esposos
Con grave ademan bendijo;
Y haciéndoles un saludo
Se retiró pensativo.

Mas en aquel mismo instante
Entró en el sacro recinto
Una profética viuda
Que en ayunos y silicios
En el templo día y noche
Servía al ser infinito.

Y al ver de Miriam en brazos
 El sumo recién nacido,
 Con llanto de amor gozoso
 Y en apasionados gritos,
 Cantó alabanzas y glorias
 De Jehovah y de su hijo.

Y así por altos fines,
 Belen con sus pastores;
 De bárbaros confines
 Los magos y doctores;
 Los jóvenes y ancianos,
 Los fieles y paganos
 Cantan con alto júbilo
 Las glorias del Señor.

Y al dar la feliz hora
 Del despertar del mundo,
 Donde el Eterno mora
 Oyese un ¡ay! profundo
 De sin igual contento,
 Suavísimo contento
 Que entonan los arcángeles
 Al hijo Salvador!..

III.

Del patio postrimer vedado estaba
 Traspasar á las hembras los umbrales,
 Y triste allí por tanto se detuvo
 Del gran rescatador la tierna madre.
 El patriarca de gozo estremecido,
 En sus brazos tomando al rubio infante,
 A la sala se entró donde ofrecían
 El nacido primero á Dios los padres.
 Mas dentro del santuario preferido
 Faltaron profecías y señales
 Y ojos ningunos vieron el aurora
 De aquel sol de justicia fecundante;
 Que sumidos del vicio en la ceguera
 Los ministros del templo principales,

Dejaban privaciones y virtudes
A los simples levitas; y arrogantes
De las humanas y divinas leyes
Reían, y en feroz libertinage
No como sacerdotes del Eterno
Vivían, mas cual pérfidos magnates,
Príncipes opresores de los pueblos,
Pontífices del oro y las maldades.

Un sacrificador desconocido
Recibió de las manos paternas
De José lo prescrito por las leyes,
Los argentados siclos y las aves,
Sin dirigir ni una mirada sola
Al rey de las mansiones celestiales.

Así ante los soberbios Aaronitas
Pasó ignorado el vencedor instante
En que un mas digno y generoso culto
Venía á reemplazar de las edades
Anteriores del mundo las creencias,
Con doctrinas mas puras y durables:
Instante en que el antiguo testamento
Que en la cumbre del Sinai á la errante
Multitud de Israel dió el Infinito,
Sucedió una ley mas saludable;

La *buena nueva* al mundo, el evangelio,
Que el mismo Dios traía á los mortales:
Divina ley, como su autor perfecta,
Pura como El, eterna é inmutable!

Y ni en los de Sion espesos muros,
Ni en sus soberbias, populosas calles,
Ni en las altivas torres de su templo
Adornadas de almenas y baluartes;
Ninguna voz se alzó que en son de triunfo
Ruidosa al niño rey diera homenaje.
Y al través de la ciega muchedumbre,
Muda en su orgullo, en su ignorancia grave,
Enumeraba ya el divino Cristo
Aquellos furibundos criminales
Que iban en breve en gritos sediciosos
A clamar parricidas por su sangre!

José y Miriam en tanto, ya cumplido
De la ley el precepto inevitable,
A Nazareth sus pasos dirigieron
Volver á ver ansiando sus hogares.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LIBRO NOVENO.

LA HUIDA A EGIPTO.

I.

Feliz el hombre cuya vida pasa
Dulce y serena en el solar nativo;
Feliz aquel mortal que no traspasa
El límite extranjero siempre esquivo:
Feliz aquel que en la paterna casa
Al frío invierno y al calor estivo,
Respira el aura que mecía su cuna
Hasta el fin de su vida y su fortuna!

Que no le asustan de contraria suerte
 Los fieros y rudísimos rigores,
 Cuando á su embate opone un alma fuerte
 Que defienden los célicos amores
 De patria y de familia: y ni la muerte
 Con su tren de fatídicos terrores,
 El corazon espanta enflaquecido
 Del que muere feliz donde ha nacido!

Si yace en la orfandad, ¡con qué ternura
 Le socorren sus deudos y allegados!
 Si del dolor lo cerca la amargura,
 ¡Cuán tiernos y solícitos cuidados!
 Y en la mayor miseria y desventura,
 ¡Qué dolores no fueran consolados
 En pecho de hombre ó corazon de niño
 Con el consejo sábio y el cariño?

Y si llega, por fin, inexorable
 El hora del morir, ¡con qué consuelo
 Al espirar el plazo inevitable
 Se despide el mortal del patrio suelo!
 Deja la humana vida deleznable
 Por la vida inmortal, hija del cielo,
 Y llanto amigo de dolor retumba
 En los callados ecos de su tumba!

Allí incesante el amoroso ruego
 Le alcanzará el perdon de sus errores;
 Y allí á despecho del solsticio fuego,
 Y del torvo aquilon, devastadores
 Del monte y la llanura, al dulce riego
 Del llanto del amor, cándidas flores
 Brotarán y aromosas yerbecillas
 Dó á posarse vendrán las avecillas!

¡Cuán diferente ¡ay Dios! del desterrado
 Es el duro, tristísimo destino!
 De su dolor tan solo acompañado
 Por el ignoto y áspero camino,
 En el felice tiempo ya pasado,
 Irá pensando el pobre peregrino,
 Sin mirar ni en remota lontananza
 El astro animador de la esperanza!

¡Qué importa que en el monte y la llanura
 Brille del padre sol el puro rayo,
 Ni que del prado ameno la verdura
 La gala ostente del florido mayo?
 Y el murmurar del agua en la espesura,
 Y de las aves el concierto gayo,
 Y el rugir de la mar embravecida,
 ¡Qué son al infeliz que va sin vida?

Como la tierna planta que, arrancada
 Al dulce clima que nacer la viera,
 Es á remota orilla transportada
 Por la mano del hombre dura y fiera.
 Y allí, lánguida, triste y deshojada,
 Apenas sombra de lo que antes era,
 Hacia aquel suelo extraño la mezquina,
 La mustia copa sin valor inclina:

Así el ausente del nativo suelo,
 Lejos de todo lo que el alma adora,
 Del destino crúel algun consuelo
 A su agudo pesar en vano implora:
 Muéstrase sordo á su plegaria el cielo,
 En vano el triste entre suspiros llora,
 Y á soledad eterna condenado
 Llama en vano la muerte despechado.

Que sorda del dolor á los gemidos,
 Acude tarde á terminar los males
 En que pasan la vida sumergidos
 El número mayor de los mortales:
 A los que de ella están desprevenidos
 De enmedio á los placeres terrenales
 Impía los arranca, y desatiende
 Al que ambos brazos con fervor le tiende.

Y el mísero al dolor vuelve y la vida
 Y al llanto vive eterno aquí en el suelo,
 Que de sus negros dias la medida
 Prolonga sin cesar airado el cielo:
 Llama y vuelve á llamar la apetevida
 Muerte, ya solo blanco de su anhelo;
 Mas ella encarnizada no le escucha,
 Y le abandona á su tremenda lucha!

A suerte tan precaria y miserable
 La esposa y el esposo condenados,
 Una vida de angustia inesplicable
 En países remotos é ignorados,
 De Dios por el querer inexcrutable,
 Arrastrarán los Santos desterrados,
 Hasta cumplirse los fijados dias
 Del temporal destierro del Mesias.



Partieron... allá van, y en su camino
 Por la difícil tortuosa senda,
 Turba el dudar sus vacilantes pasos,
 Hiela el temor la sangre de sus venas.—
 ¿Cómo escapar de Herodes iracundo
 A las inicuas tramas encubiertas?
 ¿Qué valla á detener será bastante
 Al príncipe feroz en su carrera?
 El, que en las manos con la sangre rojas
 De las víctimas mil de su fiereza,
 El oro derramando, los furiosos
 De sus viles sicarios recompensa;
 ¿Dónde se detendrá de su venganza
 En la crúel, mortífera carrera,
 Ora que al par defiende de su vida
 La púrpura real y la diadema,
 Cuando simples sospechas castigando,
 A tan graves delitos se despeña?

Aun era la estación de invierno frío,
 Y el cierzo que silbaba en las malezas
 Cubría de Miriam el rostro puro
 Con dolorosas y moradas vetas;
 Mas ella, de sí propia olvidadiza,
 Cuidados, atenciones y ternezas,
 Cuanto pueden hacer marchando juntos
 Del cuerpo y del espíritu las fuerzas,

En torno al hijo de su amor consagra:
 El, monarca del cielo y de la tierra,
 A cuyo soplo animador, fecundo,
 La creacion del caos salió entera;
 A cuya voluntad cejan los mares,
 Y se afirman los polos que sustentan
 Los infinitos mundos del espacio
 Para siempre jamás; á cuya inmensa
 Divina voz, con dos palabras solas
 Brotó la luz de en medio á las tinieblas;
 Ora á las duras leyes sometido
 De la humana, mortal naturaleza,
 En el regazo de la tierna madre
 El Cristo salvador de frío tiembla;
 Y del susto, y el hambre y la fatiga
 Con flébiles vagidos se lamenta!—
 —Y la amorosa madre silenciosa,
 Cual los despojos fúnebres que encierra
 Un sepulcro; de miedo tiritando,
 Mas que de frío, de la angosta senda
 Por las sinuosidades solitarias
 Sus tímidas miradas encadena;
 Y al cimbrarse la caña estremecida
 Al aura de la noche, ó de la espesa
 Enramada al sonar en blando arrullo
 De cnamorada tórtola una queja;
 O si el rumor se escucha en lo lejano
 De las secas varillas que se quiebran

Al impulso del viento quebrantadas,
 O al cauteloso paso de las hienas;
 Asustada Miriam, á su regazo
 Con amoroso espanto al niño estrecha,
 Creyendo ver alzarse ante su vista,
 Que conturba el temor, la gigantea
 Figura de un feroz, crudo asesino,
 Blandiendo airado la segur sangrienta.
 En tanto que la luna en curso blando
 Sigue al través de la azulada esfera,
 Alumbrando con pura luz, sùave,
 Los cielos y los mares y la tierra.



DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

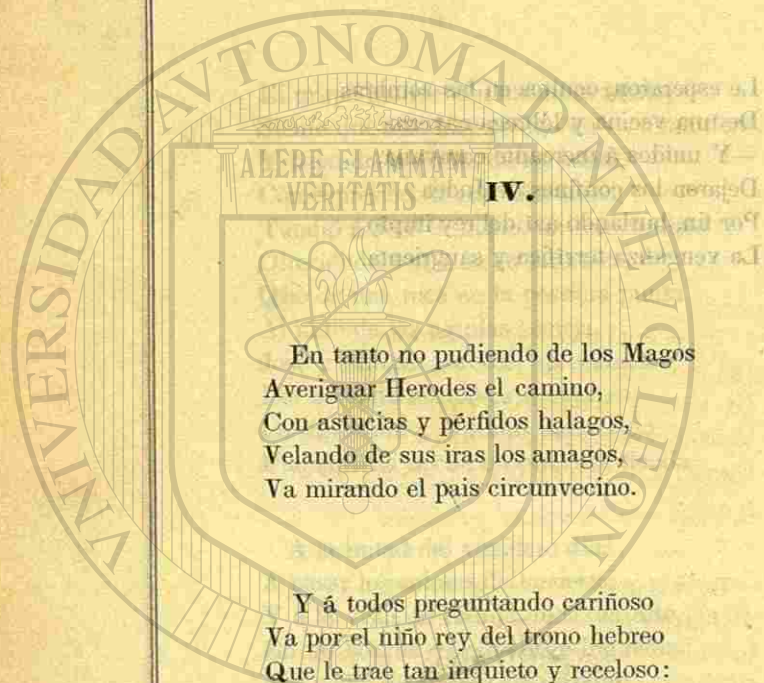
Así dias tras dias caminando,
 Huyendo de las sendas pasageras
 Y de los pueblos grandes; por las noches
 Refugiándose acaso en las cavernas;
 Amathot ya detras, se dirigian
 A los llanos de Siria, por veredas
 Estrechas y escabrosas. Una tarde
 Ya casi oscurecido, de unas peñas
 Cubiertas ya por las nocturnas sombras
 Vieron salir en rápida caterva
 Numerosos bandidos.—El patriarca,
 Que iba delante, atrás á la indefensa
 Esposa se volvió, entre cuyos brazos
 Dormia el niño Dios.—Miriam inquieta
 Se detuvo tambien; mientras el caudillo
 De la salvaje turba, que contempla

El grupo inerme con asombro mudo,
Siente que aun hay piedad en su alma fiera:
Y bajando la punta de su lanza,
Con espresion de cariñosa oferta
Tendió á José la mano, un franco asilo
Ofreciéndole allá en su fortaleza,
Que de una roca en la postrera punta
Al nido de las águilas semeja.
José y Miriam gozosos, apreciando
Del bandido la rústica franqueza,
Le siguieron, y el techo maldecido
Fué aquella noche hospitalaria tienda.

A la mitad del venidero día,
A pasar los calores de la siesta,
Y á la vista de Ramla, hicieron alto,
En un bosque de nópalos é higueras.
Allí sobre un florido entapizado
De narcisos, renúnculos y anémonas,
Al de una fuente arrullador murmullo
Se adormeció el señor de cielo y tierra.
Y pasado el calor, de nuevo en marcha
Tomaron de Belen la nota senda,
Donde encontrar pensaba el Santo esposo
Un camello, en las áridas arenas
Del desierto, animal indispensable.
Miriam y el tierno niño, hasta su vuelta

Le esperaron, ocultos en las sombras
De una vecina y lóbrega caverna.
—Y unidos á mercante caravana,
Dejaron los confines de Judea
Por fin, burlando así del rey impío
La venganza terrífica y sangrienta.





En tanto no pudiendo de los Magos
Averiguar Herodes el camino,
Con astucias y pérfidos halagos,
Velando de sus iras los amagos,
Va mirando el país circunvecino.

Y á todos preguntando cariñoso
Va por el niño rey del trono hebreo
Que le trae tan inquieto y receloso:
Mas burlado creyéndose, furioso,
Ruge cual fiero tigre el Iduméo.

Y á los torpes satélites inmundos
Esclavos que le cercan en su trono
Así ordenó en acentos iracundos:
" Por que ese niño objeto de mi encono
" No escape á mis enojos furibundos,

" Volad hácia Belen la maldecida,
" Y en ella antes, y luego en cuanto abarca
" El estenso confin de su comarca,
" No escape á vuestra espada enfurecida
" Ni un solo niño hebreo con la vida!"

Y los erudos malvados asesinos,
Del mandato de sangre ejecutores,
En Belen y sus pueblos convecinos,
Como devastadores torbellinos
Fueron llevando el llanto y los horrores.

De dos años abajo perecieron
Al filo sin piedad de sus puñales
Los niños todos de Judá.—Y se oyeron
Gritos que el corazon estremecieron
En pueblos y en incultos eriales.

Y en llanto de dolor inconsolable
Lloró Ramá la flor de sus nacidos;
Y al oír los maternos alaridos,
Un ¡ay! de horror, inmenso, inesplicable,
Repitieron los ecos conmovidos.

En tanto que Miriam y el santo esposo
 Surcando van el piélagó arenoso
 Al soplo del *simun* abrasador;
 Y ambos de amor ardiendo generoso
 Desprecian la fatiga y el dolor.

Las plantas de los brutos encadena
 Aquel cielo de fuego que desploma
 Sus mortíferos rayos en la arena,
 Y como al sol la cándida azucena,
 Se inclina así la virginal paloma.

Y al hijo de su amor en la frescura
 De su regazo oculta cariñosa;
 Hasta encontrar en la letal llanura,
 Bajo verde enramada deliciosa,
 Escondida corriente de agua pura.

A veces en el árido desierto,
 En la agonía del soñar despierto,
 Simula el sol con engañoso halago,
 A su sed agua, á su cansancio puerto,
 Un azulado y transparente lago.

Y cual la rosa de Saron, levanta
 Al frescor de la lluvia apetecido,
 La frente sobre el tallo enardecido:
 Así alegre Miriam, la tarda planta
 Del manso bruto aguija, enflaquecido.

Ya respiran del agua la frescura
 Sus frentes y sus bocas abrasadas,
 Ya tocan del oasis la verdura;
 Mas ven solo al llegar, con amargura,
 Estériles arenas inflamadas.

Cuando de reposar llega el momento,
 Se detiene la rica caravana
 Y en sus tiendas aguarda la mañana;
 Mas solo el azulado firmamento
 Cobija á la familia soberana.

Y los lánguidos miembros abrasados
 Del diurno sol, al húmedo rocío,
 Nocturno, sienten doloroso frío:
 José y Miriam entonces desvelados,
 Defienden á Jesus del cierzo impío.

Con frecuencia en los aires resonaba
 Alto clamor de espanto y agonía,
 Que el aura de la noche conturbaba.
 Era que el feroz árabe atacaba
 Las tiendas:—Blanca de terror, MARIA,

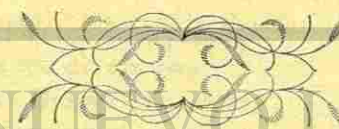
Del cuerpo virginal viviente muro
 En torno del infante bien amado
 Hacia, hasta aquel riesgo ya pasado,
 El escuadron se pierde allá en lo oscuro,
 Y el rumor de sus pasos se ha apagado.

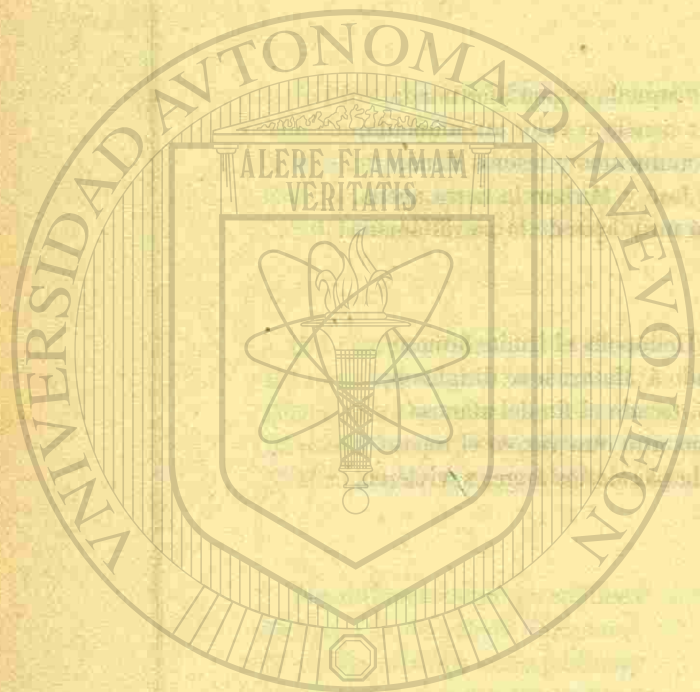
Por último tocaron los confines
 Del país de los sábios Faraones;
 Y vieron elevarse entre jardines,
 Sus templos de acerados torreones,
 Con sus marcos de cándidos jazmines.

Las eternas pirámides perdidas
 En el campo azulado de los cielos;
 Del Nilo las riberas florecidas
 Y sus ondas de blancos barquichuelos
 Y hermosas naos sin cesar hendidas.

Pero aquella region afortunada,
 Por su ciencia y valor tan afamada,
 De monumentos y tesoros llena;
 ¡Es á José y Miriam la tierra agena,
 Y está muy lejos de la patria amada!

De Heliópolis el límite famoso
 Pasando á Matarieh se dirigieron;
 Y allí, tocado el fin del afanoso
 Camino, aun otra vez en el reposo
 Y en la paz de los ángeles vivieron.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LIBRO DECIMO.

LA VUELTA A NAZARETH.

I.

Hora tras hora pesada,
Día tras día afanoso,
Para Miriam y su esposo
El largo espacio corrió
De siete penosos años,
Pasados en la estrechez
De la mas dura pobreza
Que el mundo en su seno vió.

Muy luego fué consumido
De los magos el tesoro,
Aquel puñado de oro
Que dieron al niño Dios:
Y el nieto de régia stirpe
Convertido en jornalero,
Trabajaba el día entero
Con incansable teson.

Mas á tan ruda fatiga,
El suelo inhospitalario
Daba tan corto salario,
Que volvió mas de una vez
Al techo dó resignada
Miriam, le aguarda serena,
Sin lo bastante á la cena
Parca y frugal de los tres.

Y mas de una triste noche,
Y mas de un aciago día,
El Dios infante gemia
Por un pedazo de pan,
Y sus lágrimas la madre
Recatando al tierno niño,
Acaso en voz de cariño
Calma su pueril afán.

Mas el venturoso día
Se acercaba por momentos
De dar fin á los tormentos
Sufridos con tal valor.
Y una noche que tranquilo
José en los brazos del sueño
Dormía, ante sí risueño
Miró al ángel del Señor.

“ Alzate luego, le dijo:
“ Toma al niño y á su madre,
“ Y á la patria de tu padre
“ Marcha con seguro pié:
“ Que los que al niño buscaban
“ En su saña maldecida
“ Para quitarle la vida,
“ Han muerto ya en Israel.”

Y José al niño tomando
Y á Miriam, siguió el camino:
Mas á Sion ya vecino,
Los cautos pasos torció.—
Que Arquelao, hijo de Herodes,
Reina tirano en Judea,
Y José de Galilea
La nota senda, tomó.

¡Cuánto el destierro es amargo!
 ¡Cuán dulce del patrio suelo
 Volver á mirar el cielo
 Que nos cobijó al nacer!
 ¡Y respirar cuánto es dulce
 Sus auras embalsamadas,
 Y de sus fuentes amadas
 Mirar las aguas correr!

¡Y en el sacro hogar paterno
 Recordar de nuestra infancia
 La feliz, pura ignorancia
 Que tan fugace pasó!—
 ¡Y las amantes caricias
 Que nos hizo nuestra madre,
 Y los consejos que un padre
 En su esperiencia nos dió!—

Y los amigos primeros
 Que en nuestra infancia tuvimos,
 Y la escuela en que aprendimos
 Nuestra primera lección!.....
 ¡Santas, queridas memorias
 Que á pesar de la impía suerte
 Vivas guarda hasta la muerte
 El humano corazón!.....

Despues de tan larga ausencia
 Miriam y el esposo amado
 En su hogar abandonado
 Van al fin á descansar;
 Mas roto por varias partes
 Miran el humilde techo,
 Y el pobre muro deshecho
 Deja el viento penetrar.

Y verdes enredaderas,
 Y morenas parietarias,
 En las celdas solitarias
 Crecen frondosas al sol:
 Y el humilde patiecillo
 Cubren zarzas espinosas,
 Y en sus paredes ruinosas
 Busca asilo el caracol.

Y en la celda abandonada
 Dó en Miriam inmaculada
 Se encarnó el divino Verbo
 Para salud del dolor
 Como del bostro puro, ^{mas,}
 Se anidan envidia, ^{suas,}
 Dichosas allí al abrigo,
 De la lluvia equinocial.

Hechos por fin de la choza
 Los reparos mas urgentes,
 Volvieron los inocentes
 Dias de grato solaz.
 Y el ilustre carpintero
 De Jesus mismo ayudado,
 De nuevo en su hogar amado
 Vió juntos amor y paz.

Y así en apacible cuenta
 Pasaron lunas sesenta,
 Sin separarse un instante
 Ni en la visita anual,
 Que fieles observadores
 De la ley de sus mayores,
 A Jerusalem hacian
 En la época pascual.

idas memorias
 de la impía sue

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL NIÑO PERDIDO.

II.

Al aire destrenzada
 La blonda cabellera,
 La túnica rasgada,
 Y en llanto de dolor
 Bañado el rostro puro,
 Que al sol envidia fuera,
 Por tu recinto oscuro
 Va una muger, Sion.

Hechos por fin de la choza
 Los reparos mas urgentes,
 Volvieron los inocentes
 Dias de grato solaz.
 Y el ilustre carpintero
 De Jesus mismo ayudado,
 De nuevo en su hogar amado
 Vió juntos amor y paz.

Y así en apacible cuenta
 Pasaron lunas sesenta,
 Sin separarse un instante
 Ni en la visita anual,
 Que fieles observadores
 De la ley de sus mayores,
 A Jerusalem hacian
 En la época pascual.

idas memorias
 de la impía sue

EL NIÑO PERDIDO.

II.

Al aire destrenzada
 La blonda cabellera,
 La túnica rasgada,
 Y en llanto de dolor
 Bañado el rostro puro,
 Que al sol envidia fuera,
 Por tu recinto oscuro
 Va una muger, Sion.

¿Qué crudo, amargo duelo
Lamenta la cuitada?

¿Qué horrible desconsuelo
Su pecho laceró?

¿Esposa, vése viuda?

¿O es vírgen desposada
Que con fiereza cruda
Su amante abandonó?

¿O es huérfana que llora
Con ayes de agonía,
La sombra protectora
Del techo paternal;
En medio al mar del mundo
Mirándose sin guía
Al soplo tremebundo
Del recio vendabal?

Viuda, al caro esposo,

Lamenta desdichada;

Amante, al cariñoso

Objeto de su amor;

Y en ayes reprimidos,

La madre desolada,

Buscando entre gemidos

Va al hijo que perdió!

Miriam, la Vírgen pura,
La madre enaltecida,
La que en la eterna altura
Casi es á Dios igual;
De la divina alianza
La prenda bendecida,
La paz y la esperanza
Del mísero mortal:

Llorosa entonces, mustia
El alma entristecida,
En tan terrible angustia:
Olvida su virtud...
¿Qué mucho, si se ausenta
El sol que le da vida,
Qué mucho, si lamenta
Perdido á su Jesus?

Volviendo á su morada
Desde Salem divina,
De gentes circundada
Que van á Nazareth;
Al ver tras blanco velo
La estrella vespertina,
Luciendo ya en el cielo,
Cercano á anochecer.

La marcha fatigosa
 En rústica posada
 Detuvo cuidadosa;
 Que el hijo de su amor
 Con otros jovenzuelos
 Sus deudos, la jornada
 Siguió; y con mil recelos
 Le tiembla el corazón.

José vendrá sin duda
 Con ellos; del camino
 La marcha larga y ruda
 Tal vez los fatigó;
 Mas ya en el patio ondea
 Su manto blanquecino,
 Y aun á la luz febea
 Jesús no apareció.

Y luego van llegando
 Los otros uno á uno,
 A todos preguntando,
 Miriam en su inquietud;
 Mas nadie le responde,
 Que no le vió ninguno,
 —“¿Por qué de mí se esconde
 Mi gozo, mi salud?”

Ya las nocturnas nieblas
 Invaden la llanura;
 Se palpan las tinieblas
 Del bosque en derredor:
 Y el campo ilimitado,
 Y la caverna oscura,
 Y el aire conturbado,
 Repiten su dolor.

Y ni peñasco rudo,
 Ni monte ni ladera,
 Ni precipicio mudo
 Quedó en aquel confin;
 Que en eco lamentable
 El ¡ay! no repitiera,
 Que lanza inconsolable
 Miriam en su gemir.

Y al venidero día,
 Apenas respirando
 José con su MARIA
 De nuevo entró en Sion;
 Y van de puerta en puerta
 Del niño preguntando,
 La débil planta, incierta,
 Con miedo el corazón.

Y en vano su recinto
 Recorren, y es en vano
 Que en medio al laberinto
 Pregunten con afán:
 Y redoblando el lloro,
 Al templo soberano
 En pos de su tesoro
 Con esperanza van.

Con sencillez vestido
 Como un vulgar Esenio,
 El rostro algo teñido
 Del sol primaveral;
 Y de sus garzos ojos
 De mas que humano genio
 Brotando en rayos rojos
 Un límpido raudal:

Castaños los cabellos
 Que en ondas bipartidos
 De rizos cubren, bellos
 La espalda mas gentil;
 De ancianos y doctores
 Que escuchan conmovidos
 Los tonos vibradores
 De aquella voz pueril:

Cercado, del gran templo
 So el pórtico sagrado
 Dó van á dar ejemplo
 Los sábios de Israel;
 Discurre un tierno niño,
 Y el pueblo arrebatado
 Esclama en su cariño:
 “¿ Es ángel ó un Daniel ?”

“ Jesús! el hijo mio!”
 Clamó una voz süave,
 Rompiendo del gentío
 Por el revuelto mar:
 Voz límpida, argentina,
 Y al propio tiempo grave,
 En que el placer domina
 Y aun se oyé hondo pesar.

Y así como esplendente,
 En cercos de oro y grana,
 Muestra su rubia frente
 La aurora matinal;
 Sobre la mar dormida
 Trayendo la mañana,
 De luz llenando y vida
 Sus ondas de cristal:

Tal, jóven cuanto hermosa,
 En lágrimas bañada,
 Se acerca presurosa
 Al niño una muger;
 Y en voz de gran ternura:
 "¿Por qué así abandonada,
 "Tan hórrida amargura
 "Me hiciste padecer?"

Y el niño en desabrida
 Respuesta misteriosa:
 "¿Por qué tan afligida,
 "Por qué me buscais vos?
 "¿No veis que cumplo, Madre,
 "Mi obligacion forzosa,
 "No veis que de mi padre
 "Me ocupo y de mi Dios?"

A réplica tan dura,
 José y Miriam callaron,
 Que la sentencia oscura
 No pueden comprender:
 Mas luego juntamente
 Los tres encaminaron
 El paso alegremente
 De vuelta a Nazareth.

Y allí pasaron dias
 De gozos celestiales,
 De inmensas alegrías
 Y paz del corazon;
 Y mientras el niño crece
 En dias terrenales,
 Ante su Dios acrece
 En gracia y perfeccion.



COMUNIDAD DE LA VIRGEN

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

MUERTE DE JOSÉ.

III.

Como en medio á la calma mas profunda
 Suena acaso del trueno el estampido,
 En pos de algun relámpago temido
 Que de rojo fulgor la tierra inunda:
 Así en la santa paz que lo circunda,
 José por la vejez enflaquecido,
 Llegar miró el instante apetecido
 Del justo.— Con mirada moribunda
 Ve á Jesus y á Miriam que en triste lloro
 Cercan su lecho, y al momento espira.
 Jamás terrestre rey, igual decoro
 En torno tuvo á su funérea pira: :
 Lloró Miriam, y del sencillo duelo
 Al frente, triste marcha el rey del cielo!

LIBRO UNDECIMO.

PREDICACION DEL EVANGELIO.

I.

Sonó por fin la afortunada hora
 En el reló del tiempo no causado
 Jamás.— Lució por fin la limpia aurora,
 El momento anhelado,
 Que habia en sus designios señalado
 El Hacedor profundo
 De eterna vida y libertad al mundo!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

MUERTE DE JOSÉ.

III.

Como en medio á la calma mas profunda
Suena acaso del trueno el estampido,
En pos de algun relámpago temido
Que de rojo fulgor la tierra inunda:
Así en la santa paz que lo circunda,
José por la vejez enflaquecido,
Llegar miró el instante apetecido
Del justo.— Con mirada moribunda
Ve á Jesus y á Miriam que en triste lloro
Cercan su lecho, y al momento espira.
Jamás terrestre rey, igual decoro
En torno tuvo á su funérea pira: :
Lloró Miriam, y del sencillo duelo
Al frente, triste marcha el rey del cielo!

LIBRO UNDECIMO.

PREDICACION DEL EVANGELIO.

I.

Sonó por fin la afortunada hora
En el reló del tiempo no causado
Jamás.— Lució por fin la limpia aurora,
El momento anhelado,
Que habia en sus designios señalado
El Hacedor profundo
De eterna vida y libertad al mundo!

El hora en que el mentido paganismo
 Con sus groseros símbolos y altares
 Se hundiera para siempre en el abismo;
 Y que en tierras y mares
 Fundara indestructibles sus sillares,
 Del mismo Dios en nombre,
 Aquella religion, salud del hombre.

Ya por su propio peso quebrantados
 Vacilan los imperios conmovidos;
 Los prepotentes cetros respetados,
 Los tronos carcomidos,
 Caen en menudo polvo convertidos;
 Y ya el antiguo culto
 Es objeto de mofas y de insulto.

Los oráculos callan. Las sibilas
 Abandonan sus astros sepulcrales,
 Y no manchan sus bóvedas tranquilas
 Conjuros infernales.
 Sacerdotes, augures y vestales
 No dan torcido ejemplo
 Bajo los arcos del impuro templo.

Y agitacion oculta y misteriosa
 Hierve en el corazon de los humanos;
 Volcán que só la mole ponderosa
 De montes soberanos,
 De la tierra en los cóncavos arcanos
 A su pesar sumido,
 Anuncia su poder con su rugido.

Desplómense á la vez cultos y leyes,
 Ruedan confusos pueblos y naciones,
 Sacerdotes y símbolos y reyes:
 —¿Qué inspirados varones,
 Qué fuertes é impertérritas legiones,
 Vendrán del mundo muerto
 A repoblar el árido desierto?

De aquel peñasco, apenas conocido,
 De Nazareth, brotó en raudal escaso
 Un arroyo entre zarzas escondido;
 Mas que ha de abrirse paso
 En breve del Oriente hasta el Ocaso,
 Al Norte y Mediodia,
 Llevando la salud y la alegría.

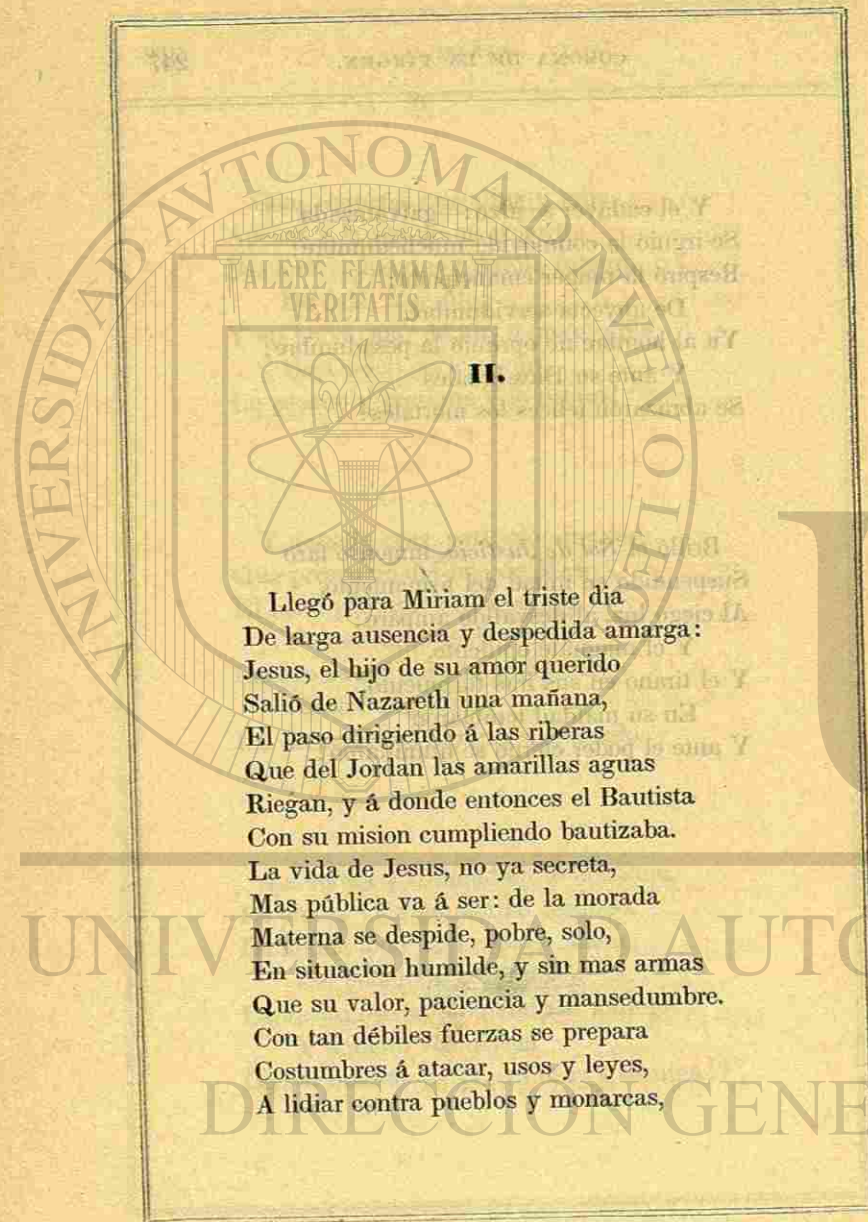
Gota pequeña, cristalina y pura,
 Apenas á la sed de un pajarillo
 Bastante:—luz que trémula fulgura
 De debil lucerillo;
 Y en breve, mar de luz, á cuyo brillo
 Esplenden en lo oscuro,
 Lo pasado y presente y lo futuro!

Y aquella cruz, patíbulo afrentoso
 Que presenció del hijo de MARÍA,
 El lento padecer y la agonía;
 Fué el signo esplendoroso,
 Lábaro de un imperio poderoso,
 Al aire tremolado,
 Dó el mundo se agrupó regenerado.

La eterna y triunfadora fé cristiana,
 De eterna vida manantial fecundo,
 De donde todo bien copioso mana:
 Del poder sin segundo
 La buena nueva prometida al mundo:
 Y aquella voz divina
 Dijo al muerto:—“¡Levántate y camina!”

Y el cadáver se alzó:—galvanizada
 Se irguió la conmovida muchedumbre:
 Respiró la muger emancipada:
 De abyecta servidumbre,
 Ya al hombre no oprimió la pesadumbre;
 Y ante su Dios iguales
 Se abrazaron felices los mortales!

Brilló el *Sol de Justicia*, inmenso faro
 Suspendido en mitad del firmamento,
 Al ciego luz, al desvalido amparo:
 Y el magnate opulento,
 Y el tirano en sus iras turbulento,
 En su maldad temblaron
 Y ante el poder eterno se humillaron!



II.

Llegó para Miriam el triste día
De larga ausencia y despedida amarga:
Jesus, el hijo de su amor querido
Salió de Nazareth una mañana,
El paso dirigiendo á las riberas
Que del Jordan las amarillas aguas
Riegan, y á donde entonces el Bautista
Con su mision cumpliendo bautizaba.
La vida de Jesus, no ya secreta,
Mas pública va á ser: de la morada
Materna se despide, pobre, solo,
En situacion humilde, y sin mas armas
Que su valor, paciencia y mansedumbre.
Con tan débiles fuerzas se prepara
Costumbres á atacar, usos y leyes,
A lidiar contra pueblos y monarcas,

Y vencerá en la lucha, que su brio
Del mismo seno del Señor emana;
Mas cubrirá el laurel de la victoria,
Del muerto triunfador la frente helada!

¡Cuánto pesar y dolorosa angustia
Rasaron de Miriam crudos el alma!
Ella que ve lanzarse al generoso
Jóven, de aquella mar tan agitada
En las revueltas, encrespadas olas,
Donde tantos profetas naufragaran!
El insensato orgullo, el fanatismo
Torvo; la hueste toda sanguinaria
De las malas pasiones, solo, inerte,
Va el *Justo* á combatir:—La gente prava
Que domina en la torpe Sinagoga;
Del Fariseo hipócrita las tramas,
Su feroz ambicion, su cruda envidia,
Su innoble miedo, su intencion bastarda;
Y del rey de linage advenedizo
La cobarde, terrible suspicacia!

No era Miriam de aquella heróica estirpe
Que dió á Judá tan celebres monarcas,
Vástago indigno, no; en el noble pecho
Un corazón impávido alentaba;

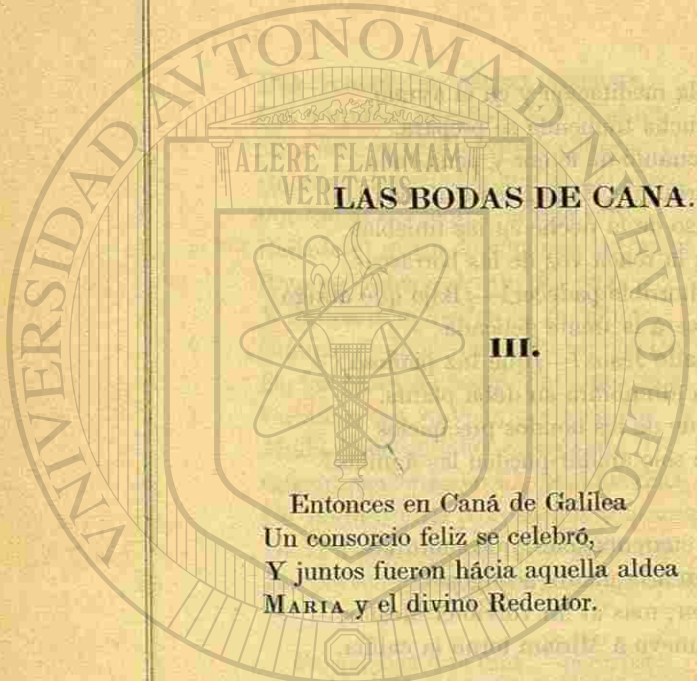
Mas recuerda las santas profecías,
 Los anuncios mesiánicos, y el alma
 Mira ante sí con lúgubres colores
 Un cuadro aterrador que la amenaza:
 Por eso al despedirse el hijo caro,
 Bañado el rostro de copiosas lágrimas,
 Roto su corazón dentro del seno,
 Y anudada la voz en la garganta:
 Cuando el débil rumor ya no percibe
 De los pasos de aquel que tanto ama,
 Cubrióse con su velo, y pensativa,
 Muda como el dolor, enagenada
 Quedó pensando en los pasados días
 De ventura y de paz; memoria amarga
 De la dicha que fué; presagio triste
 Del porvenir horrendo que la aguarda!

Pasan días tras días; —perezosas,
 Noches eternas que jamás acaban
 A la inquietud materna, y á su asilo
 Aun no vuelve Jesus. —Noticias vagas
 Anuncian á Miriam que el hijo suyo
 Ha entrado en las estériles montañas
 A Jericó vecinas. —El cordero
 Sin duda al acercarse á la elevada
 Obra de redención, el trato esquiva
 De la turba mortal; y en la plegaria,

Y en la meditacion y en el ayuno,
 A la lucha tremenda se prepara.
 ¡Ay! cuánto de temor y pena ruda
 Desgarran de MARIÁ las entrañas!
 Si acaso de la noche en las tinieblas
 Suena la ronca voz de las borrascas,
 ¡Qué horrible padecer! —¡Bajo qué abrigo
 Guarecerá la frente delicada
 El amado Jesus? —¡qué luz piadosa
 Amiga alumbrará su débil planta,
 Al borde de los hondos precipicios
 Donde solo anidar pueden las águilas?

Así cuarenta soles, que centurias
 Parecen á la madre acongojada,
 Pasaron; mas al fin volvió el Mesías,
 Y de nuevo á Miriam tornó la calma.





LAS BODAS DE CANA.

III.

Entonces en Caná de Galilea
Un consorcio feliz se celebró,
Y juntos fueron hácia aquella aldea
MARIA y el divino Redentor.

Que deudos de Miriam ambos esposos
Eran, y de la estirpe de Judá,
Y á su hijo y á ella, cariñosos,
Enviaron un convite muy cordial.

Y habia muchas gentes y era escasa
De los recién casados la fortuna,
Y en manjares y vinos pobre tasa
Había, por demas inoportuna.

Y como á la mitad de la comida
El vino se apuró; Miriam atenta
Observó la mirada entristecida
Del esposo á la esposa que se ausenta.

Y en voz baja á Jesus que á su derecha
Está, le dice así: "No tienen vino,"
Y él, al oír la voz con que lo estrecha:
"¡Aun no he llegado al fin de mi camino!"

Responde; mas Miriam que á sus parientes
Quiere evitar humillacion tan dura,
No desespera aún, y á los sirvientes
Con voz de acabadísima dulzura,

Así les dijo: "Haced cuanto él os diga."
Había para hacer las oblationes
A que la antigua ley al hombre obliga,
Seis ánforas (6) de grandes dimensiones

Allí.—Mandó Jesus á los sirvientes
Que á una vecina fuente las llevaran,
Y de sus aguas puras, transparentes,
Hasta los altos bordes las llenaran.

Cumplido su mandato, en delicioso
 Vino trocóse el agua en el instante,
 Y á tal prodigio se asombró el esposo
 Y enmudeció la turba circunstante.

Y así logró Miriam ser la primera
 Que mirase brotar el milagroso
 Poder, que en tan efímera carrera
 Iba á ostentar el Nuncio poderoso:

Y todos los presentes se admiraron,
 Y su inmenso poder reconocieron,
 Y sus menores signos acataron,
 Y su misericordia enaltecieron.

IV.

Aquel milagro de Caná, seguido
 En breve de un millon;
 Señaló que ya el tiempo era venido
 Del fin de su mision.

A su voz las tormentas se aplacaban,
 Los demonios huían;
 Las dolencias del cuerpo se aliviaban,
 Los muertos revivían.

Doquiera que en aquel dichoso suelo
 Su planta descansaba,
 Cesaba el llanto, enmudecía el duelo
 Y el odio se calmaba.

Cumplido su mandato, en delicioso
 Vino trocóse el agua en el instante,
 Y á tal prodigio se asombró el esposo
 Y enmudeció la turba circunstante.

Y así logró Miriam ser la primera
 Que mirase brotar el milagroso
 Poder, que en tan efímera carrera
 Iba á ostentar el Nuncio poderoso:

Y todos los presentes se admiraron,
 Y su inmenso poder reconocieron,
 Y sus menores signos acataron,
 Y su misericordia enaltecieron.

IV.

Aquel milagro de Caná, seguido
 En breve de un millon;
 Señaló que ya el tiempo era venido
 Del fin de su mision.

A su voz las tormentas se aplacaban,
 Los demonios huían;
 Las dolencias del cuerpo se aliviaban,
 Los muertos revivían.

Doquiera que en aquel dichoso suelo
 Su planta descansaba,
 Cesaba el llanto, enmudecía el duelo
 Y el odio se calmaba.

Y venian á él desde Judea,
De Tiro y de Sidon,
De la remota Arabia y de Idumea
En rauda confusion.

Y al que con fé profunda, enardecida,
Llegaba hasta su pié;
Eterna fuente de salud y vida,
Vida y salud dá él.

Ven de nuevo del sol la lumbré pura
Los ciegos affigidos,
Y cruzan la montaña y la llamura
Los pobres impedidos.

Cura al leproso, al pecador convierte,
La adúltera perdona,
Y arranca de los brazos de la muerte
Al niño y la matrona.

¿Quién es este, clamaba el fariseo,
Que va contra la ley?

¿Quién, temblando de susto el Iduméo,
Este que aclaman rey?

¿Quién es el que aconseja al ultrajado
Generoso perdon?
¿Quién es el que combate denodado
La usura y concusion?

Y así como en la oscura madriguera
Por hombres acosada,
Se prepara á lidiar la brava fiera
Cabe á su prole amada:

El Escriba avariento, sobre el oro
Al pobre arrebatado,
Se apercebe á la lid por el tesoro
A precio tal comprado.

Y el Fariseo hipócrita, temiendo
La lid, astuto infama
A Jesus, y en lo oscuro va tendiendo
Su tenebrosa trama,

Y el audaz Saducéo, que la vida
Del alma torpe niega,
A la múltiple hueste maldecida
Iracundo se agrega.

Así, sus mustios odios deponiendo
 Se adunan los traidores,
 Torpe amistad, bastardo amor fingiendo,
 En pró de sus rencores.

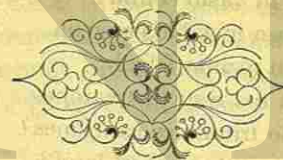
Y el volcán de sus iras contenido
 Rugía en lo lejano,
 Como acaso escuchamos el bramido
 Del remoto Oceano.

Mas al rumor ereciente, de MARIA
 Temblaba el corazon,
 Y miraba acercarse la agonía
 Con triste prevision.

Y siguiendo por montes y laderas
 Al hijo con afan,
 Llegó con él un día á las riberas
 Que fecunda el Jordan.

Y por él fué allí mismo bautizada,
 Y siguió decidida,
 Y abandonó su vida acostumbrada
 Por otra nueva vida.

Y mugeres seguíanla y varones,
 Discípulos fervientes
 De Jesus, de amorosos corazones
 Y espíritus valientes.



ALERE FLAMMAM
ENTRADA DE CRISTO EN JERUSALEN.

v.

¿Qué júbilo inmenso resuena,
Sion, en tu vasto confín?
¿Qué gozo inefable enagena
Salem, tu recinto feliz?
¿Dó van tus resueltos varones
Cantando triunfales canciones?
¿Por qué suena el laud?

¿Que triunfo electriza sus almas?
¿Acaso el romano cayó?
¿Por qué se despojan las palmas
Del manto que el cielo les dió?
¿Por qué tu llanura arenosa
Reviste esa capa frondosa?
¿Cesó tu esclavitud?

En coro las tiernas doncellas,
Los niños en coro pueril,
Repiten en cántigas bellas
Pulsando del padre David
El harpa de voces tan puras:
“¿Hosanna en las alturas!
“Bendito el enviado de Dios!”

¿Quién es el monarca temido,
Que llega á tus puertas, Salem?
¿Quién es ese rey tan querido?
¿De Dios el enviado, quién es?
¿De inmensa legion circundado,
En carro de triunfo adornado,
Llega el conquistador?

Sion, tu monarca divino
No viene en un carro triunfal;
Ni acero feroz, damasquino
Empuña su mano real:
Ni en pompa homicida de guerra
Le anuncian por rey de la tierra
El fausto y el poder.

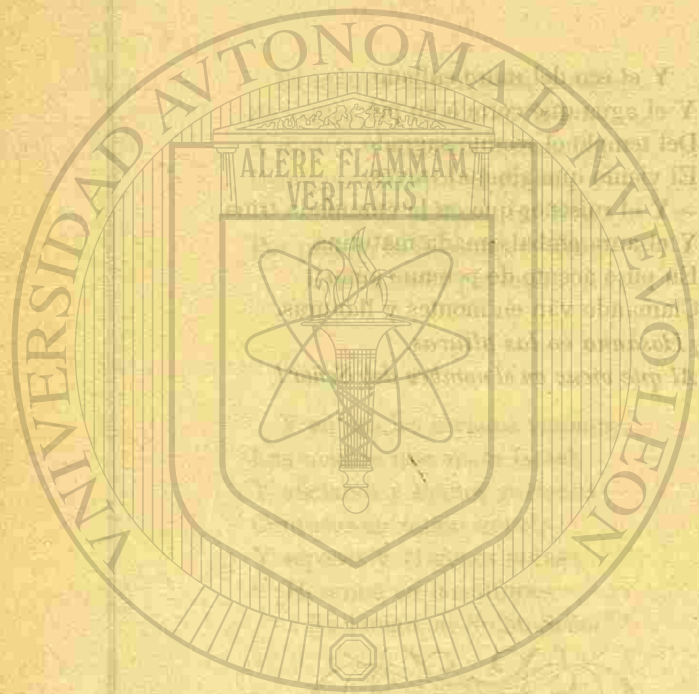
El manso animal cabalgando
Se acerca del mundo el Señor,
A diestra y siniestra lanzando
Benignas miradas de amor.
Por armas la palma y la oliva,
Por premio la fé siempre viva,
Eterno amor por ley!

Y en pos los invictos varones,
Las madres que acata Israel,
Y ancianos y tiernos garzones
Confusos en raudo tropel;
Y esposas y vírgenes puras:
"¡Hosanna en las alturas,
Esclaman, al Sumo Señor!"

Y el santo, amoroso concento
Que suena en el vasto confin,
Llevado en las alas del viento,
Llegó cual la voz del clarín
Sion, á tus calles oscuras,
"¡Hosanna en la alturas,
Clamando, al supremo Señor!"

Y el eco del muro callado
Y el agua que corre á su pié;
Del templo el recinto sagrado
El viento que gime al través:
—Y el ruiseñor que en la enramada trina,
Y el aura embalsamada matutina,
En puro acento de perenne amor;
Clamando van en montes y llanuras,
¡Hosanna en las alturas,
Al que viene en el nombre del Señor!





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LIBRO DUODECIMO.

MARIA EN EL CALVARIO.

I.

Aun no estaba marchito el verdé manto
Que de *Bethania* revistió el camino,
Cuando ardiendo Sion en gozo santo
El Cristo á saludar rápida vino:
Aun repiten gozosos aquel canto
Los ecos del pais circunvecino,
Y las auras turbadas se estremecen
Y aun tibias de sus hálitos parecen.

Cuando una voz inmensa, conturbando
 Los ámbitos del monte y la llanura,
 A amigos y contrarios va llenando
 De pasmo y de alegría y de pavora:
 Aquel acento horrisono y nefando,
 Envuelto en la traicion y la impostura,
 Caro á muchos y á pocos detestable,
 Anuncia que se ha preso á un gran culpable.

Y en torno á los magnates opresores,
 Y á los que favorece la fortuna,
 Viles escribas, pérfidos doctores,
 Que ahora en torpe alianza el vicio aduna;
 Del gran templo en los arcos exteriores
 Se arremolina el pueblo, é importuna
 Una vez y otra vez al Fariseo
 Por el nombre y los crímenes del reo.

—¿Es ladrón, ó falsario ú homicida
 Aquel gran criminal? ¿su orgullo insano
 Intentó quebrantar en lid reñida
 La suma prepotencia del Romano?
 ¿Escándalo del mundo, el parricida
 En sangre paternal bañó su mano;
 O en las sagradas bóvedas del templo
 Dió de la santa ley torcido ejemplo?

No: sumiso á la ley pagó el tributo
 Que se debe á los reyes de la tierra,
 Jamás dió su palabra amargo fruto
 De infausta division, ni cruda guerra:
 La cólera, el rencor, el llanto, el luto,
 Cuanto mal y dolor el mundo encierra,
 Huyen al resonar su blando acento,
 Cual leve arista que arrebatara el viento.

Lejos de hacer brotar de agenos ojos
 Lágrimas de amargura, amante llora
 Sobre las penas, lágrimas y enojos
 Que la vida mortal en sí atesora:
 Lejos de complacerse en los despojos,
 En la humildad y en la pobreza mora;
 Da vista al que jamás el sol mirara,
 Cura al enfermo, al desvalido ampara.

En vez de trastornar de la Escritura
 La blanda salutífera doctrina,
 Su voz süave de la letra oscura
 Los profundos arcanos ilumina:
 A los de fé mas débil asegura,
 A los que van á ciegas encamina,
 Y á do su vista ó su palabra alcanza
 Vuelven vida y amor, fé y esperanza!

Mas ante los escribas y doctores
 Tiene el profeta crímenes bastantes;
 El, de la ley los llama torcedores,
 El, del templo arrojó á los traficantes:
 Y á saciar su venganza y sus rencores,
 Con ronca voz y labios espumantes,
 Costumbres violan y traspasan leyes,
 Y pisan los derechos de sus reyes.

De una traicion doméstica, comprada
 Con oro vil, se valen los villanos,
 Y á poner en la víctima sagrada
 Van iracundos, las iniecas manos:
 Velando su impostura refinada
 A varones y vírgenes y ancianos
 De Israel; con ayunos y con preces,
 Del justo se preparan á ser jueces.

Jamás el mundo vió victima alguna
 Del odio y el rencor de los mortales,
 Sufir tantas afrentas una á una,
 Tantos dolores ni tormentos tales:
 Jamás tan negro fin de su fortuna
 Vieron los mas odiosos criminales,
 Ni para ajar tan límpida pureza
 Adunada se vió mayor vileza.

Como á un esclavo vil, por mas afrenta
 Arráncale sus sacras vestiduras,
 Y el acerado azote se ensangrienta
 En las perfectas formas, cuanto puras;
 La ira se dobla y el rencor aumenta,
 Como doblando van las amarguras
 Del justo, en los verdugos carniceros,
 Espanto de los siglos venideros!

Así tal vez la fiera tigre hircana
 Que fuerte acosa el cazador ardido,
 Cobarde lucha, y por huir se afana
 Al antro oscuro dó hasta allí ha vivido;
 Mas si mira teñida en roja grana
 De su contrario el pecho, hondo rugido
 Exhala de placer, y su ardimiento
 Redobla al par de su furor sangriento.

Hundieron en su frente una corona
 De duras y agudísimas espinas,
 Y la sangre brotando se amontona
 Sobre las sienes del Señor divinas:
 Un pedazo de caña le pregona
 Por rey, y rotas fajas purpurinas,
 Harapos en el suelo abandonados,
 Cual manto régio dánle los soldados.

Y haciendo mil burlescas contorsiones
 Entre mofas y risas le saludan,
 Mientras que los satánicos sayones
 Cansados de azotarle se remudan:
 Mas las bellas, purísimas facciones
 Ni al sarcasmo ni al golpe se demudan,
 Y al mirarlos sonrie tristemente,
 Compadeciendo su furor demente.

La saña al desarmar y el odio fiero
 De aquella encarnizada muchedumbre,
 En vano el pacientísimo cordero
 Opone su piedad y mansedumbre:
 El, que bajó á librar al mundo entero
 De la mas ominosa servidumbre,
 Ora se ve azotado, escarnecido
 Del pueblo que en su amor ha preferido.

II.

El odio ya saciado
 Del Ecrida y del torpe Fariseo,
 Cuando bastante juzgan degradado
 Al inmortal profeta Galileo,
 Ante la masa estúpida
 Del pueblo, á consumir el sacrificio
 Vuelan, que llega el sábado,
 Y retardar no quieren su suplicio.

Con la terrible carga
 De una pesada cruz los flacos hombros
 Agobian de Jesus:—penosa y larga
 Y llena de ruínas y de escombros,
 Es del calvario lúgubre
 La triste, funestísima carrera;
 Mas viendo que la víctima
 Vacila, su rencor mas se exaspera:

Y con el asta dura
De las cobardes lanzas le atropellan,
Y si cae el lastimado por ventura,
Sin piedad le maltratan y le huellan
Turba feroz, sacrilega
De execrable verdugos que se ensañan
Contra del Justo, y réprobos
En sangre de su Dios torpes se bañan.

Como en noche callada
Llega acaso confusa á nuestro oído,
La voz de la tormenta desatada
Que sopla sobre el mar embravecido;
Y con el susto trémulos,
Aunque remotos del horrendo amago,
Dudamos si es más próximo,
Y en tierra ó viento mar el fiero estrago.

Así en la muchedumbre
Que en calles, plazas, techos, miradores,
De la ciudad á la maldita cumbre,
Se ve de mil y mil espectadores:
En rudos sonos mézclanse
Anatemas y gritos de alegría,
Cantos de triunfo lúgubres
Y ayes de compasión y de agonía.

Allí van confundidos
Con los que de sus males ha sanado,
Los que en su contra están enfurecidos;
El aborrecedor junto al amado:
Empero son estériles
De amor y de piedad las emociones,
Calladas son las lágrimas,
Ruidosas la impías maldiciones.

Cobarde le ha negado
Aquel ingrato apóstol mas querido;
Uno solo de entre ellos ha quedado,
Los demas todos juntos han huido;
No hay una voz intrépida
Que acuse la impostura y la malicia,
Ni un corazón magnánimo
Que clame contra el odio y la injusticia!

Y por la prolongada
Calle que á la ominosa puerta guía
Judiciaria, en mal hora así llamada,
Sigue la plebe indómita y bravía:
Y en medio el justo, cárdeno
El rostro, y el mirar desfallecido,
Sigue con planta trémula
A la cumbre del monte maldecido.

Y he aquí, que una matrona
A la mitad de la fatal carrera,
Por dó mas el gentío se amontona
Penetró: —su mirada lastimera
No las amargas lágrimas
Empañan del dolor; de tal quebranto
En los tormentos hórridos,
Poca es la voz, insuficiente el llanto!

Y mientras dolorida,
Como un sepulcro helada y silenciosa,
Se va acercando á aquel á quien dió vida;
Tus mugeres, Salem, en voz piadosa
Bajo sus velos cándidos:
POBRE MADRE! entre lloros exclamaban,
Mientras las haces túrbidas
Del pueblo, libre el paso le dejaban.

Mas los crudos guerreros
Que al hijo de su amor torvos circundan,
Aquellos despiadados extranjeros,
Que en la crueldad su orgullo innoble fundan;
Ya de las lanzas férreas
Con las terribles puntas la rechazan
Y con insultos bárbaros
Y palabras de muerte la amenazan.

Entonces de sus ojos
Con el pesar intenso amortecidos,
Y del llanto anterior, hinchados, rojos;
Rayos de luz brotaron, despedidos
Como vivos relámpagos,
Ante los cuales cejan los soldados,
A los fulgores vívidos,
Si no compadecidos, subyugados.

Libre el paso, MARIA,
A Jesus dirigió la incierta planta,
Y al contemplar su angustia y su agonía,
De no morir la mísera se espanta.
Sudor á mares, gélido
Brotó copioso de la augusta frente
Al horrendo espectáculo
Del suplicio de un Dios omnipotente.

Mas ni un solo gemido,
Ni una lágrima sola, los dolores
Del corazón revelan, dolorido,
De la que es manantial de los amores.
Jesus, en tanto, mírala
A dos pasos de sí, y en blando acento:
“ ¡Madre! ” su voz exánime
Clamó, y “ ¡Madre! ” repiten tierra y viento.

Y al cariñoso nombre
 Que tanto amor y gozo tanto encierra
 Al combatido corazón del hombre
 En su paso fugaz sobre la tierra;
 Dando un gemido fúnebre
 Del fondo de su alma desgarrada,
 Cayó la madre mísera
 Sobre las duras losas desmayada!

Y un joven Galileo
 De bello rostro y de mirar sombrío,
 Y una joven mujer, del suelo hebreo
 Fragante flor; por medio del gentío
 Cruzan con paso rápido
 Hasta dó está la Virgen dolorida,
 Y con amor solícito
 La vuelven á la vez, dolor y vida.

Son Juan y Magdalena,
 De Jesus los discípulos amados,
 Que á arrancar á Miriam de aquella escena
 En su indecible amor van adunados.
 Mas su amorosa súplica
 No oye la Madre, y bajo un sol ardiente,
 Del ominoso Gólgotha
 Prosigue por la rápida pendiente.

Ya tocan aquel suelo
 Que está por altos juicios destinado
 La muerte á presenciarse del Dios del cielo,
 Para aplacar al mismo Dios airado.
 Al ara ya la víctima
 Se acerca del mas grande sacrificio,
 Y tierra y cielo atónitos
 Se preparan al hórrido suplicio!



MARIA AL PIE DE LA CRUZ.

III.

Allí la homicida turba
Como una sierpe gigante
Sobre sí misma furiosa
Se arremolina, y combate
Por contemplar del profeta
El suplicio miserable.
¿Y dónde está Miriam entonces?
—¡Pobre Madre!

Arrastrar vió al inocente
En medio á dos criminales;
Mira tres cruces tendidas
Sobre la tierra culpable,
Y hombres de rostros crüeles
Que abren los hoyos fatales;
—¿Mas dónde está el hijo suyo?
—¡Pobre Madre!

Al fin pareció; mas cielo!
¡Qué vista tan lamentable!
—Sin un harapo siquiera
Sobre sus desnudas carnes,
De cuyas hondas heridas
Brotó á torrentes la sangre!
¡El tan honesto y tan puro!
—¡Pobre Madre!

Mas los feroces verdugos
Con ciega furia arrastrándole
De la cumbre maldecida
Al sitio mas culminante,
Espusieronle á la mofa
De aquella turba salvaje.
¡Qué horrendo cuadro á la vista
De una Madre!

Tienden al Justo en seguida
Sobre la cruz infamante,
Lecho de honor que los hombres
De su amor en premio dánle:
¡O ingratitud! ¡ó demencia!
¡O ceguedad lamentable!
¿Dónde está entonces MARIA?
—¡Pobre Madre!

A una cercana caverna
 Magdalena y Juan amantes
 La arrastran:—sordo murmullo
 Tal cual la voz de los mares,
 O de borrascas remotas
 Al rebramar semejante,
 Llega tremendo al oido
 De la Madre!

De vez en cuando confusos
 Elevábanse en los aires
 Rechiflas y maldiciones,
 Risotadas espantables
 Y denuestos furibundos
 De aquel pueblo de chacaes...
 ¡Y la infelice los oye!
 —¡Pobre Madre!

Mas un silencio profundo
 Reina por breves instantes:
 ¿Acaso le compadecen?
 ¿O alguna nueva barbarie
 De la feroz muchedumbre
 Calma el furor anhelante?
 —¡Piedad del tigre no esperes,
 Pobre Madre!

Pronto el silencio rompiendo,
 Como de golpe que cae
 A un tiempo sobre maderas
 Y despedazadas carnes,
 Oyese un sordo ruído
 Allá en la cumbre distante,
 Y otro despues, y otro luego:
 —¡Pobre Madre!

Y al rumor siniestro, pálida
 Cual la azucena del valle,
 Tiembla Miriam convulsiva,
 Como si agudos clavasen
 En su pecho los sayones
 Sus damasquinos puñales.
 ¡Y vive empero y escucha!
 —¡Pobre Madre!

Jamás confesor alguno,
 Jamás valeroso mártir,
 En fiero potro estendidos
 Sufrieron tormentos tales!
 Y empero de sus dolores
 Aun va el suplicio á aumentarse!
 ¡Flaca muger, infelice!
 —¡Pobre Madre!

Bien pronto el agudo roce
De maderas y cordages
Se percibe, y lentamente
Se alza la cruz en los aires;
Y en ella al Hijo del hombre
Cual vencedor estandarte
Contempla atónito el mundo!
— ¡Pobre Madre!

Vuelto al remoto Occidente
El desgarrado semblante,
Promete á aquellas regiones
Que por tan largas edades
Aguardan la luz, fecundos
Sus generosos raudales.
¿Y dó está entonces MARIA?
— ¡Pobre Madre!

Entonce el réprobo pueblo
Alzó con voz formidable
Un prolongado rugido
De feroce triunfo.—“Salve”
Le gritan, “rey poderoso!”
“Si eres hijo de Dios, baje
“Tu poder desde esa altura
“Dó ora yace!”

Y á su izquierda un foragido
De otra negra cruz colgante,
De su penosa agonía
En los postrimeros vales,
Aun le maldice sañudo;
Y él con palabras amantes
Así esclama: “¡Padre mio,
Perdonadles!”

Mas el momentáneo asilo
Deja Miriam, y sin ayes
Ni lágrimas, ni sollozos,
Pocos á dolor tan grave;
Hácia el lugar del suplicio
Va con planta vacilante,
Como el mármol blanca y fria...
— ¡Pobre Madre!

Del ara del sacrificio
A pocos pasos distantes,
Los furibundos sayones
Tigres sedientos de sangre
La vestidura inconsútil
Por suerte entre sí reparten.
Y ella contempla el despojo...
— ¡Pobre Madre!

Los turbios ojos desvía
 Del horror insoportable,
 Hacia el cielo, y la mirada
 Del Dios moribundo, cae
 Desgarrando una por una
 Sus entrañas maternas.
 ¡Por fin llegada es la hora!
 —¡Pobre Madre!

En los anales del mundo
 El hora mas memorable.
 Vencida en ella es la muerte,
 Vencidos los infernales
 Espíritus, y aun la suma
 Justicia, aquel satisfácea
 Sumo holocausto, inaudito,
 De tal sangre!

En tanto, en medio del día
 Sanguinolentos celages
 Velan el sol: sobre el mundo
 Caen las tinieblas palpables:
 Las águilas roncós gritos
 Lanzan de horror en los aires
 Y ahullan sobre la tierra
 Los chacaes.

Y del calvario maldito
 El lóbrego paisaje,
 De negro mármol parece
 Un catafalcó gigante.
 Reina el silencio del miedo
 En las turbas criminales,
 Y de horror tiemblan unidos
 Tierra y mares.

En tanto no olvida el Justo
 Los que á su amor son leales:
 Y vuelto á Juan y MARIA
 Con voz de amor inefable:
 “*Vé en él al hijo que pierdes*
 Dice á Miriam, y al amante
 Discípulo: “*¡Mira en ella*
A tu Madre!”

Y luego á mirar cumplidos
 Los proféticos anales
 De las Santas Escrituras,
 “*Sed tengo*” exclamó:—en vinagre
 Bañada una grande esponja,
 Dieron el crudo brevage
 Al que es manantial de vida
 Los infames!

Y gustado ya el veneno,
 Con amoroso semblante
 Clamó: "¡ *Todo está cumplido!* "
 Y lanzando un grito grande,
 Incluyó la sacra frente
 Y espiró.—Trémulos ayes
 Pueblan el aire confusos...
 —¡ Pobre Madre!



IV.

En el supremo, vencedor momento,
 Cuando en sus negros templos escucharon
 Del sumo Dios el postrimer acento,
 Los ídolos inmundos vacilaron:
 Del astro de Moises ya macilento
 Los fugaces fulgores se apagaron,
 Y el sol del Evangelio generoso
 Amaneció radiante y poderoso.

Mas Dios era deudor á los mortales,
 Ejemplo á endurecidos pecadores,
 De enviar al bajo mundo altas señales
 De sus justos terribles furores:
 Y apenas las tinieblas sepulcrales
 Que envolvían al mundo en sus horrores
 Comienzan á aclarar, su voz severa
 Estremeció la creación entera.

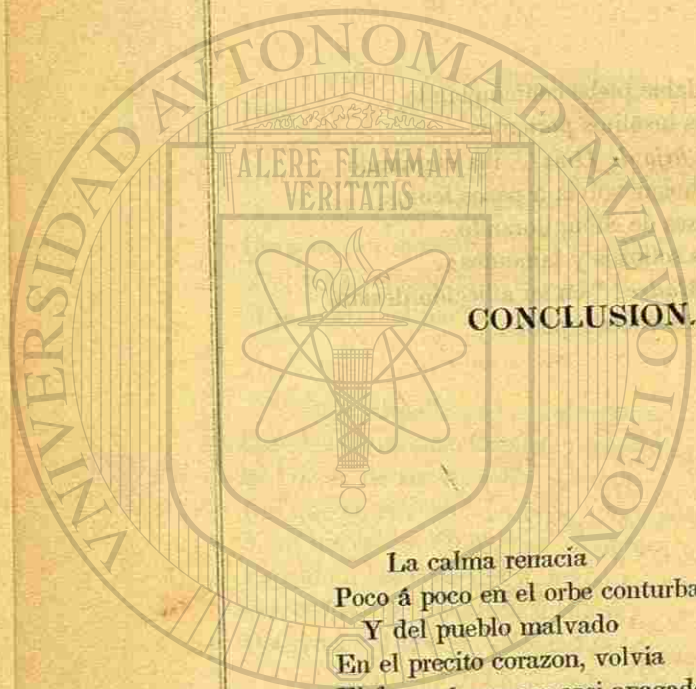
Y del sol al fulgor sanguinolento,
 Digna luz á tan hórridas maldades,
 Sucedió un terremoto turbulento
 Que en Asia derribó veinte ciudades: (7)
 Con insólita furia silba el viento,
 Braman con ronca voz las tempestades,
 Y el velo del santuario enaltecido
 Miró atónito el pueblo en dos partido.

Y rotas en pedazos las cubiertas
 Que las marmóreas tumbas revestian,
 Se lanzan de sus cárceles abiertas
 Los que en el sueño del Señor dormian:
 Y en tus calles, Sion, cuasi desiertas,
 Espanto á los vivientes infundian
 Los cadáveres vivos aun fajados,
 Del reino del horror resucitados.

Entre los gritos de cobarde espanto
 Que resuenan allá en la negra cumbre,
 Se oye la voz de arrepentido llanto
 Por sobre la revuelta muchedumbre;
 Mientra oculta en los pliegues de su manto,
 Imágen del dolor y mansedumbre,
 Insensible al tumulto y gritería
 Inmóvil y de pié se alza MARIA.

Y la mudable plebe contemplando
 En redor los insólitos portentos
 “ ¡ Este era hijo de Dios! ” iba clamando
 Como á su hogar volvía á pasos lentos;
 Y las mugeres de Sion, llorando
 Entre tristes sollozos y lamentos:
 “ ¡ Misera Madre! ” en su aficcion decian,
 Y los ecos sus voces repetian.





CONCLUSION.

La calma renacía
Poco á poco en el orbe conturbado,
Y del pueblo malvado
En el precito corazón, volvía
El fuego á renacer casi apagado
De su torpe valor: tal carnicero
Tigre que en los hircanos arenales
Fué terror de mastines y zagales,
Tiembra ante el domador como un cordero,
Mas si trémulo acaso ve primero
A aquel que empuña la candente barra,
El instinto feroz recobra luego
Y ceba en el cuitado de ira ciego,
El diente agudo y la cortante garra.

Crüel cuanto cobarde
El pueblo deícida, al ver la guerra
Calmada ya en los cielos y la tierra;
Iba de nuevo brio haciendo alarde,
Y al Redentor divino demostraba
Y con torpe maldad le calumniaba.

Mas, como el gran profeta Galiléo
Nunciado habia al rudo pueblo hebréo,
Que en el tercero dia victorioso
A la vida y al mundo tornaria
Del reino de la muerte tenebroso:
Una falange armada
Del Sumo Sacerdote allí mandada
En su soberbia impía,
Velabá en rededor de aquella tumba
Salud y redencion del Universo;
Que temia aquel príncipe perverso
Maestro en la traicion y en la impostura,
Que en las tinieblas de la noche oscura
El cuerpo de Jesus arrebataran
Los suyos, y á otra tierra lo llevaran.

Ya del tercero dia
La aurora el rubio Oriente coloraba:
Jerusalen dormía

Bajo un manto de nieblas que ocultaba
 Su deícida faz al matutino
 Sol, que el vasto confín circunvecino
 De fulgor y de júbilo inundaba.

Entreabrian las flores
 El cáliz matizado de colores

Al húmedo rocío;
 Entre el ramage umbrío
 De la higuera silvestre, sus amores
 Cantaban los harpados ruiseñores;
 Y nunca en aquella árida comarca
 Que de Bethania hasta Sion abarca,
 Ejemplo de tristísima aspereza;

Mostró naturaleza
 Tan delicioso encanto,
 Tanta hermosura, ni contento tanto.

Mas de pronto en la cumbre aparecieron
 De las cercanas lomas
 Cual banda fugitiva de palomas,
 Unas cuantas mugeres, que torcieron
 El paso hácia el jardín donde se hallaba
 El sepulcro de Cristo: descollaba
 Entre el grupo indefenso una matrona,
 Cuyo pálido rostro, que pregona
 Mas que humano dolor, resplandecía
 Con mas fúlgida luz que la del día:

Y mientras al sepulcro caminaba
 A una hermosa ruina semejaba
 Que al impulso violento
 Del huracán ajada turbulento,
 En la altanera faz del rayo herida
 Aun muestra su belleza enaltecida.

Las otras, que á su lado presurosas
 Caminan, de sustancias aromosas
 Y gomas delicadas
 A embalsamar el cuerpo preparadas,
 Cargadas van, y á su dolor se mira
 Que dá alguna templanza
 La animadora voz de la esperanza.

Mas súbito en la calma que respira
 La dormida region, un trueno ronco
 Como de gran temblor los aires hiende:
 La losa del sepulcro se desprende
 Como impelida de robusto brazo,
 Y al rudo estruendo, bronco,
 Los guardias semimuertos de pavora
 Unos sobre otros ruedan al ribazo
 Los rostros contra el suelo,
 En redor de la eterna sepultura.
 Y las santas mugeres, cuyo celo

Y acrisolado amor no abandonara
 A Jesús, ni aun al mismo pié del ara;
 Retroceden ahora temblorosas,
 Temiendo repetidas
 Ver aquellas escenas espantosas
 Nunca en el bajo mundo sucedidas,
 Que acompañaron el postrer momento
 Del sumo imperador del firmamento.

Pero un ángel divino
 Cuya inmortal, flotante vestidura,
 Escedia en blancura
 A la nieve que el ábrego amontona
 En la cumbre, del Líbano corona,
 Al sol iluminada matutino:
 Sentado del sepulcro en la ancha losa,
 Con voz cuanto benigna, cariñosa,
 A las santas mugeres animaba
 Y á penetrar en él las convidaba.

“ No temais, les decia:

“ Sé que buscáis al hijo de MARIA

“ Que fué crucificado;

“ Mas aquí ya no está: como lo habia

“ Dicho ha resucitado

“ Al alba pura del tercero día:

“ Llegad, y ver podeis donde pusieron

“ Al Señor, los que aquí le condujeron.”

Y las santas mugeres se acercaron,
 Y en el sepulcro entraron,
 Y las fajas de mirra perfumadas,
 Y el sudario vacío, penetradas
 De pasmo y alegría contemplaron.

Mientras Miriam sentada en el nudoso
 Tronco de un viejo olivo que se alzaba
 No muy lejos de allí, su rostro hermoso
 De admiracion radiante y alegría,
 Con un jóven del pueblo conversaba
 En voz que apena el aire percibia.
 Aquel que el tosco traje revestia
 De un pobre labrador, era el eterno
 Triunfador del pecado y del infierno:

El redentor, que al mundo
 Un instante volvía

Desde el fondo del bátratro profundo!

—Miriam en sus entrañas maternas

Probó entonces tal suma

De júbilo y placeres celestiales,

Que describirlo no es de humana pluma,

Ni contarle de lenguas terrenales;

Ni pudieran los míseros mortales

Sentirlo ni aun en parte reducida

Sin perder con el júbilo la vida.

Cuando cuarenta soles transcurrieron,
 Salió Jesus de la ciudad, seguido
 De aquellos que en su amor ha preferido;
 Y juntos dirigieron
 Sus pasos de Bethania á las alturas;
 Allí de dó descubren las llanuras
 De Jericó, y las aguas estancadas
 Del muerto mar, y las corrientes puras
 Del Jordan apacible, sus pisadas
 Detuvo la piadosa comitiva.
 Y allí por vez postrera
 La fuente de agua viva
 A raudales brotó libre y fecunda,
 La creación entera
 A rescatar de servidumbre fiera,
 De aquel que en el error su imperio funda.

LA ASCENSION.

Las últimas miradas
 Fijas aun en los que atrás se deja,
 Las manos levantadas,
 Bendice y aconseja
 La amada multitud de que se aleja.

Y en blando movimiento
 Como se va en los aires elevando,
 Suavísimo concento
 Del cielo fué bajando,
 Montañas y llanuras alegrando.

Cuando cuarenta soles transcurrieron,
 Salió Jesus de la ciudad, seguido
 De aquellos que en su amor ha preferido;
 Y juntos dirigieron
 Sus pasos de Bethania á las alturas;
 Allí de dó descubren las llanuras
 De Jericó, y las aguas estancadas
 Del muerto mar, y las corrientes puras
 Del Jordan apacible, sus pisadas
 Detuvo la piadosa comitiva.
 Y allí por vez postrera
 La fuente de agua viva
 A raudales brotó libre y fecunda,
 La creación entera
 A rescatar de servidumbre fiera,
 De aquel que en el error su imperio funda.

LA ASCENSION.

Las últimas miradas
 Fijas aun en los que atrás se deja,
 Las manos levantadas,
 Bendice y aconseja
 La amada multitud de que se aleja.

Y en blando movimiento
 Como se va en los aires elevando,
 Suavísimo concento
 Del cielo fué bajando,
 Montañas y llanuras alegrando.

Sobre intranquilas nubes
Se ciemen por millares de millares
Los fúlgidos querubes;
Y las tierras y mares
Atónitas escuchan sus cantares.

Cesa el sordo mugido
Del mar: callan los vientos bramadores,
Y el céfiro dormido
Se oculta entre las flores
Fijas sobre sus tallos cimbradores.

Y hombre, ni bruto, ni ave,
Hubo alguno que osado interrumpiera
Aquel silencio grave;
Y hasta en la azul esfera
Detuvieron los astros su carrera.

Que en calma religiosa
La creación asiste conmovida
A la ascención gloriosa;
Y un instante la vida
Quedó en el universo interrumpida.

En tanto que en la cumbre
Sigue del redentor el blando vuelo
La santa muchedumbre
Con amoroso anhelo;
Que van con él su paz y su consuelo.

Y aun á sus ojos brilla
El süave fulgor de su semblante,
Cuando una nubecilla
Se puso por delante
Entre ellos y el Divino caminante.

¡O venturosa nube,
Trono en el cual á su feliz morada
El rey del cielo sube!
¡O tierra malhadada
De tan sumo tesoro despojada!

¡Qué habrá en el triste suelo
De hoy mas, sino tinieblas y amargura,
E interminable duelo;
Si pierde ¡ó desventura!
Al que es de todo bien la fuente pura?

¿A dó volver los ojos
De amarguísimo llanto escandecidos,
Que no encuentren enojos;
Si están oscurecidos,
De la luz celestial desposeidos?

¿Cómo gozar amores
De aquel inmenso amor abandonados?
¿Ni cómo los furores
Burlar de crudos hados,
De tinieblas y sustos circundados?

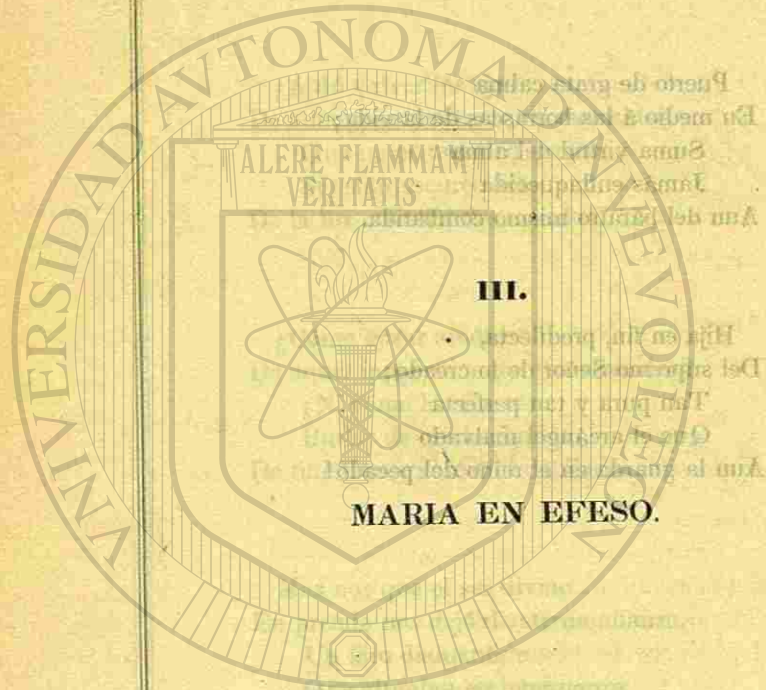
Mas no; que el ser divino
En prenda nos dejó de eterna alianza,
Un faro diamantino
Que alumbra en lontananza
La límpida región de la esperanza!

La fé impercedera,
Claro destello de la eterna lumbre,
Que en la mortal carrera,
De nuestra servidumbre
Aminora la horrible pesadumbre.

Puerto de grata calma
En medio á las borrascas de la vida;
Suma virtud del alma
Jamás enflaquecida
Aun del bátrato mismo combatida.

Hija en fin, predilecta,
Del supremo Señor de lo creado;
Tan pura y tan perfecta
Que el arcángel malvado
Aun la guarda en el reino del pecado!





III.

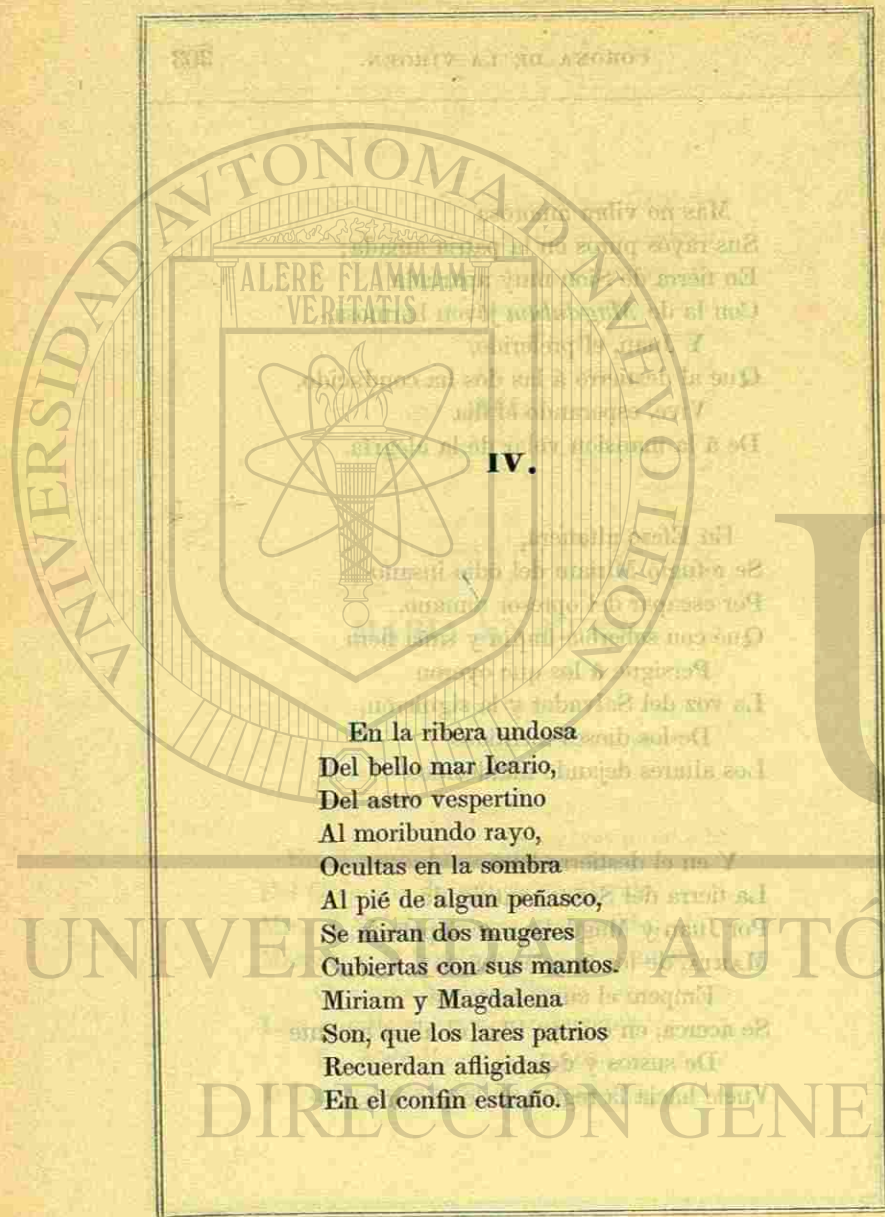
MARIA EN EFESO.

En el negro horizonte
 Del Gólgota de sangre enrojecido,
 Miro el *Sol de justicia*, oscurecido;
 Mas sobre el hondo valle y alto monte
 Con mas benigna llama,
 Luz y grato calor al par derrama
 La *Estrella de los mares*,
 Del gran rescatador en los altares.

Mas no vibra amorosa
 Sus rayos puros en la patria amada;
 En tierra de Sion muy apartada
 Con la de *Magdalum* jóven hermosa,
 Y Juan, el preferido,
 Que al destierro á las dos ha conducido,
 Vive, esperando el día
 De á la mansion volar de la alegría.

En Efeso altanera,
 Se refugió Miriam del ódio insano
 Por escapar del opresor romano,
 Que con soberbia impía y saña fiera
 Persigue á los que oyeron
 La voz del Salvador y la siguieron,
 De los dioses mentidos
 Los altares dejando maldecidos.

Y en el destierro llora
 La tierra del Señor santificada,
 Por Juan y Magdalena acompañada,
 MARIA, de los ángeles señora;
 Empero el sumo instante
 Se acerca, en que ya libre el alma amante
 De sustos y dolores,
 Vuele hácia la region de los amores.



IV.

En la ribera undosa
Del bello mar Ieario,
Del astro vespertino
Al moribundo rayo,
Ocultas en la sombra
Al pié de algun peñasco,
Se miran dos mugeres
Cubiertas con sus mantos.
Miriam y Magdalena
Son, que los lares patrios
Recuerdan afligidas
En el confin extraño.

Y Efeso en vano ostenta
Sus torres y palacios,
Sus plácidos jardines,
Sus muros almenados,
Sus lípidos arroyos
Y sus feraces campos;
Y en vano, en régia pompa,
Los montes y los llanos
Se cubren de áureas mieses,
Pastores y rebaños:
Lamentan ¡ay! las tristes,
Del caro suelo patrio
Las abrasadas lomas,
Los ásperos collados;
Que el alma nunca olvida
Del pobre desterrado,
Aquel hogar paterno
Do efímeros pasaron
Sin penas ni zozobras
Sus infantiles años!

¿Qué son las linfas puras
Del arroyuelo claro,
Ni el céfiro apacible
Que alienta sobre el prado,
Ni el poderoso muro,
Ni el opulento fausto,

Ni en fin, los bienes todos
Del suelo hospitalario?

Allí nada recuerda
Del Redentor los pasos;

Ni mármoles piadosos
Conservan encerrados

Allí de sus mayores
Los restos venerandos.

Por esto en las orillas
Del piélago salado

Tal vez siguen sus ojos
Algun velero barco,

Que en rumbo el mar divide
Hacia los lares patrios!

Y acaso entre sollozos
Bañadas en su llanto,

Recuerdan la alta cumbre
Del Líbano argentado,

Las encrespadas olas
Del turbulento lago

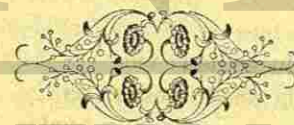
De Tiberiades, donde
Jesus con firme paso,

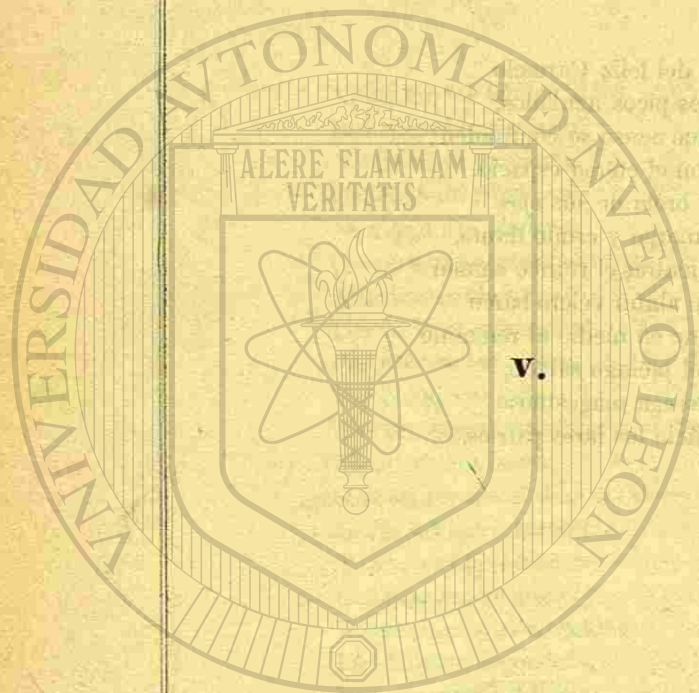
En medio á la tormenta,
Al barquichuelo náufrago

Llegó, do sus amigos
Lloraban angustiados

En la borrasca impia
Viendo su fin cercano;

O del feliz Carmelo
Los picos azulados,
Que acaso se confunden
Con el etéreo espacio.
Y brota de sus ojos
Amargo y crudo llanto,
Mientras el rumbo siguen
De algun velero barco
Que en medio al remolino
Del piélago salado,
Navega magestuoso
Hacia los lares patrios.





Mas luego de la vida
Volvia la celeste desterrada
A la afanosa realidad; y unida
A la de *Magdalum*, jóven amada,
Llevaba ardiendo en amoroso anhelo
El bálsamo divino del consuelo
Del mendigo á la choza derruïda;
A la infeliz guarida

Del leproso á la vista repugnante,
Como madre solícita, anhelante,
Que en el seno materno al hijo caro
Guarda siempre amoroso y firme amparo.

Y al desvalido huérfano acorria,
Y á la llorosa viuda consolaba;
Y pobre de tesoros terrenales
Con los menesterosos compartia
Los bienes celestiales
Que en su gran corazon atesoraba.

Y con las santas leyes nunca escritas
De la alma compasion, cuando su pecho
Cumplido habia, al templo do el cristiano
De contricion en lágrimas deshecho,
A aquel de soberanos soberano
Sus preces elevaba,
Con Magdalena y Juan se encaminaba.

Y su divino labio allí á torrentes
De la fé las verdades elocuentes
Copioso derramaba
Sobre los fieles á su voz unidos,
Que escuchaban de gozo enardecidos
De su divino acento
El fecundo y piadoso enseñamiento.

Jamas aquella ley hija del cielo
 Cuya base mas firme y mas segura
 Es el divino amor, tuvo en el suelo
 Tan elocuente esplicacion: la impura
 Doctrina del pagano, combatida
 Por la palabra de virtud y vida;
 De su anterior prestigio despojada
 Lidiaba aún, feroz, desesperada,
 En sus ciegos furores,
 Moribunda en verdad, mas no vencida.

Aun surgen los altares
 De los nefandos númenes traidores
 Coronados de ofrendas y de flores:
 Millares de millares
 De hombres ilusos al error uncidos
 Y en el mar del pecado sumergidos,
 Lidian por el error: la sangre humea
 De torpes sacrificios, en las aras
 De Moloch y Belial, cuando aun el viento
 De la mañana orea
 Allá del negro Gólgotha en la cumbre
 La sangre del Señor, y monte y llano
 Aún repiten su acento soberano,
 Tibios aún de su divino aliento!

El robusto cimiento
 De esclavitud y torpe tiranía,
 Donde estaba sentada
 La magestad de Roma, ya cedía
 No al empuje violento
 De la bárbara plebe amotinada;
 Ni á la indomable y brusca acometida
 Del esclavo que rompe su cadena:
 En la sangrienta arena
 En vano fuertes Catilina y Graco
 Por la alma libertad honor y vida
 Espusieron, y en raptó generoso
 Su noble sangre derramó Espartaco:
 —La religion caduca ya vencida
 Del negro paganismo,
 Arrastraba el imperio al hondo abismo
 Desde la altiva cumbre.

La ciega muchedumbre,
 Esclava del horrendo soberano
 Del reino del dolor y la amargura,
 Ardiendo en saña impura
 A combatir se apresta frente á frente
 La palabra de un Dios Omnipotente:
 Sus fuertes escuadrones,
 Sus verdugos prepara y sus leones:

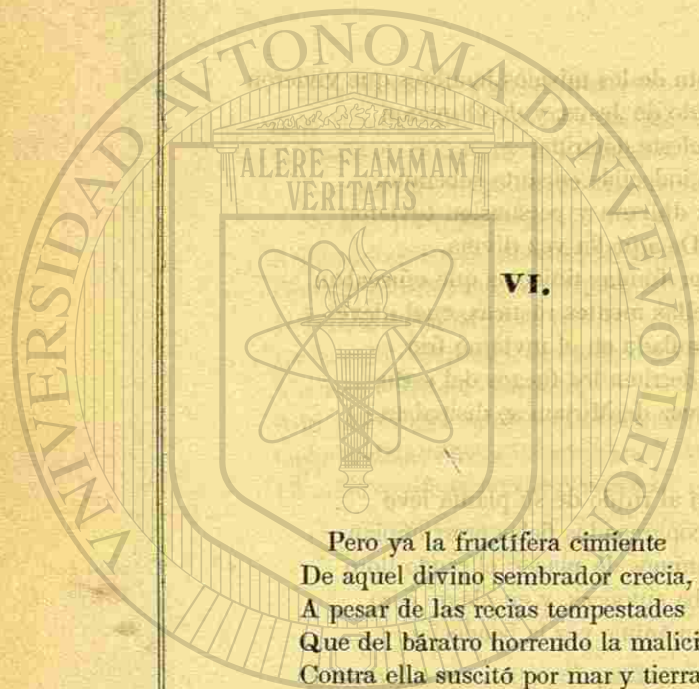
Mas, ¿qué son los tormentos,
 Qué el número infinito de soldados,
 De los fieles de Cristo denodados
 Contra los indomables corazones?
 No á la lid turbulentos
 Ardiendo en torpe cólera se lanzan,
 Oponen al furor la mansedumbre
 Del divino Cordero;
 La blanda persuasion al crudo acero;
 Y acaso el triunfo alcanzan
 Aun só el yugo de férrea servidumbre,
 Oponiendo al rencor de su tirano
 El amor y paciencia del cristiano.

Miriam fué la columna luminosa
 Que en la borrasca impía
 De la noche del mal caliginosa,
 Fué á la naciente Iglesia claro guía:
 Cual madre cariñosa
 A los sencillos neófitos mostraba
 La eternidad y la esclencia suma,
 De la ley que su labio predicaba.
 Y nunca humana pluma,
 Ni humana voz, ni entendimiento humano,

Ni aun de los mismos hombres que vivieron
 Al lado de Jesus, y de él oyeron
 Su celeste doctrina;
 Ni el indecible encanto soberano,
 Ni la dulzura y persuasion tuvieron
 De aquella voz divina.
 Las profundas tinieblas que ofuscaban
 Aquellas mentes rústicas, cual nieve
 Acumulada en el invierno frio
 Que derriten los fuegos del estío,
 A la voz de Miriam se disipaban.

Así al ruido de su planta leve
 Los congregados fieles prorrumpian
 En himnos de placer: el crudo lloro
 Cesaba entonces, y en alegre coro
 Con unánime voz la bendecian.





VI.

Pero ya la fructífera cimiento
De aquel divino sembrador crecía,
A pesar de las recias tempestades
Que del bátrio horrendo la malicia
Contra ella suscitó por mar y tierra,
Con suma esplendidez y lozanía.
La refulgente luz del Evangelio
En estensas regiones difundida,
No había menester cuidado alguno
Para acrecer su llama siempre viva,
Y la reina del cielo fatigada
De esta mansión de llanto y agonía,
Volvió los ojos hacia aquellos campos
De perdurable amor y eterna vida.

De todos cuantos lazos amorosos
A este destierro de dolor la unían
Solo quedaba Juan: ya Magdalena,
Compañera leal y tierna amiga,
Volado había á la mansión celeste,
En el llanto dejándola sumida;
Como una flor que al postrimero rayo
Del sol en cuya luz su ser bebía,
Cierra el rosado caliz lentamente
Y sobre el leve tallo cae marchita:
Desde la muerte de Jesús, la joven
Privada de la fuente de agua viva
En cuyas puras ondas mitigaba
Su abrasadora sed; las purpurinas
Rosas de su semblante, que á las flores
Del plácido vergel dieran envidia,
Perdió.—Jamás sus amorosos labios
Volviéron á dar paso á una sonrisa;
Y poco á poco, sin dolor ni susto
Ni esfuerzo, fué apagándose su vida,
Como en las ramas de la selva umbrosa
La brisa de la tarde blanda espira.

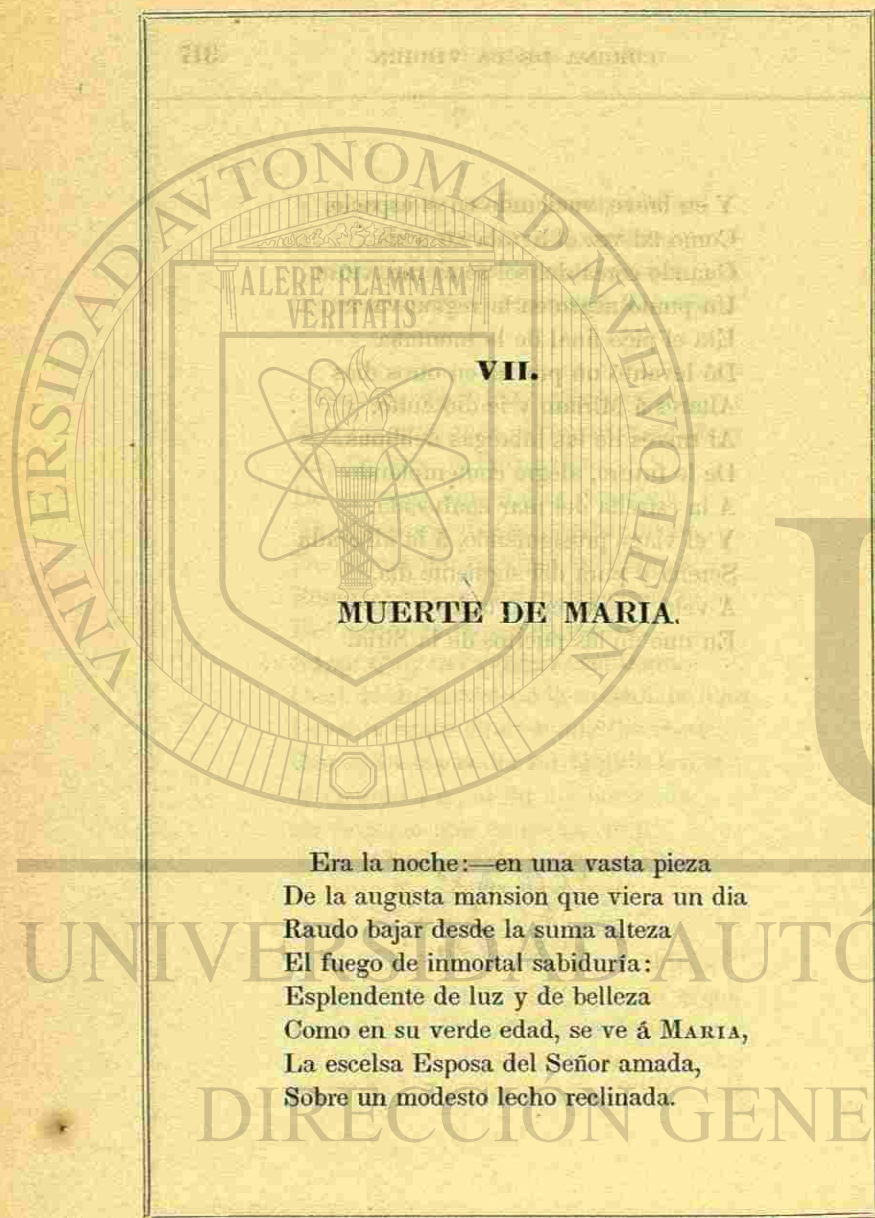
Mas antes de partirse á los eternos
Lares, aun visitar quiso MARÍA,
Los santos sitios dó la inmensa obra
De nuestra redención se vió cumplida;

Y el deseo de su alma conociendo
 El amado y amante Evangelista,
 Con ella se embarcó en velera nao
 Que enderezaba el rumbo á Palestina.

Serena está la mar: sobre sus olas
 Que las nocturnas auras leves rizan,
 Rápida voga la feliz galera
 De su carga inmortal envanecida.
 Ya divide orgullosa aquellos mares
 De plata y de zafir que las divinas
 Regiones bañan, fortunada cuna
 Del arte y de la egregia poesía.
 Surge *Chio* del piélagó espumoso,
 Cual de un arroyo en la argentada linfa
 Levanta acaso el cisne su alba frente
 Que á los rayos del sol fúlgida brilla;
 Y cuando aún, al fin del horizonte
 Se ve como una vaporosa cinta,
Lesbos, la patria del sublime Alfeo
 Y de *Safo* la amante poetisa,
 En medio de las ondas se levanta,
 Cual *Venus* bella, como *Juno* altiva.
 Despues, la patria de *Esculapio* surge,
 La noble *Delos*; *Rodas*, la divina,
 Y *Chipre*, paraíso del deleite
 Dó fué la religion torpe lascivia.

Y en breve, vacilando en el espacio,
 Como tal vez el águila atrevida
 Cuando cerca del sol se cierne, vióse
 Un punto negro en la region vacía
 Era el pico final de la montaña
 Dó levantó un profeta en otros dias
 Altares á *Miriam* y le dió culto;
 Al través de las lóbregas neblinas
 De lo futuro, alegre contemplando
 A la estrella del mar enaltecida.
 Y el viage prosiguiendo, á la alborada
 Serena y pura del siguiente dia,
 A vela y remo entró la leve nao
 En uno de los puertos de la Siria.





Era la noche:—en una vasta pieza
De la angusta mansion que viera un día
Rauda bajar desde la suma alteza
El fuego de inmortal sabiduría:
Esplendente de luz y de belleza
Como en su verde edad, se ve á MARIA,
La escelsa Esposa del Señor amada,
Sobre un modesto lecho reclinada.

En derredor se agrupan silenciosos,
En grande multitud, de la divina
Ley, los mantenedores valerosos
Que ora el dolor mas improbo domina:
Allí oscuros aún los que animosos,
Su sangre verterán por la doctrina
Del Cristo, aguardan el fatal momento
En que rinda Miriam su último aliento.

Allí Santiago el *justo*, su quebranto
Entre calladas lágrimas devora;
Da Pedro suelta rienda al crudo llanto
Que su dolor empero no aminora;
Mientras en los pliegues de su griego manto
Oculto Juan, inconsolable llora,
Y su dolor exhala en reprimidos
Ayes, y dolientísimos gemidos.

Y á la cárdena lumbré, vacilante,
Que en rojizos manojos despedían
Lámparas que del techo culminante
Cadenillas de bronce suspendían,
Y que como en la péndula oscilante
Á compas en lo oscuro se mecian;
Mas vasta parecia aquella escena,
Mas lúgubre el pesar, mayor la pena.

Mas súbito el silencio doloroso
 Que interrumpiera solo algun gemido,
 Rompió un acento vago, melodioso,
 No semejante á terrenal sonido:
 A aquel acento dulce, afectuoso,
 Como del seno del Señor nacido,
 Del cisne celestial postrero canto,
 Cesó el dolor, interrumpióse el llanto.

Y ni el plácido arroyo que murmura
 Bajo el ramage de la selva umbría,
 Ni el ruiseñor que canta en la espesura
 Al espirar del moribundo día;
 Ni el céfiro suave en la verdura,
 Del prado, ni la múltiple armonía
 Que en mañana feliz de primavera
 Alza á su rey la creacion entera:

Ni el vago son de los tranquilos mares
 Cuando las playas besan adormidos;
 Ni el rumor de domésticos hogares,
 Bienes del corazon los mas queridos,
 Que en fatigas y túrbidos azares
 Para siempre juzgábamos perdidos,
 Y en velada aromosa de verano
 Percibimos confuso en lo lejano:

Ni la voz del amor que el anhelante
 Pecho, asegura la feliz victoria;
 Ni el clarín de la fama resonante
 Que canta al universo nuestra gloria;
 Ni en medio del desierto al caminante
 Que juzga el fin llegado de su historia,
 El creciente rumor, ya de él cercana
 Que mueve numerosa caravana:

Y ni el mismo cantar que en el altura
 Celestial, la suprema gerarquía
 Entona al Creador; puede en dulzura,
 Ni en amor, ni en suave melodía
 Competir, ni en blandísima ternura,
 Con las postreras voces de MARIA;
 Ni voz alguna en tierra ó mar ó cielo
 Jamas á tal dolor dió tal consuelo.

Hablales de su amor, divina fuente
 Que ha de correr perenne, inagotable,
 Sabroso amparo de la humana gente
 En la vida del cuerpo deleznable:
 Luego de la bondad omnipotente,
 De la futura vida perdurable,
 Dó cabe á Jehovah, los escogidos
 Serán por su virtud enaltecidos.

Y como de una luz la débil llama,
 Mas vivos y fulgentes resplandores
 Al extinguirse en derredor derrama;
 Así la emperatriz de los amores
 Al espirar parece que se inflama
 Aun mas en los espléndidos fulgores
 De aquella eterna, engendradora lumbre
 Que arde del Empíreo en la alta cumbre.

Y esplica á aquellos puros corazones
 Del porvenir remoto los arcanos:
 Caerán aquellas inclitas legiones
 En que su orgullo fundan los romanos;
 Y á pesar de verdugos y leones,
 Alzarán vencedores los cristianos,
 Signo de redencion al orbe entero,
 De Dios el estandarte verdadero.

Y al través de revueltas tempestades
 Y encarnizadas y sangrientas lides,
 Triunfarán en desiertos y ciudades
 Los del Señor preclaros adalides:
 Azotes del error y las maldades,
 De la santa verdad nuevos Alcides,
 Opondrán el amor y mansedumbre
 Al furor de la torpe muchedumbre.

Y al cumplirse los tiempos la semilla
 De los soldados del Señor plantada,
 Tal como el sol sobre los astros brilla,
 Lucirá al universo tremolada:
 Y la palabra de verdad, sencilla,
 Cual ley universal será acatada
 Y en uno refundidos tantos nombres,
 Á un solo Dios se humillarán los hombres.

Mas el hora sonó.—Los dulces ojos
 Fijó Miriam en la sublime esfera
 Sonriendo al dejar tantos enojos
 Que cercan esta vida pasajera:
 Y á medio abrir los bellos labios, rojos;
 Cual si en el seno del amor durmiera,
 Sin fuerza ni dolor voló su alma
 Á las regiones de perenne calma.

Entonces los sollozos reprimidos
 De aquel salon los ámbitos poblaron,
 Y de fúnebre canto los sonidos
 Trémulos en los aires se elevaron:
 Los ecos de Sion adormecidos
 Al rumor plañidero despertaron,
 Y sus eándidas alas desparciendo
 Fueron las graves notas repitiendo.

Cuando el próximo sol brilló en el cielo,
 En grande profusion preciadas gomas,
 Los fieles compitiendo en santo celo
 Llevaron y riquísimos aromas.
 Y cubierto el cadáver con un velo
 De finísimo lino, por las lomas
 Que de *Getsemani* cercan el llano
 Lento siguió el cortejo soberano.

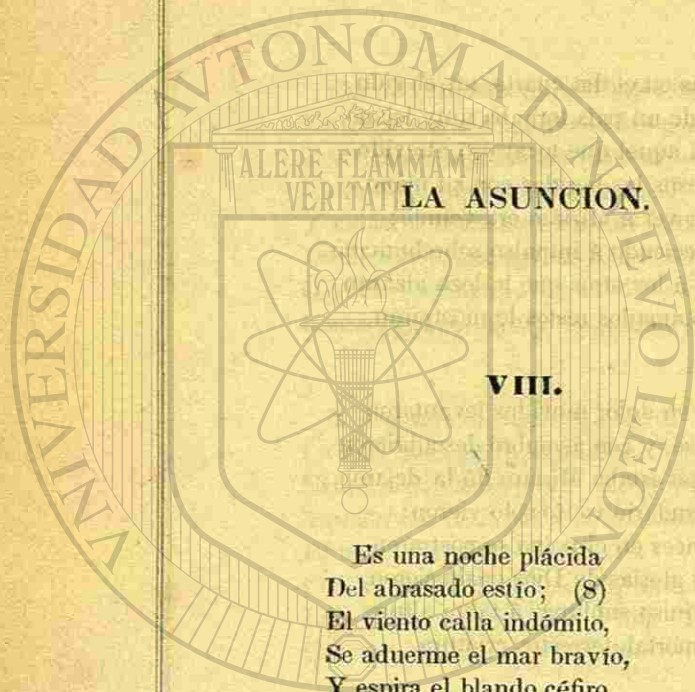
Y llegando al lugar dó abierta estaba
 La mas afortunada sepultura,
 El lecho depusieron que encerraba
 Aquella flor de mística hermosura:
 El astro vespertino iluminaba
 Con trémulo fulgor desde la altura
 La triste escena de dolor y luto,
 Del mas piadoso amor, postrer tributo.

Y durante los tres primeros días
 Velaron los Apóstoles constantes
 Del sepulcro en las márgenes sombrías,
 Con otros fieles de Jesús amantes:
 Y de noche las blandas armonías
 Repetían los ecos circunstantes,
 Que acompañado de sus sistros de oro
 Cantaba en el espacio el sumo coro.

Mas en el dia cuarto, un elegido
 Que de un pais tornaba muy lejano,
 Y era aquel que tocar osó atrevido
 De Jesus las heridas con su mano,
 Y por ver á Miriam era venido;
 Obedeciendo á impulso sobrehumano
 Rogó á los otros que la loza alzarán
 Y los amados restos le mostraran.

De su dolor movidos levantaron
 La losa, y con asombro descubrieron
 Que no estaba Miriam dó la dejaron,
 Y el sudario vacío solo vieron:
 Entonces en el polvo se postraron,
 Y las glorias de Dios enaltecieron,
 Que quiso sublimar á tanta altura
 Una mortal, terrestre criatura.





Es una noche plácida
Del abrasado estío; (8)
El viento calla indómito,
Se aduerme el mar bravío,
Y espira el blando céfiro
Entre una y otra flor.

En las azules bóvedas
De estrellas mil cercada,
Su faz ostenta nítida
La luna nacarada,
El llanto y la alta cúspide
Bañando en su fulgor.

Mas del Emptreo súbitos
Raudales se desprenden
De viva luz: mil ráfagas
De fuego el aire hienden,
Y alto cantar de júbilo
Se oyó en aquel confin.

Moviendo al par las cándidas
Alas de nieve y oro,
Cruza veloz la atmósfera
Entero el sumo coro,
Hacia el estrecho límite
Del plácido jardín.

Ya llegan: la marmórea
Losa que tanto encierra
Alzan, los rostros fúlgidos
Humillan á la tierra,
Ciegos al astro vivido
Que osaron contemplar.

Mas el alado príncipe
Que la falange impera
Y que á la diestra ciérnese
De Dios en la alta esfera,
Bajo el mirar fulmíneo
Pudo en la tumba entrar.

Como entre nubes diáfanas
Y fajas purpurinas,
Tras la borrasca lóbrega
Y en tierras ya vecinas,
Surge al cansado náufrago
Del sol la rubia faz:

Así entre lienzos cándidos
Y delicadas flores,
Bañado el rostro límpido
De espléndidos fulgores
La reina de las vírgenes
Yace dormida en paz.

Entonce los arcángeles,
Espíritus guerreros,
Que cabe al trono altísimo
De Dios, son los primeros;
Y en cien batallas hórridas
Vencieron á Luzbel,

Sobre sus alas rápidas
Pusieron á MARIA,
Y con cantar melódico
Por la región vacía
Mas breves que el relámpago
Vuelan á dó está EL.

XI.

El hijo de su amor, el cariñoso
Amigo, el padre y el amante fiel:
El que lloró perdido, tierno esposo,
Á cuya planta el sol es escabel!

Á cuya voluntad generadora
Del caos tenebroso y á la par,
Lució en el cielo la primer aurora
Y la tierra surgió del ancho mar!

Á cuya voz las roncadas tempestades
Conturban los dormidos elementos;
Y se abisman los montes y ciudades,
Convertidos en polvo sus cimientos!

Ante cuyo saber la ciencia humana
Es miseria y vacía oscuridad,
Y á cuya omnipotencia soberana
Solo igualan su amor y su bondad!

Allí la aguarda en medio á la cohorte
De espíritus de luz innumerables,
En medio de los grandes de su corte
Y en el seno de goces perdurables.

Y allí su asiento cabe el alto asiento
Estará del Supremo imperador;
Respirará el aliento de su aliento
Y anegarse en su inefable amor.

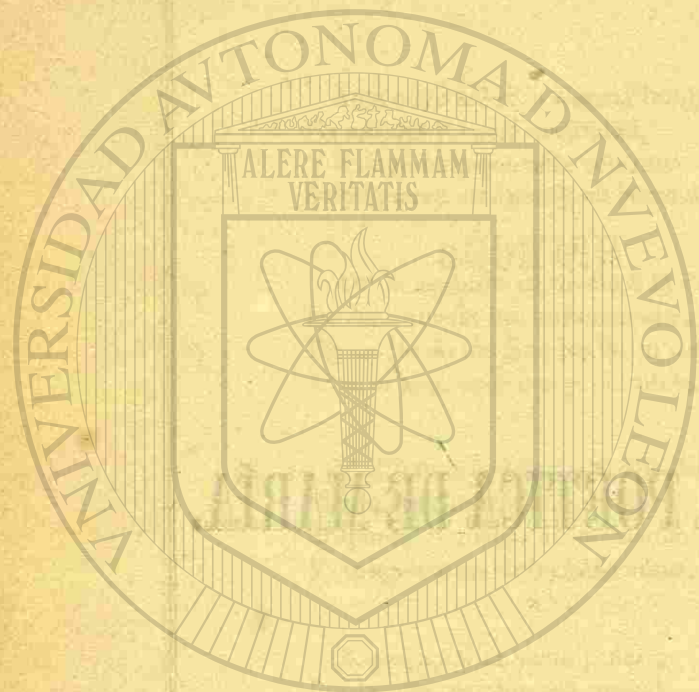
Y casi igual al sumo poderío
Por la misericordia y la piedad,
Astro Miriam de amor, sereno y pio,
Lucirá en la infinita eternidad.

FIN DEL POEMA.

CORONA POÉTICA DE MARÍA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EPILOGO.

I.
O tú, cuyo poder creó la luz del día,
Inmenso manantial de amor y poesía
Y santa inspiración;
Un rayo de tu luz á mi anublada mente
Envía, y tu vigor le presta omnipotente
Al débil corazón:

¿Cómo, si no, cantar en lenguas terrenales
Profana inspiración y símiles mortales,
La lumbre perenal;
De aquella blanda luz que cabe á tí destella,
Fuerte como el amor, cual la esperanza bella
Cómo la fé inmortal?

No es signo del poder que ampara y que castiga
Y cuya fuerte voz á la obediencia obliga

La torpe humana grey:
Símbolo del poder que ampara y que perdona
Su cetro es la piedad, de amor es su corona,
La súplica su ley.

Fanal encantador, alumbra en lontananza
Al misero mortal cual sueño de esperanza

Un plácido jardín;
Dó cabe al Creador, las almas escogidas
En goces vivirán inmensos sumergidas
Y júbilo sin fin.

Da, pues, Sumo Señor, un rayo de tu lumbré,
Á mi razon mortal, porque á la escelsa cumbre
Pueda feliz volar;
Y á mi confusa voz la plácida armonía
Que entonan al morir del astro rey del día
El cielo y tierra y mar.

Su esplendorosa luz mi noche tenebrosa
Inunde, y tu piedad quebrante poderosa
Mi triste esclavitud;

Que solo así alcanzar pudiera el ronco acento
Que exhala el corazon en afanoso aliento
Á tanta escelsitud.

MARIA AMANTE.

II.

Nació Miriam á este mundo
Tan perfecta y acabada,
Así en las dotes del cuerpo
Como en las prendas del alma.

Que no ya á los flacos seres
De nuestras razas humanas,
Allá en el celeste coro
Pudiera servir de panta.

Mas si en virtud y hermosura
Y saber fué la mas alta,
Á ser en todo perfecta
Fué en el amor estremada.

Amor, la ley poderosa
Que entre sí encadena y ata
Las partes del universo
Mas distintas y apartadas.

Por la cual, sobre la tierra
Brotan fecundas las plantas,
Mientras la plata y el oro
Se funden en sus entrañas.

Por ella los mansos rios
Á la mar llevan sus aguas,
Y vuela el ave en el viento
Y el pez en las ondas nada.

Y los mundos infinitos
Que en medio al espacio vagan,
Entorno al sol que es su centro
Amantes siguen su marcha.

Y desde el astro fecundo
Que es de los cielos monarca,
Hasta el granillo de arena
Que se confunde en la playa:

No hay viviente criatura
Ni átomo en la inanimada
Materia, que no se humille
Á aquella ley soberana.

Amor es del poderío
Supremo, inmensa palanca;
Vida allá en la eterna altura,
Y en la tierra vida y alma.

Por tanto la suma ciencia
Dió á Miriam parte tan larga
De la llama generosa
Que de sí fecunda mana;

Que no ya la estirpe impura
Enfermiza y limitada
Del hombre; ni las eternas
Nobilísimas sustancias,

Que ante su inmutable trono
En su mismo ardor se inflaman,
De amor en el puro fuego
Pudieron nunca igualarla;

Que entre los ángeles mismos
Prendió la simiente amarga
Que da por amargo fruto
La ingratitud é inconstancia.

Así el arcángel maldito
Ardiendo en soberbia ingrata,
Arrostró las iras sumas
En sacrilega batalla.

Mas al nacer la doncella
De antemano señalada
Á ser feliz mediadora
Entre Dios y nuestra raza:

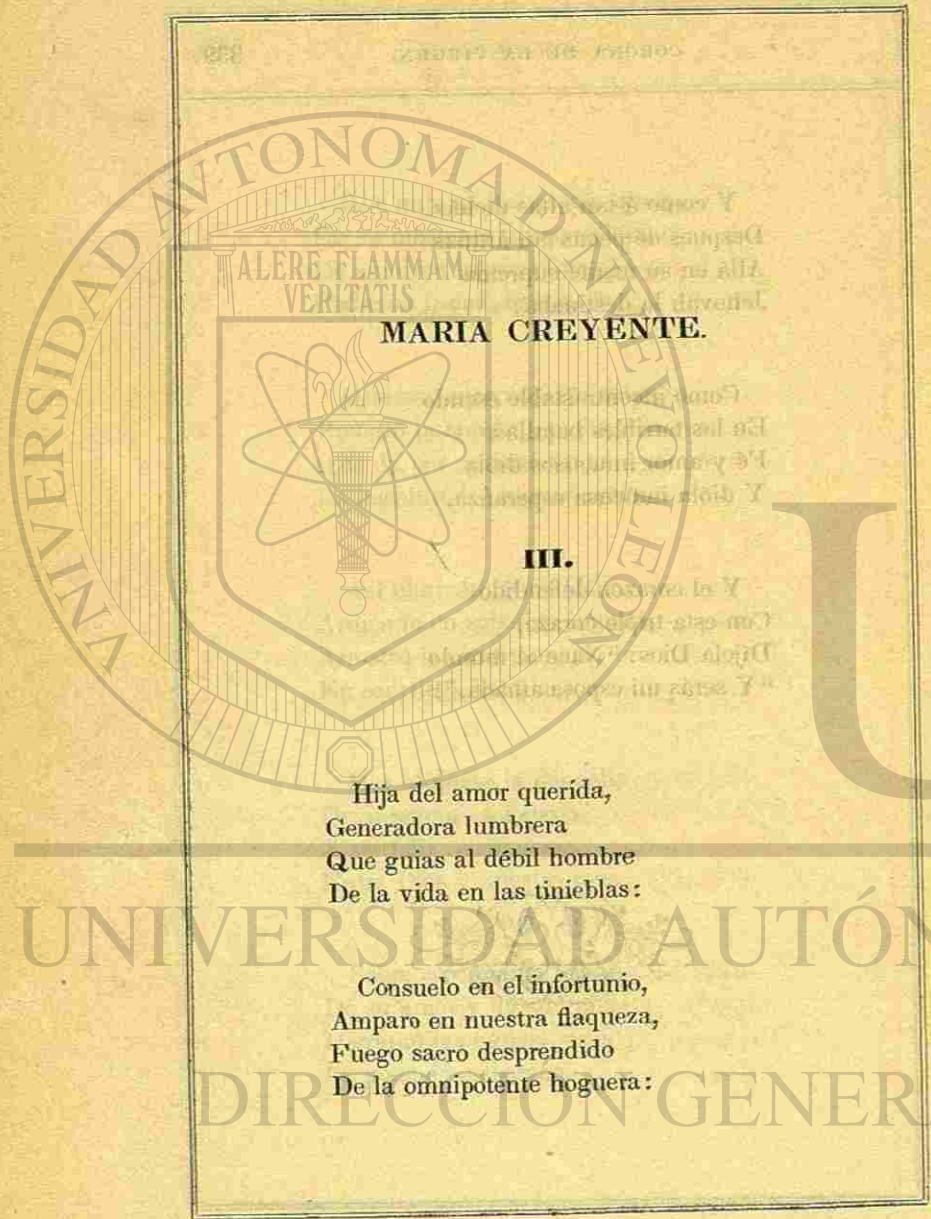
Sobre su cándida frente
De su amor y de su gracia
Derramó las aguas puras
La potencia soberana.

Y como á tan altas dichas
Despues de penas tan árduas
Allá en su mente suprema
Jehovah la destinaba:

Como incontrastable escudo
En las terribles batallas,
Fé y amor inmensos dióla
Y dióla inmensa esperanza.

Y el corazon defendido
Con esta triple coraza,
Díjola Dios: "Nace al mundo
"Y serás mi esposa amada."!





MARIA CREYENTE.

III.

Hija del amor querida,
Generadora lumbrera
Que guias al débil hombre
De la vida en las tinieblas:

Consuelo en el infortunio,
Amparo en nuestra flaqueza,
Fuego sacro desprendido
De la omnipotente hoguera:

Virtud de las fuertes almas
Que á la par de Dios sustentas
La frágil humana arcilla
En las mas terribles pruebas:

Sublime fé que en el trono
De Dios, cabe á Dios te asientas,
Entre las altas virtudes
La mayor y la primera.

Tú que siempre en esta cárcel
Humana viviste estrecha,
Hallaste en Miriam un trono
Mas grande que tu grandeza.

Que por profundos arcanos
De la suma Omnipotencia,
Ella sin tí no seria,
Ni ecsistieras tú sin ella.

En anteriores edades
Eras tú la luz incierta
Que así ilumina el escollo
Como la amiga ribera;



La luz que al náufrago alumbra
Al rugir de la tormenta,
No de salvarse el camino,
Sino el riesgo en que se encuentra.

Mas al nacer de MARIA,
Y coesistiendo al par con ella,
Subiste á ser fé CRISTIANA
De mentida que antes eras.

Y desde entonces al mundo
Que sin tí camina á ciegas,
En el cielo, eterno faro,
Alumbras la recta senda;

Mostrándole en lontananza
Allá en la region suprema,
El plácido puerto, amigo,
Dó hallarán fin sus miserias.

Por eso la casta Virgen
Que en sus entrañas maternas
Llevó al que es la fuente pura
De la virtud verdadera;

Se abrasó en tu ardiente lumbre
Con tan insigne creéncia,
Que ni un punto de su vida
Vaciló su fortaleza.

Y fijos entrambos ojos
Allá donde el Sumo impera,
Al través de los dolores,
males y sustos que cercan

Al hombre, y que muy mas crudos
Desgarraron su alma tierna,
En proporción que escedía
La comun naturaleza:

Signió impávida el camino,
Si atormentada, serena;
Que en tus raudales bebía
Mas que seráfica fuerza.

Y ora del hijo cercana
Allá en la sublime esfera,
Por dosel tiene su trono,
Por alfombra las estrellas.

Y á los viageros mortales
Que arrastran sobre la tierra
Llenos de pena y zozobras
Su miserable existencia:

Desde el lugar sublimado
Que de Dios mismo á la diestra
Ocupa, amante ronrie,
De futura paz emblema.

Y nuestras tiernas plegarias,
Y nuestras amargas quejas,
Por ella son recibidas
Y presentadas por ella.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MARIA ESPERANTE.

IV.

De ardiente amor y fé pura
Emanacion altecida,
Como los ángeles bella,
Como los cielos divina:

Virtud que el Omnipotente
Creó con una sonrisa
Cuando sobre tantos mundos
Sopló el fuego de la vida:

Y á los viageros mortales
Que arrastran sobre la tierra
Llenos de pena y zozobras
Su miserable existencia:

Desde el lugar sublimado
Que de Dios mismo á la diestra
Ocupa, amante ronrie,
De futura paz emblema.

Y nuestras tiernas plegarias,
Y nuestras amargas quejas,
Por ella son recibidas
Y presentadas por ella.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MARIA ESPERANTE.

IV.

De ardiente amor y fé pura
Emanacion altecida,
Como los ángeles bella,
Como los cielos divina:

Virtud que el Omnipotente
Creó con una sonrisa
Cuando sobre tantos mundos
Sopló el fuego de la vida:

¡Alma Esperanza! del hombre
Leal y constante amiga,
Que de la cuna al sepulcro
Su oscura noche iluminas;

Poder que cuando las otras
Fuerzas del alma se humillan,
Ante el crudísimo embate
Del dolor y la desdicha;

Alza la cándida frente
Que entonces fúlgida brilla,
Y al cansado caminante
Sostiene á un tiempo y le guía.

Tal de las roncadas tormentas
En medio á las crudas iras,
El flaco arbusto se salva
Cuando rota cae la encina.

Empero, hasta que del mundo
Pisó la cárcel maldita,
Aquella Virgen escelsa
Dó el Sumo Ser se reclina:

No fué tu amorosa lumbre
Sino vacilante chispa,
Que al acaso entre tinieblas
Brillaba y desaparecía.

Mas al posarte en el alma
De la muger elegida
Á ser de la fé del cielo
Primera sacerdotisa;

Al complemento llegaste
De tu esencia enaltecida,
Que ella de tí fué en la tierra
Encarnacion peregrina.

Como tú, vírgen y pura,
Casta como tú y sumisa,
Como tú hermosa y modesta,
Fuerte como tú y benigna.

Y como aquella columna
Que allá en la arena intranquila
Del desierto, iluminaba
Á la nacion escogida;

Que opaca en las claras horas
 Del sol, en la noche umbria
 Inmensa faja de fuego
 La marcha trazaba escrita:

Así tú al mísero humano,
 Fanal perenne, encaminas,
 Al través de este desierto
 Borrascoso de la vida;

Mas nunca desde la aurora
 Primera que purpurina
 Anunció el vasto universo
 Del primer sol la venida,

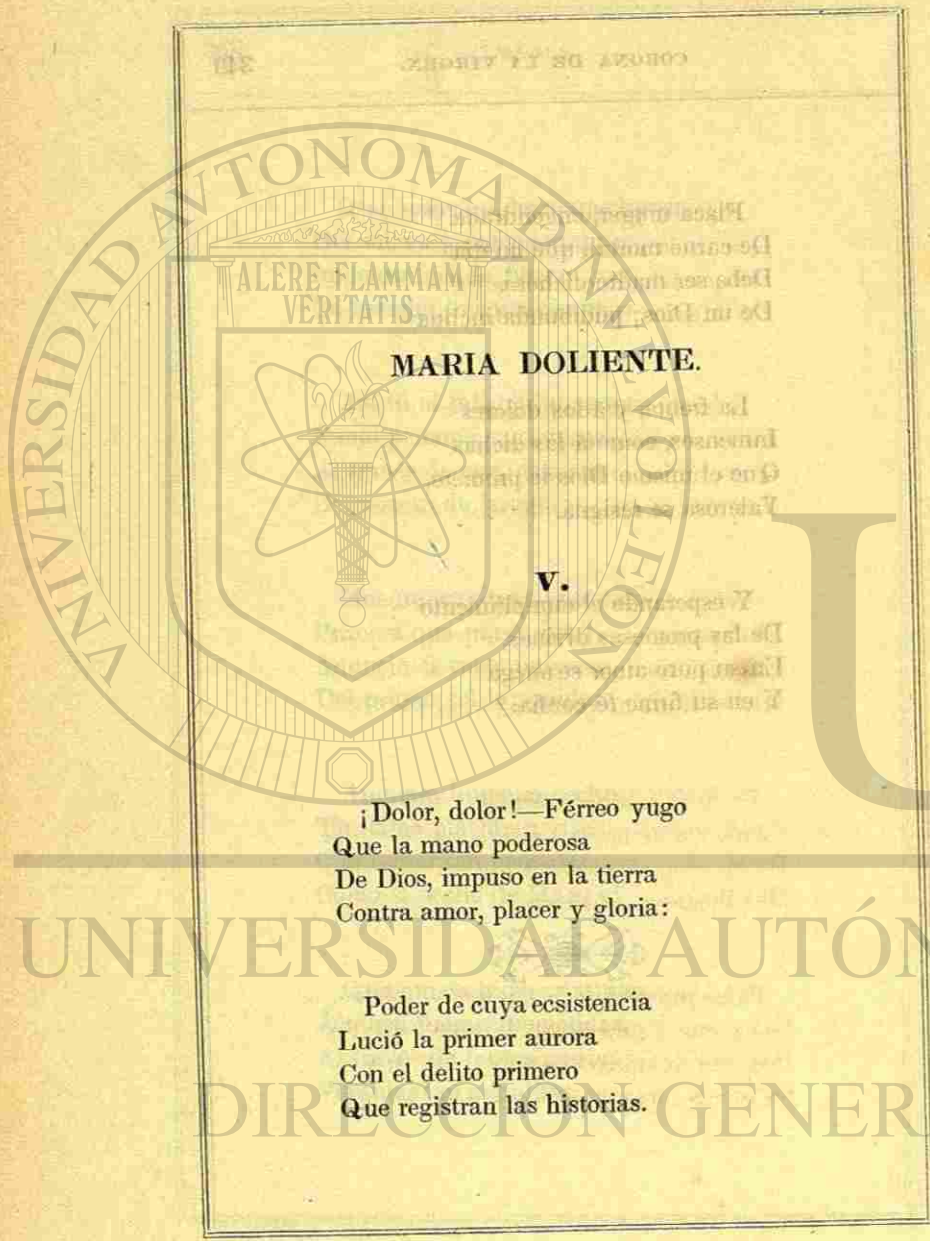
Animara humano pecho
 Tu llama plácida y viva
 Con fulgor tan generoso,
 Como el pecho de MARIA!

Que nunca hubo criatura
 Á quien fueran prometidas,
 Al través de tantos males,
 Venturas tan inauditas.

Flaca muger, engendada
 De carne mortal, que un dia
 Debe ser madre dichosa
 De un Dios; pudibunda inclina

La frente, y á los dolores
 Inmensos, como á las dichas
 Que el mismo Dios le promete,
 Valerosa se resigna.

Y esperando el cumplimiento
 De las promesas divinas,
 En su puro amor se anega
 Y en su firme fé confia.



MARIA DOLIENTE.

v.

¡Dolor, dolor!—Férreo yugo
Que la mano poderosa
De Dios, impuso en la tierra
Contra amor, placer y gloria:

Poder de cuya existencia
Lució la primer aurora
Con el delito primero
Que registran las historias.

Aquella primera falta
Que en la mansion deleitosa
Del perdido Eden, la madre
De la gente humana toda,

A instigacion cometiera
De la serpiente engañosa,
Cuya implacable malicia
Aún nos atormenta ahora.

Crisol donde se aquilatan,
Se depuran y valoran
Las mas inclitas virtudes
Que el humano pecho adornan:

De la fé sublime escuela,
Contienda de amor heróica,
Dó en proporcion del peligro
Mas ilustre es la victoria:

Palenque dó la esperanza
Se ejercita y desarrolla,
Pues sin tu embate es inútil
Su fuerza reparadora:

Contrapeso inevitable
 Que á domar nuestra orgullosa
 Naturaleza, dispuso
 La voluntad creadora;

Poder en fin, cuya fuerza
 Á tanto en la vida monta,
 Que sin estar adunadas
 Las tres virtudes gloriosas

Que son en el universo
 Imágen deslumbradora
 De la Trinidad suprema
 Que el mar y los vientos doma;

A sus tremendos embates
 Debilitadas y rotas,
 Sucumbieran una á una
 Cediéndole la corona.

Tú de Miriam en el alma
 Hiciste heridas tan hondas;
 Tales torrentes vertiste
 De envenenada ponzoña.

En el purísimo seno
 De aquella casta paloma,
 Que entre Dios y los humanos
 Fué divina interesora;

Que sin la fuerza invencible
 De la llama generosa
 De eterno amor y fé pura
 Y esperanza animadora,

Que en su pecho inmenso ardia,
 Trina, incontrastable antorcha;
 Vencida acaso, doblara
 Su frente á tales congojas.

Desde el instante supremo
 En que de la etérea bóveda
 Partió el paraninfo, nuncio
 De la nueva portentosa

De la redencion del mundo:
 ¡Cuántos sustos y zozobras,
 Cuántos agudos pesares
 Desgarraron su alma heroica!

Madre pierde al hijo caro,
Huérfana á su padre llora,
Y viuda desolada
Es ya la que fuera esposa.

Y estas penas que al humano
Tan crudamente acongojan,
Cuando en el mar de la vida
Vienen distantes y solas:

Juntas, terribles, sañudas,
En el corazon se agolpan
De Miriam, y lo desgarran
Con ansia devoradora;

—Mas en la ruda palestra
Triunfa la escelsa matrona,
Y el negro báratro gime
Confesando su derrota.

VI.

Así Miriam fué en la tierra,
Que desde la enorme culpa
De nuestra primera madre
Yacia en noche profunda:

La llama de amor sublime,
De la fé lumbrera augusta,
Y de la blanda esperanza
Antorcha serena y pura.

En ella el Omnipotente
De las humanas angustias
Apiadado al fin, enviéonos
Consuelo y paz y ventura,

Y en vano allá del Averno
Aquella ominiosa turba
De arcángeles maldecidos
Que bajo el pendon se aduna

Del feroz Luzbel, en saña
Ardiendo implacable, ahulla,
Exhalando en gritos roncós
Su torpe, impotente furia.

Y en vano, sobre la tierra
Generaciones ilusas,
Del negro error defensoras
Contra la alma verdad pugnan,

Que como el sol en el cielo
Con fulgor mas vivo alumbra
De una deshecha borrasca
Tras la espantosa pavura:

Tal del torvo paganismo
Tras la impenetrable bruma,
Lució el sol del Evangelio
Con luz perenne y fecunda.

Mas al ver su disco claro
Brillar en la eterna altura,
Los númenes del Erebo
De nuevo á nefanda lucha

Se preparan, ostentando
La temeraria bravura
Del que en el mortal combate
Su sola esperanza funda.

Mas con la primer derrota
Que en la lid primera injusta
Sufrió su rebelde brio
Contra la potencia suma:

En conciliábulo torpe
La inmensa falange impura,
Á despecho de su audacia
Con mil temores fluctúa.

Mas no puede en tantos ódios
 Vencer la pérfida astucia,
 Y ya al hirviente corage
 La sed de venganza triunfa.

Que en la cruz que allá del Gólgotha
 Domina en la negra altura,
 Ven los ángeles perversos
 De sus altares la tumba.

Como acorralada fiera
 Que ve imposible la fuga,
 Y á perros y cazadores
 Se revuelve furibunda:

Así Luzbel maldecido,
 Á quien su rencor abruma,
 Prepara el último alarde
 De su pujanza consunta.

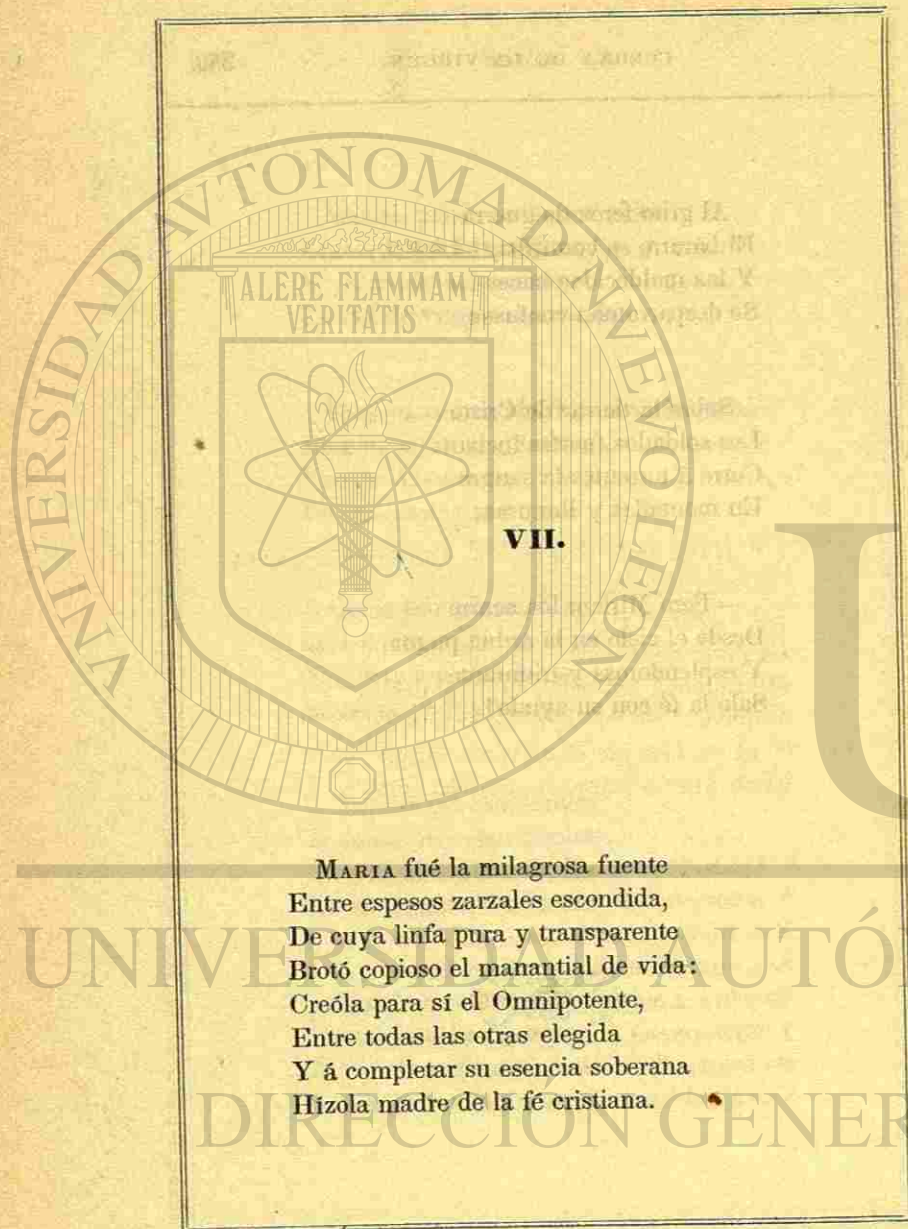
Y el labio cárdeno, tinto
 De sanguinolenta espuma,
 Á la árdua lid se abalanza
 Con desesperada furia.

Al grito feroz de guerra
 El báratro se conturba,
 Y las maldecidas haces
 Se desparraman confusas

Sobre la tierra: de Cristo
 Los soldados fuertes luchan:
 Corre á torrentes la sangre
 En montañas y llanuras;

—Pero Miriam los acorre
 Desde el cielo en la árdua pugna,
 Y esplendorosa y triunfante
 Sale la fé con su ayuda!





MARIA fué la milagrosa fuente
Entre espesos zarzales escondida,
De cuya linfa pura y transparente
Brotó copioso el manantial de vida:
Creóla para sí el Omnipotente,
Entre todas las otras elegida
Y á completar su esencia soberana
Hízola madre de la fé cristiana.

LA FE CRISTIANA.

VIII.

“¡Haya luz!” dijo Dios.—Aun turba el viento
Con terrible rumor su voz divina,
Y ya luce en el vasto firmamento
La primera alborada matutina:
Mil mundos con pausado movimiento
Marchan á do su amor los encamina,
Y en un instante el universo adulto
Rinde al Sumo Hacedor devoto culto.

De árido pedregal manan las fuentes
Y á confundirse van al manso río,
Y el río con sus diáfanas corrientes
Se arroja en medio al piélago bravío:
Surgen los montes, brotan los torrentes,
Y á la voz del Supremero poderío,
De seres mil, millares de millares
Van á poblar el viento y tierra y mares.

¡Hay un Dios!—Le tributan homenaje
 La encina secular en el altura,
 El zumbador insecto entre el follage,
 El cristalino arroyo que murmura;
 En su tierno, dulcísimo lenguaje,
 Le canta el ruiseñor en la espesura,
 En su gruta el leon con su rugido,
 Con su arrullo la tórtola en su nido.

¡Hay un Dios! tierra y mar, y fuego y viento
 Cantando van á un tiempo en su alabanza;
 Revela su hermosura el firmamento,
 La tempestad su túrbida pujanza;
 Su infinito saber el pensamiento,
 Su bondad infinita la esperanza,
 El almo sol su brillo soberano,
 Su vasta inmensidad el Oceano!

Solo el hombre infeliz erró el camino,
 Ceguera incomprensible y lastimosa!
 El mas perfecto ser que al mundo vino,
 De Dios la criatura mas preciosa;
 El Soberano del Eden divino,
 Aquel á quien su mano generosa
 Dió un fulgente destello de su ciencia,
 Ese solo dudó de su ecsistencia!

Dudó;—fué mas allá:—negó el menguado
 Que hubiera un Dios, en su febril locura!
 ¡Negó al Señor, el Rey de lo creado;
 Renegó del Criador la criatura!
 El, miserable siervo del pecado,
 Ardiendo en saña y en soberbia impura,
 ¡No hay mas Dios, exclamó en su desatino,
 Ni mas ley ni mas freno que el destino!

¡El destino!—Dios ciego que un demente
 A su antojo formó, como él pequeño;
 Monstruosa creacion de insana mente,
 Mentida sombra que abortó un ensueño:
 Al bien como á los males impotente,
 Mirando sin favor ni torvo ceño
 Al vicio y la virtud, y así al verdugo
 Como al que espira só el infame yugo.

O bien, astro fatal cuya carrera
 Es dó tiene la muerte su dominio;
 Divinidad terrífica que impera
 Sobre campos de sangre y esterminio.
 Mónstruo devorador, cuya hambre fiera
 No saciada en el lúgubre triclinio,
 Le impele á devastar con ciego encono
 Y asienta entre cadáveres su trono.

Si á todo pone fin la cruda muerte,
 ¿Á qué el renombre que el mortal ansía?
 Si todo ha de parar en polvo inerte,
 ¿Á qué tanto anhelar, tanta agonía?
 ¿Para qué la virtud del varon fuerte?
 ¿Para qué la inspirada poesía
 El númen de los cantos inmortales
 ¿Que busca en tan desiertos arenales?

¿Dejó su asiento en el sublime coro,
 Abandonó las salas diamantinas,
 Para cernerse acá con triste lloro
 Sobre desolacion, luto y ruinas?
 Y el eterno laud de cuerdas de oro,
 Las armonías del Eden divinas,
 ¿Qué entonces fueran, sino duelo y llanto
 Digno cantar en infortunio tanto?

El himno funeral que el cisne entona
 Al cerrar á la luz sus tristes ojos;
 De fúnebre ciprés mística corona
 Que anucia de la muerte los despojos;
 Viento que gime en solitaria zona
 Entre zarzas estériles y abrojos,
 Sin hallar una planta, un eco amigo
 Que repita su voz y le dé abrigo!

¿Qué es el hombre lanzado en esta tierra,
 Sin la luz de la antorcha soberana,
 Sin el raudal de júbilo que encierra
 La fuente pura de la FE CRISTIANA?
 Muévenle sus pasiones cruda guerra,
 Y si la débil fortaleza humana
 Opone solo á su tremendo embate,
 ¿Cómo vencer en el mortal combate?

Cual la flor que en fructífero terreno
 Con la sávia del sol vivificante,
 Gala y orgullo del pensil ameno,
 Crece olorosa y bella y rozagante;
 Trasplantada despues á suelo ageno
 Pierde su esplendidez, su olor fragante,
 Y á darle nueva vida, extraño fuego
 Nunca es bastante, ni amoroso riego:

Así el débil mortal á la flaqueza
 Del propio corazon abandonado,
 Camina de este mundo en la aspereza
 De negras sombras y de horror cercado:
 Víctima del temor y la tristeza,
 Con la ominosa carga del pecado
 Pesando siempre en los cansados hombros,
 Se arrastra entre zarzales y entre escombros.

Que es su fé vacilante, su amor frío,
 Su caridad mezquina y limitada,
 Su pensamiento el caos ó el vacío,
 Tinieblas el fulgor de su mirada:
 Su ardimiento temor, flaqueza el brio,
 Miseria su ambicion, su ciencia nada!
 Júzgase un dios en su delirio insano,
 Y ante el trono de Dios es un gasano!

Todo lo que su escasa inteligencia
 Crea, pasa veloz.—De cien naciones,
 ¿Donde ahora la fama y prepotencia?
 ¿Qué fué de los temidos Faraones?
 ¿Qué del griego poder, la clara ciencia?
 Imperios y ciudades, religiones,
 Y leyes y costumbres ¿dónde fueron?
 ¡Ay! en polvo fugaz se convirtieron!

Del Éufrates undoso en la ribera,
 Acaso busca el docto peregrino
 Dónde fué la Metrópoli altanera
 Del vasto imperio del famoso Nino:
 Restos, cenizas fúnebres dó quiera
 Embarazan el lúgubre camino,
 Y el eco de su voz solo retumba
 Só el techo de la inmensa catacumba.

Todo era miedo y llanto y desventura
 En las tinieblas de la noche humana;
 El mundo era una vasta sepultura
 Dó reinaba la muerte soberana:
 Cuando tú, Sumo Dios, tú, fuente pura
 Dó la santa verdad copiosa mana,
 Del Sinaí celestial bajaste al suelo
 Á darnos en tu ley vida y consuelo.

Lucha en vano el error.—Hombres oscuros
 Se lanzan á la lid con faz serena:
 “¡Morir para vencer!” gritan seguros,
 Y en sangre bañan la ominosa arena:
 Ya tiemblan los satélites impuros
 Al ver el entusiasmo que enagena
 Á las sagradas víctimas, y el fiero
 Dejan caer, ensangrentado acero.

Y no solo los fuertes campeones
 Arrostran el poder de los tiranos;
 Las vírgenes de tiernos corazones,
 Las esposas, los débiles ancianos,
 Inermes al furor de los sayones
 Se entregan, y á los tigres africanos;
 Y la madre tal vez en santa ofrenda
 Presenta de su amor la única prenda!

Brotó la luz:— Llegó á su complemento
 La humanidad maldita y degradada ;
 La tierra, el mar, los ámbitos del viento
 Repitieron la *nueva descada* :
 Y del bátrato al fondo turbulento
 La falange de espíritus malvada,
 Huyendo se lanzó del númen fuerte,
 Único triunfador contra la muerte.

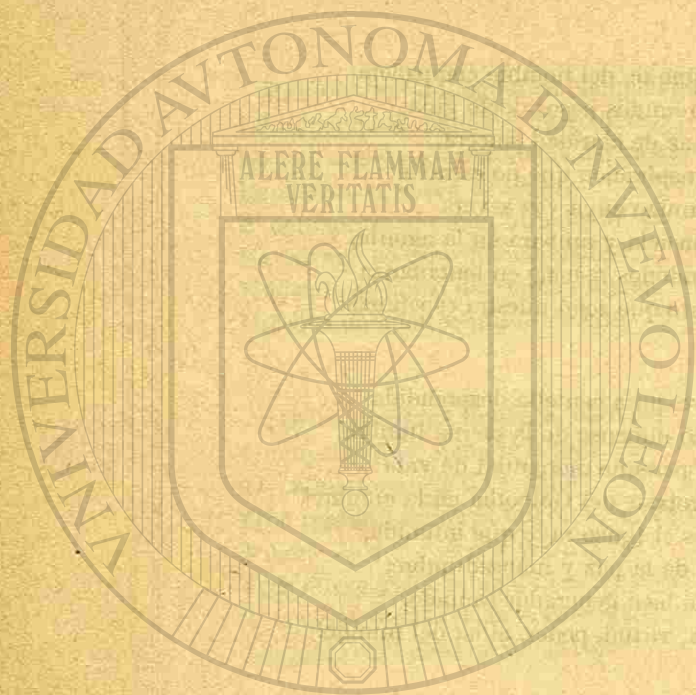
¡Bella, inmortal, denéfica, divina,
 Omnipotente fé, siempre triunfante!
 Del alma fortaleza diamantina,
 Que miedo infunde al infernal gigante ;
 Fuente de amor serena y cristalina
 Que ofrece grata sombra al caminante,
 Y con sus puras ondas le convida
 En medio del desierto de la vida :

Faro amigo que surge en lo lejano
 Al náufrago infeliz en noche oscura,
 Cuando rugiendo airado el Oceano
 Y llena el alma de mortal payura,
 En vano esfuerza la cansada mano
 Á luchar con su indómita bravura,
 Y al ver la luz en la ribera ansiada
 Cobra vigor y con aliento nada :

Sublime fé, del hombre compañera,
 A sus trémulos pasos docto guia;
 Unica luz de claridad sincera,
 Unica inspiracion que no estravia:
 Unico amigo cuya voz severa
 Nos consuela y ampara en la agonía,
 Mostrándonos risueño en lontananza
 El puerto que soñó nuestra esperanza:

¡Salve, pura centella desprendida
 Del foco inmenso de la eterna lumbré!
 ¡Salve, perenne manantial de vida
 Que brotaste del Golgotha en la cumbre!
 Tú eres el ígneo rayo que intimida,
 El iris de la paz y mansedumbre,
 De todo bien generador fecundo,
 Ciencia, virtud, poder, alma del mundo!

FIN.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

NOTAS.

- LIBRO 2º** página 32—1.º —Miriam en siríaco, dama, señora, soberana; y en hebreo, estrella de la mar.
- LIBRO 2º** página 56—2.º —El *Chel*, era un espacio de diez codos entre el patio de los gentiles y el de las mugeres.
- LIBRO 3º** página 84.—primera línea de la octava segunda.—3.º —Llamábanse *almas* todas las vírgenes que se educaban en el templo, lejos de las miradas de los profanos.
- LIBRO 4º** página 112—4.º —Entre los hebreos eran una cosa bastante comun estos votos de continencia en el matrimonio. Si un marido decia á su muger: *tú eres como mi madre*, ya no le era permitido usar de los derechos de esposo, y con mas razon cuando habia hecho intervenir en el voto, el altar ó el nombre de Jehovah, su templo ó el sacrificio. Las mugeres tambien solian hacer estos votos.
- LIBRO 5º** página 131—5.º —Segun varios autores venerables, se cumplió el misterio de la encarnacion un viernes por la tarde, día 25 de Marzo.
- LIBRO 11º** página 253—6.º —Evangelio de S. Juan, cap. 2º
- LIBRO 12º** página 288—7.º —Plinio y Estrabon hablan de este terremoto, cuyos sacudimientos se sintieron hasta en Italia.
- CONCLUSION** página 326—8.º La Virgen murió en la noche del 14 de Agosto.

INDICE.

PRIMERA PARTE.

INTRODUCCION	1
INVOCACION,	11
PLEGARIA	13
LIBRO I.—Nazareth	ib.
LIBRO II.—La purisima Concepcion de MARIA	21
El Angel del sueño	ib.
La Natividad	33
El dulce nombre de MARIA,	41
Plegaria	48
La Presentacion	51
LIBRO III.—MARIA en el Templo,	63
Plegaria de MARIA,	87
LIBRO IV.—MARIA Esposa	91

SEGUNDA PARTE.

LIBRO V.—La venida del Angel	117
LIBRO VI.—La Visitacion	135
LIBRO VII.—Ma Virgen Madre	151
Belen	165
LIBRO VIII.—La Purificacion	195
LIBRO IX.—La Huida á Egipto	207

LIBRO X.—La vuelta á Nazareth	227
El niño perdido	333
Muerte de José,	242
LIBRO XI.—Predicacion del Evangelio,	243
Las bodas de Caná	252
Entrada de Cristo en Jerusalén	260
LIBRO XII.—MARIA en el Calvario	265
MARIA al pie de Cruz,	278
CONCLUSION	290
La Ascension	297
MARIA en Efeso	302
Muerte de MARIA,	318
La Asuncion,	326
CORONA POETICA DE MARIA	331
Epilogo	333
MARIA Amante	335
MARIA Creyente	340
MARIA Esperante	345
MARIA Doliente,	350
La Fé Cristiana,	361



NOTA.

Debemos consignar aquí en obsequio de la justicia, que no habiéndole sido posible al Sr. Zorrilla concluir su poema de *MARIA*, los editores de España, deseosos de cumplir los compromisos que habia contraído con el público, llamaron, con aprobacion del mismo Sr. Zorrilla, al Sr. D. José Heriberto G. de Quevedo, para que continuase en union del primero, esta bella obra. Por causas independientes de la voluntad del Sr. Zorrilla, no le fué posible á este ayudar despues al Sr. Quevedo, y así es que todo lo comprendido desde la página 13 hasta su fin, es única y esclusivamente del Sr. Garcia de Quevedo.

Esta obra es propiedad de su editor, y ninguno podrá reimprimirla sin su permiso.

